EL LIBRO PARA TODOS

N.º 3

BREVE HISTORIA DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL

por

SANTIAGO GALINDO HERRERO

Núm. 1. BIOGRAFÍA DE GABRIEL Y GALÁN.—*Valeriano Gutiérrez Macías.*

Núm. 2. PUEBLOS, HOMBRES Y COSAS DE CASTILLA.—*Manuel Fernández Areal.*

BREVE HISTORIA DEL TRADICIONALISMO ESPAÑOL

POR

SANTIAGO GALINDO HERRERO

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
Serrano, 23
Madrid, 1956

AHD3032

ARTES GRÁFICAS IBARRA, S. A.-CÁCERES, 15.-TEL. 27 65 13.-MADRID

INDICE

PÁGS.

A mis hijos Santiago, Jorge
y Carlos M.ª Isidro (†).

ANTECEDENTES

No podría entenderse el tradicionalismo español, cuya expresión fué el Partido Carlista, sin explicar antes sus antecedentes precisos, no sólo en cuanto se refiere a la sucesión al trono tras la muerte de Fernando VII, sino también a las luchas intelectuales que determinan la posición ideológica de los dos bandos que luego se enfrentaron en el campo de batalla. Para ello hay que atender, en primer lugar, a la división honda que se produce en la sociedad española durante la celebración de las famosas Cortes de Cádiz, en las que aparecen claramente determinados tres grupos: los innovadores, los apegados a lo viejo y caduco, y aquellos que aspiran a volver al antiguo orden tradicional, acomodándolo a la marcha de los tiempos con la idea fecunda de una tradición viva, siempre fluyente.

Las circunstancias históricas de las Cortes de Cádiz son bien conocidas. El hecho de que la familia real se encontrara fuera del territorio nacional hizo necesario que se arbitraran fórmulas oportunas para la gobernación del país. Constituída una Junta Central, se pidió repetidamente que reuniera las antiguas y tradicionales Cortes de los Reinos, no convocadas desde

hacía muchos años. Nada mejor prueba el espíritu de los peticionarios que este párrafo de una de las solicitudes: «Antes, Señor, que la nación española conociera las dinastías extranjeras de Austrias y Borbones, frecuentemente se convocaban las Cortes: las Universidades, las guerras contra los moros, la imposición de algún nuevo tributo, bastaban sólo para llamarlas: ellas contribuyen a dar a los españoles aquel carácter grande que llenó de sus hechos la historia del siglo XVI y la falta de ellas o su reunión rara y servil, con el concurso de otras causas, hizo desmerecer a nuestra Patria del ápice a que había llegado en Europa, y de ser temida y respetada al desprecio y nulidad que no debía».

A la muerte del que fué presidente de la Junta Central, Floridablanca—30 de diciembre de 1808—, quedó sin resolver el problema del llamamiento y constitución de las futuras Cortes. Quienes eran adictos a la Monarquía tradicional, creían que las Cortes no debían actuar más que para defender el territorio y restaurar los antiguos usos, fueros y costumbres españoles. Los amigos de Jovellanos, los llamados «templados», opinaban que debían llamarse para restablecer la antigua Constitución española y completarla en cuanto le faltara o hubiera caído en desuso. Por último, los más extremistas querían que se sentaran las bases de un régimen constitucional bajo el trilema revolucionario «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Tras oír distintos

consejos y dictámenes, la Junta de Regencia hizo, al fin, el llamamiento de Cortes sin distinción de brazos y para una sola Cámara. Los extremistas liberales, con una diligencia muy característica, habían conseguido, cuando se reunieron las Cortes, llevar a los escaños una mayoría que les haría fácil la victoria legislativa, aun en contra de aquellos ideales por los que el pueblo combatía en las trincheras, sin atender a la forma en que, en la retaguardia, se organizaba la paz. «Todos los documentos de la guerra de la Independencia respiran la misma atmósfera de odio al extranjero y exaltación de lo español, lo mismo las proclamas que los sermones, los periódicos que los discursos. Lo español era lo que hasta entonces habían vivido los españoles de 1808: el rey, la religión, la Monarquía, las tradiciones bajo las cuales vivían hasta la entrada de los franceses; lo extranjero era lo que se oponía a aquel estado de cosas: Napoleón y Francia revolucionaria, el anticlericalismo, el escepticismo religioso, las mudanzas fundamentales con que amenazaba el triunfo o la aceptación del invasor; no carece de sentido el que se motejara de herejes a los soldados de Napoleón, y no puede explicarse como un simple medio de propaganda o como consecuencia del fanatismo; fué sencillamente que no se concebía que pudieran profanar las iglesias hombres que no fueran herejes, y de aquí que, además del sentimiento patriótico de la independencia, hubiese en el fondo

de la resistencia española un motivo religioso, que fué como el nervio de la guerra» (*Suárez Verdeguer*).

Pése a ello, la legislación que las Cortes aprobaban tenía un signo totalmente contrario. Hacia el 14 de octubre de 1810, con motivo de la discusión sobre la libertad de imprenta, se inicia la división en la Cámara. Las principales figuras del grupo realista fueron Francisco Gutiérrez de la Huerta, diputado por Sevilla; Francisco Javier Borrull, representante de Valencia; Felipe Aner, catalán; Jaime Creus, también diputado por Cataluña; Pedro Iguanzo, después obispo de Zamora y arzobispo de Toledo; Alonso Cañero, más tarde obispo de Málaga; Vicente Tenreiro, diputado por Cádiz; Francisco Morras, por Cataluña; Francisco de S. Rodríguez, de la Bárcena, representante de Sevilla; Juan Morales Galledo, igualmente sevillano; Blas Ostalaza, representante de Cádiz, y Francisco Mateo Anguiano, Obispo de Calahorra. La España afrancesada y reformista, heterodoxa, encontró sus primeros núcleos de organización en las logias masónicas, según el propio Alcalá Galiano.

La obra de las Cortes de Cádiz se centra en la Constitución promulgada el 19 de marzo de 1812, día de San José, por lo que fué llamada la *Pepa*. De ella dijo San Miguel: «Tómese la Constitución del año 1812 por donde se quiera, y no se verá más que disonancia y un germen perpetuo de pugna, de celos, de rivalidades entre los poderes y autoridades del Estado. Dos veces se ha ensayado en el espacio de veinticuatro años y en ambas no se ha hecho más que trastornar el orden político y reducirle a la situación más deplorable». Las declaraciones principales del cuerpo legal eran: la nación española, reunión de todos los españoles de ambos hemisferios, es libre e independiente, y no puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona; la soberanía reside esencialmente en la nación y, por lo mismo, pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales; el gobierno de la nación española es una Monarquía moderada y hereditaria; la potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el rey, y la de aplicarlas en los Tribunales. Reconocía el derecho de libertad de imprenta y el de reunión. Las Cortes abolieron el tradicional voto de Santiago, suprimieron el Tribunal de la Inquisición y siguieron una política sectaria, obligando a los españoles a aceptar las doctrinas liberales. Como prueba de ello puede citarse el establecimiento obligatorio de una Cátedra de «Constitucionalismo» en el Seminario nacional de Monforte.

LOS REALISTAS

El regreso de Fernando VII a España, tras el final de la guerra con Napoleón, tuvo como principal consecuencia la reacción de los elementos realistas contra el liberalismo. Animados por la presencia del monarca quisieron mantener una lucha abierta, que tuviera como consecuencia el triunfo de sus ideas sobre el absolutismo heredado de Carlos IV y sobre el afrancesamiento político e intelectual de las Cortes de Cádiz. Si el rey defraudó sus esperanzas no comprometió la causa de los realistas con tal actitud, ya que Fernando gobernó utilizando las intrigas de la «Camarilla», reflejo vacilante de los «favoritos» de sus antecesores en el Trono. El documento más importante de esta época es, desde luego, el Manifiesto de los persas, llamado de tal forma por comenzar así: «Era costumbre en los antiguos persas pasar unos días en la anarquía después del fallecimiento de su rey, a fin de que la experiencia de los asesinatos, robos y otras desgracias les obligara a ser más fieles a su sucesor». Está firmado en abril de 1814, y parece que

fueron sus autores Bernardo Mozo de Rosales—diputado por Sevilla—, que lo presentó al rey, y Pérez Villamil. Fué firmado por sesenta y tres diputados realistas. Suárez Verdeguer afirma que el documento es de tanta importancia para los realistas como fué para los liberales la Constitución de 1812. Pero el valor del documento para la actuación práctica del monarca fué totalmente nulo, ya que Fernando VII, que prometió en Valencia gobernar con Cortes, según los antiguos usos y costumbres, no hizo sino continuar el camino de su padre, que tantos males había supuesto. Los ideales principales del Manifiesto de los persas son: Convocatoria de nueva Cortes en la forma en que habían razonado—con arreglo al criterio tradicional de los antiguos reinos—; remediar los defectos del despotismo ministerial; corregir los defectos de la administración de justicia; arreglo igual de contribuciones para los vasallos; libertad y seguridad de las personas; cumplimiento de las leyes dictadas por los reyes con las Cortes; funcionamiento de los jueces y tribunales con arreglo a ellas; rendición de cuentas por parte de todos los que habían manejado fondos públicos durante la guerra; completar los efectivos del Ejército y equiparlos; premiar a quienes habían contribuído a libertar a España de la opresión del tirano; precaver la seguridad nacional contra los que hubiesen cometido delitos contra la integridad nacional; investigar los fines por los que se había pro-

curado dejar indefensa la nación, sigilando el verdadero estado de las fuerzas. Pedían, por fin, la celebración de un Concilio que arreglase las materias eclesiásticas y preservase intacta la fe católica.

De 1814 a 1820, Fernando VII no hizo nada por cumplir este programa esbozado por sus más fieles servidores. Continuó indiferente a todo lo que no fuera su propia comodidad y regalo, por lo que disgustó a todo el pueblo: a los realistas, al no haber seguido sus consejos; a los liberales, por el absolutismo de que hacía gala y por haber dejado incumplida la Constitución de 1812. No es, pues, extraño que en 1820 Riego se alzara en Cabezas de San Juan para proclamar de nuevo el citado Código político, que se apresuró a jurar el Deseado Fernando, con su célebre «Marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional...». El liberalismo en el Poder anuló la debilitada voluntad regia, haciendo gala de un extremismo desaforado.

Navarra y Cataluña, tras el golpe de Riego en Cabezas de San Juan, no quisieron soportar, impasibles, las vejaciones de que se hacía objeto a Fernando VII, aún más que por afección a la persona del monarca, por respeto a la realeza.

Casi después de la proclamación de Riego—el 14 de abril de 1820—hubo en Pamplona una intentona realista contra las disposiciones dadas por los recién

llegados al Poder, con objeto de obligar al cumplimiento de la Constitución de 1812. Al mismo tiempo, en la Corte se iniciaron diversas conspiraciones para devolver sus prerrogativas al rey. Todas fracasaron, unas tras otras, sin conseguir su objetivo. El 6 de septiembre, al volver Fernando VII a Palacio, sus leales, apostados en las inmediaciones, gritaron, lo que se consideró subversivo y contrario a los principios constitucionales: «¡Viva el rey!». Esto provocó una situación delicada, que tiñó la jornada con tonos sangrientos. El mismo monarca pretendió recuperar su autoridad; descubiertas sus intenciones, fué amonestado, y fueron puestas en vigilancia su persona y sus actos.

Los chispazos realistas se produjeron ya, sin interrupción, en distintos lugares. En Alava se alzó el comandante Juan Bautista Guergué—después segundo jefe del Ejército realista de Navarra—, y pronto recibió la incorporación de una partida formada por el cura Foronda; pero sus fuerzas fueron disueltas. En enero de 1821 se sublevaba en Castilla la Nueva el teniente coronel Manuel Hernández, que fué hecho prisionero y conducido a Madrid. El capellán real Matías Vinuesa—conocido por el cura de Tamajón—fué también acusado de conspiración, y los guardias de Corps cargaron un día contra la turba que gritaba: «¡Viva el rey constitucional!» Hubo sangrientos sucesos en Málaga, Granada, Sevilla, Valencia y Galicia.

Pero donde de una forma más uniforme y continuada se produjeron estos alzamientos fué en Navarra y sus contornos. En Tudela, Tafalla y Corella el pueblo impidió la predicación de la Constitución en los púlpitos de las iglesias. En los montes de Burgos actuaba con cierto éxito el famoso cura Merino; en Lapoblación (Navarra), *Juanillo*, antiguo sargento, y en la Rioja, el cura Salazar. Aunque las fuerzas constitucionales lograron dispersar estos núcleos, pronto tomaron de nuevo efectividad, sobre todo cuando acudió a la zona un representante de la Junta realista recién creada en Navarra, Francisco Benito Eraso, para darles ánimos y anunciarles un levantamiento general. La llegada de nuevas fuerzas de las milicias nacionales a Pamplona, «para sujetar a Navarra», indignó a la población, y hasta el alcalde de la capital protestó ante el jefe político por la medida adoptada. Los «pamplonicas» apedrearon en diversas ocasiones los desfiles de los constitucionalistas. Mientras, en el campo, cundían las guerrillas realistas: Aizquibil en Alava, Gorostidi en Guipúzcoa, Merino en Burgos, *el Abuelo* en Toledo, Morales en Avila y *Jaime el Barbudo* en Murcia.

Los grandes acontecimientos se avecinaban. «Fué el día 11 de diciembre de 1821—dice don Andrés Martín en su crónica—cuando los católicos de este reino—Navarra—salieron al campo diciendo con los Macabeos: Más vale que muramos en la guerra que

ver tantos males como padece nuestra gente. Entonces juraron defender hasta morir los intereses de Dios, los derechos del rey y las leyes patrias del suelo natal. Año y medio de despojos, de violencias, de abominaciones de todas clases emanadas de un Gobierno, el más torpe, intruso y criminal, hizo apurar el sufrimiento de los leales navarros y acelerar el tiempo señalado para su levantamiento general» (*citado por Rafael Gambra Ciudad*).

No tardó mucho—no más de cuatro meses—en alzarse también en armas, con partidas realistas, el norte de Cataluña. El 21 de abril de 1822 se apoderan estas fuerzas de Olot, y poco después Cervera y su comarca se unieron a los sublevados—mayo de 1822—tras la entrada de las partidas mandadas por Romagosa y *el Trapense*. La aproximación entre navarros y catalanes se hacía cada vez más efectiva y cambiaban frecuentes comunicaciones sobre el estado de las respectivas partidas. La influencia de las Juntas de estos alzamientos llegó hasta Francia, donde pretendieron adquirir armas, que les eran muy necesarias. Al no ser posible, el primer armamento en serio de los realistas navarros se hizo con una partida de quinientos fusiles cogidos al enemigo. En Barasoaín se armaron trescientos jóvenes, que pronto subieron a quinientos, y a las órdenes de Santos Ladrón y Juan de Villanueva marcharon a las montañas de Estella y al valle del Roncal, para iniciar su acción guerrera. Este

primer intento serio y orgánico de levantamiento fracasó, pues, aspeados sus hombres al huir a las persecuciones, soportando la inclemencia del tiempo, muy pródigo en lluvias y nieves, fueron batidos, y la mayor parte muertos, a manos de las tropas gubernamentales.

Fracasado este primer intento, no por ello se desanimaron sus jefes responsables, que pasaron a Francia y comenzaron a trabajar para que fuera posible un nuevo alzamiento, mejor preparado y con mayores posibilidades de éxito. Se nombró jefe de las fuerzas a Vicente Jenero Quesada, al que secundarían Santos Ladrón Villanueva y Juan Bautista Guergué. Los partidarios realistas de la región navarra comenzaron el reclutamiento de jóvenes, que eran llevados sigilosamente a Irati. Pronto pudo formarse una compañía, llamada de Guardias Reales. Se estableció también una pequeña fábrica de municiones y se hicieron trabajos de fortificación. A todo esto, en la ribera, eran cada vez más frecuentes los disturbios y luchas entre los milicianos y los navarros. Romagosa cruzó al fin la frontera y alentó la conspiración con valor e inteligencia. En una de sus proclamas decía: «El objeto que he tenido en levantarme no ha sido otro que el defender la Religión y el rey», y para aclarar la conducta que debía presidir la acción de sus subordinados afirmaba: «El que defiende al rey y a la Religión debe procurar su subsistencia, pero no

hacerse rico a costa ajena.» Tras otras ardientes proclamas de la llamada Junta interina gubernativa de Navarra, el 12 de junio de 1822 entraron los jefes y oficiales del futuro Ejército Real de Navarra por el pico de Ori y concentráronse en Ochagavía, donde se hizo la organización provisional de las fuerzas. Definitivamente el Cuartel General quedó constituído en Uztarroz.

La primera victoria sobre el enemigo, que les dió gran aliento, la tuvieron las fuerzas realistas en Vidagoz. Después de rodear el pueblo durante la noche, cargaron con empuje a la bayoneta al grito de «¡Viva el rey!»; hicieron más de cuarenta prisioneros y cobraron gran cantidad de material. Las fuerzas victoriosas las mandaba Santos Ladrón. Se inició por entonces una serie de marchas y contramarchas, por guerrillas y compañías de las fuerzas realistas, que tuvieron como eficaz objetivo el hostigar y poner obstáculos constantes al enemigo, sin darle tiempo para rehacerse. «Así cruzan los valles de la alta montaña, pernoctando sucesivamente en Erro, Lanz, Muzquiz e Ilzabe (Ollo); pasan de aquí a Lezaun y luego a Huarte-Araquil; recorren La Barranca y La Burunda (el gran valle del Araquil que une Navarra con Guipúzcoa) en varias direcciones. El día de San Fermín oyen misa en la venta de Urbasa, en la legendaria sierra de este nombre. Bajan después hasta Galdeano, pasan por el monte de Oteiza, donde burlan al ene-

migo, y al pasar por Añorbe se les une el primer grupo reclutado de caballería, con el que llegan a Echagüe. En este pueblo encuentran, el 11 de junio, el batallón que en quince días había reclutado e instruído Villanueva en la comarca de Aibar. Esto permite a Quesada y a los suyos tomar un pequeño descanso en Leache, donde acampan después de las agotadoras marchas que habían tenido que realizar» *(Rafael Gambra Ciudad)*.

Pero las dificultades no tardaron en aparecer. Era raro que no se encontraran en lucha tan desigual, pues era un grupo de idealistas el que se oponía al Ejército regular, bien equipado, armado y aprovisionado. Por la ayuda de los Ayuntamientos cercanos a los lugares donde ocurrían los hechos podía solamente continuarse la proeza. Los voluntarios se presentaban en grandes masas, y con ellos se organizaron nuevas expediciones, como la que fué por Estella y las Amescoas hasta Alsasua y Burguete; la que siguió por Sos y las Bárdenas, con el objetivo de caer sobre Tudela, y la marcha victoriosa sobre Amandoz, que ocupó.

Los defensores del Altar y del Trono se habían alzado también en Cataluña. Antonio Marañón, *el Trapense,* marchó desde el antiguo principado hacia Navarra para ponerse de acuerdo con la Junta allí constituída y realizar una acción conjunta. El audaz guerrillero se había apoderado ya, con los escasos

voluntarios con que contaba, de Berga y Solsona. Una vez de acuerdo con Romagosa intentaron la ocupación de La Seo de Urgel, acción que sería importantísima para la causa realista. Como no tenían casi municiones para apoderarse de la plaza fuerte, iniciaron un combate contra Peramola, donde consiguieron las armas y municiones que necesitaban. Los pueblos ayudaban a los realistas proveyéndoles de lo necesario, a cuyo fin fundieron todo el plomo y estaño que encontraron para hacer cartuchos. El 21 de julio de 1822 cayó en poder de los realistas La Seo de Urgel, que había sido aislada por los voluntarios que seguían *al Trapense,* quien llevando en su mano un crucifijo, gritaba: «¡Viva la Religión! ¡Viva el rey!» El 15 de agosto se proclamó solemnemente una Regencia, por entender que Fernando VII era un cautivo de los liberales. Estaba constituída por el marqués de Mataflorida, don Jaime Creus, arzobispo preconizado de Tarragona, y el barón de Eroles. Desde entonces las fuerzas realistas fueron llamadas el EJÉRCITO DE LA FE y tomaron como bandera una blanca, que ostentaba las armas reales en un lado y la Cruz en otro, y las divisas: *In hoc signo vinces* y *Por Dios, el rey y la Patria.*

El Trapense fué encargado de levantar en armas el Alto Aragón, y para ello realizó una expedición victoriosa. El jefe constitucionalista de Aragón empleó todas sus fuerzas contra el diminuto Ejército,

que se vió precisado a internarse en Navarra por Sos del Rey Católico. Reforzada la división del Ejército de la Fe, tras leve descanso, marchó de nuevo a Urgel, a ponerse a disposición de la Regencia, adonde tampoco tardó mucho en acudir una representación de la Junta de Navarra para prestarle acatamiento. La expedición del *Trapense* fué a Tremp, donde la pasó revista el barón de Eroles, regente y general en jefe del Ejército Real de Cataluña.

Poco después tuvo lugar una de las acciones más importantes de esta pequeña guerra de los *precarlistas*, como les han llamado Melchor Ferrer, Domingo Tejera y José F. Acedo. En torno a Benabarre se riñó una batalla, en la que los realistas, aunque inferiores en número, dieron grandes muestras de valor y arrojo. Tanto fué su coraje que los constitucionalistas, mandados por Tabuenca, huyeron despavoridos, dejando el suelo sembrado de cadáveres, la documentación de su división y dos piezas de artillería.

Mientras, los navarros seguían la lucha con gran tesón, impulsados y sostenidos por la fe de la Junta, que seguía residiendo en Ochagavía. Trasladados los principales núcleos de voluntarios con *el Trapense*, fué preciso crear nuevas unidades, que quedaron a las órdenes del teniente coronel Arredondo, e hicieron fracasar los desesperados empujes de las constitucionalistas de Pamplona, aunque tuvieron que retirarse a las peñas de Aburrea. Sus contrarios, can-

sados, también desaparecieron del campo. Arredondo alcanzó las victorias de Barasoain y Estella, y sufrió un contratiempo en Isasa.

El 19 de octubre volvió a Navarra, desde Cataluña, la División Real, y a ella se unió Arredondo con los suyos. Se dispuso una expedición contra Vitoria, pero fracasó, y el mismo Arredondo, hecho prisionero, fué degollado por el enemigo. El mando de los realistas, que había llevado Quesada, pasó entonces a Santos Ladrón, que puso en pie, de nuevo a las fuerzas realistas.

El Gobierno de Madrid, irritado por la marcha de los acontecimientos, dispuso de toda su fuerza para acabar con los realistas, emprendiendo una guerra sin cuartel. Hubo grandes golpes de audacia, como el que llevó a las puertas de Zaragoza al *Trapense*; pero, en general, las cosas fueron mal para los realistas, que a duras penas se sostuvieron sobre la tierra que pisaban; aun así alcanzaron algunos éxitos de importancia, como la toma, por Santos Ladrón, de Huesca, ciudad que le recibió con todos los honores. El valiente guerrero aún se atrevió a poner cerco a Pamplona, prohibiendo todo comercio con la ciudad. En estas acciones intervinieron dos célebres personajes de las guerras carlistas: Tomás Zumalacárregui, genio militar, y Miguel Gómez, que llevó sus soldados desde Navarra hasta Algeciras.

Las cosas no iban nada bien en Cataluña, donde

incluso la Seo de Urgel había caído en poder de los constitucionalistas liberales. De todo ello parecía compensar el éxito de la División de Navarra, que en las afueras de Pamplona derrotó al enemigo, al que causó cuatrocientos muertos y setecientos prisioneros. De esta acción dice don Andrés Martín: «Tal es la imagen que presenta esta prodigiosa batalla del 26 de marzo, que podrá contarse muy semejante a las de las Navas, Covadonga y Clavijo, en que los cristianos, asistidos por el Señor de los Ejércitos, triunfaron de la falange africana enemiga de su nombre» (citado por *Rafael Gambra*).

Poco después, el 7 de abril, entraron en España, como consecuencia de los acuerdos de la Santa Alianza, los «Cien Mil Hijos de San Luis», al mando del duque de Angulema, que en sus expediciones militares utilizó como vanguardia del Ejército las milicias realistas, divididas en tres divisiones: Navarra, mandada por el conde de España; Vascongada, a cuyo frente marchaba el realista Quesada, y la de Cataluña, que mandó el antiguo miembro de la Regencia de Urgel, Eroles.

Señalemos aún cómo en muchas comarcas se formaron Juntas realistas que, con mejor o peor fortuna, ayudaron a las guerrillas que defendían la causa de Dios, la Patria y el Rey.

LA SUCESION DE FERNANDO VII

Una vez vuelto al trono de sus mayores, Fernando VII se olvidó bien pronto de que a la situación que había padecido le llevaron, sobre todo, sus propios errores, el haber seguido la política absolutista de su padre y el no atender las peticiones de los diputados que firmaron el «Manifiesto de los persas». Continuó por idéntico camino, sin meditar sobre los consejos de aquellos que, queriéndole bien, habían luchado en Navarra y Cataluña por la restauración de las instituciones tradicionales. La desilusión entre los realistas se hizo cada vez mayor, y nadie pensó seriamente en que el antiguo *Deseado* pudiera llevar a cabo una obra eficaz que pacificara los espíritus y diera orden y prosperidad a los reinos.

Muchos realistas se fijaron entonces en el infante don Carlos María Isidro, por más que él no secundara los propósitos de sus admiradores. En agosto de 1824 fué descubierta en Zaragoza la primera conspiración «carlista», a cuyo frente se hallaba el mariscal de campo Capapé, que había luchado en el

Ejército de la Fe. Aparte de estos chispazos «carlistas», los hubo también realistas, como el de los *malcontents*, en Cataluña, que se sublevaron proclamando a Fernando VII rey absoluto de España.

Entre estos constantes choques surge la cuestión importante de la sucesión al trono, que fué ocasión de las guerras carlistas.

El 10 de mayo de 1713 Felipe V varió el orden de suceder a la Corona española, excluyendo de todo derecho a las mujeres, a las que antes se las concedía según lo establecido por la ley 2.ª, título XV, partida 2.ª: *Et por ende establecieron que si fijo varón hi non hobiese, la fija mayor heredase el Regno.* Sin embargo, el mercedario fray Magin Ferrer (*La cuestión dinástica*) da un buen muestrario de casos en que esta sucesión, a pesar de establecerse así, en la práctica no se llevó a cabo porque la realidad imponía otra cosa más concorde con las dificultades del gobierno de los pueblos. Felipe V, a la vista de ello, estableció que fuera llamado a la sucesión el más inmediato al rey fallecido, de la línea varonil más próxima, y que a falta de hijos varones o agnados, heredase la Corona la hija del rey, y a falta de ésta, la hembra más inmediata.

En las Cortes de 1789 se pidió por algunos procuradores la vuelta al antiguo sistema sucesorio. Al margen de la consulta que acompaña a la petición de dichas Cortes se lee hoy lo siguiente: *He tomado*

la resolución correspondiente a la súplica que acompaña, encargando que se guarde por ahora el mayor secreto por convenir así a mi servicio. Y añade aún: *A esto os respondo que ordenaré a los de mi Consejo expedir la pragmática-sanción que en tales casos corresponde y se acostumbra, teniendo presente vuestra súplica y los dictámenes que sobre ella haya tomado.* Ambas resoluciones son del monarca reinante Carlos IV.

A la muerte de este rey todavía no se había publicado el acuerdo y, por consiguiente, carecía de eficacia legal. Las causas por las que no lo hizo son desconocidas, pero el hecho es que así ocurrió porque—según él mismo decía—*convenía así mejor a su servicio.* Algo muy extraño debió de pasar para que muchos años después de 1789, en 1830, su hijo, Fernando VII, se decidiera a desempolvar un acuerdo sin vigor y le diera inmediatamente una validez efectiva. Si se estudian las luchas de aquellos años en torno a los principios que regulaban la actividad del Estado, se comprenderá fácilmente cómo los liberales, los doceañistas o sus seguidores, pretendían que el poder recayera en manos de la cuarta esposa de Fernando VII, doña María Cristina, cuyo cuñado, don Francisco de Paula, llegó a ser Gran Comendador de la masonería, y en 1840 presidió incluso, aunque temporalmente, el Gran Oriente español (*Pierre Luz*). Si las leyes del Reino continuaban como hasta

entonces, ascendería al trono de España el infante don Carlos María Isidro, cuyos ideales realistas y su amor a las antiguas tradiciones había puesto de manifiesto en más de una ocasión. La influencia de María Cristina, la seductora napolitana, esposa de Fernando VII, hizo que la voluntad débil del ya achacoso monarca se entregara por completo a lo que de ella quisiera hacer tal señora, que, por otra parte, entre que en el trono estuviera su cuñado, con cuyo carácter y costumbres no podía coincidir, o su hija, que habría de ser ejecutora de sus planes, optó por esto último, pactando para ello más o menos conscientemente de sus consecuencias con los liberales.

Dos años más tarde, el 18 de septiembre de 1832, los realistas lograron del rey que volviera de su acuerdo, y firmó un decreto por el cual quedaba derogada la pragmática-sanción y se restablecía la Ley Sálica de 1713, con lo que la Corona recaía en su hermano Carlos.

La Corte de La Granja se convirtió por aquellos días en un semillero de intrigas y de luchas, preparando el futuro del Reino, pues el rey estaba gravemente enfermo. Todas las incidencias de esta etapa han sido estudiadas ahora puntualmente por Federico Suárez Verdeguer (*Los sucesos de La Granja*).

Vistas así las cosas, parecía haber un mero forcejeo entre los partidos de la reina María Cristina y del infante Carlos María Isidro, pero extraña que esta

lucha apasionara como apasionó a los españoles y les llevara a una decisión que, como ha dicho Federico Suárez Verdeguer, perdura durante siglos y marca el triste final de Isabel II y de Alfonso XIII. Lo cierto es que la reina y el infante representaban dos tendencias ideológicas, dos maneras distintas de entender la vida y el mundo: la liberal y la realista, ahora ya carlista. Para que sea más claro, traigamos aquí lo que sobre el marido de doña Luisa Carlota, hermana, como se sabe, de doña María Cristina, e impulsora máxima de la facción anticarlista, dice Pierre Luz:

«¿Quién es Luisa Carlota? Es sobrina y cuñada de Fernando VII e hija de la infanta María Isabel, de quien ya hemos tratado aquí. Y, además, está casada con el infante Francisco de Paula. Este, de quien se habló de su origen sospechoso, ha entrado en la masonería—bajo el nombre de Dracón—desde la edad de veinticinco años, ocupando en ella un lugar importante. (En 1836 será oficial gran comendador y después de 1840 presidirá temporalmente el Gran Oriente español.) A él se debe, sin duda, que la ley de 1825, que castigaba con la muerte a los masones activos, no fuese nunca aplicada. Entre el trono y él hay cuatro príncipes: don Carlos y sus tres hijos. No pudiendo llegar a ser rey, tiene interés en que Fernando VII tenga un heredero directo, pues durante la larga minoría de edad de éste los liberales

encontrarán fácilmente ocasión de tomar la dirección del Gobierno, sobre todo si la viuda de Fernando ha dado prenda a los liberales y a la masonería» *(Isabel II)*.

Con estas claras palabras del imparcial historiador Pierre Luz, queda bien de manifiesto la maniobra que se proyectaba, y que los realistas no consentirían, pues sus esperanzas se habían puesto en don Carlos, quien había dado muestras de su carácter entero y de su adhesión a los principios tradicionales. Siguiendo por la pendiente del debilitamiento de la voluntad de Fernando VII y de su dejación de funciones en manos de María Cristina, el 4 de enero de 1833 la asoció al Trono—cosa extraña—, pasando la autoridad, como era de suponer, a manos de doña Luisa Carlota, que apartó de todas funciones administrativas o militares a los que suponía de doctrinas realistas, preparando así la etapa que vendría después. En vista de la situación, el 16 de marzo de 1833 don Carlos abandonó España y se internó en Portugal. El 4 de abril se publicaba un decreto fijando para el mes de junio la jura de doña Isabel como princesa de Asturias. Don Carlos fué llamado para que le prestara acatamiento, pero, como es natural, no se presentó.

El 29 de septiembre de 1833 moría Fernando VII. Su cuerpo reposaba ya en El Escorial, pero la guerra había comenzado entre realistas y liberales, carlistas

y cristinos. La cuestión jurídica de la legitimidad fué la ocasión y el hecho determinante, y nada más, pues, como ha dicho el conde de Rodezno: «Si Don Carlos hubiese abrazado los principios de la Revolución y Doña María Cristina los de la tradición monárquica pura, los liberales hubiesen invocado la legitimidad agnaticia de los Borbones, y en las montañas de Navarra se hubiese defendido—y no por primera vez—el derecho de sucesión de las mujeres». Como una prueba más, el manifiesto de 14 de octubre de 1833 definía claramente ya la posición liberal de la Reina Gobernadora.

CARLOS V



Carlos V

Don Carlos María Isidro de Borbón y Borbón, nació el 28 de marzo de 1788 en el Palacio Real de Madrid. Era hijo segundo del príncipe don Carlos, Príncipe de Asturias entonces, después Carlos IV, y de doña María Luisa de Borbón de Parma. Le fué impuesto el nombre de Carlos porque su abuelo Carlos III fué el padrino de bautismo.

Su educación estuvo confiada a don José Bazán de Silva, marqués de Santa Cruz, director que fué de la Real Academia Española, y a don Vicente de la Vera y Ladrón de Guevara, duque de la Roca y marqués de Sofraga, teniente general del Ejército, consejero de Estado y director de la Real Academia de la Historia. De la enseñanza y formación religiosa y moral estuvieron encargados los sacerdotes don Felipe y don Fernando Scío, de San Antonio. En el arte militar fué instruído por el coronel de Artillería don Vicente María de Maturana. Todos estos maestros contribuyeron a hacer de él un infante modelo, preocupado por las ciencias y el arte militar, muestra de lo cual eran sus frecuentes inquisiciones sobre problemas relacionados con ambas materias. Desta-

caba en aquella Corte, en la que Godoy se pavoneaba en los bellos salones tapizados de raso, por su austeridad, su religiosidad y su piedad, que hacían que fuera puesto por unos como modelo ejemplar y por otros ridiculizado por sus frecuentes rezos y visitas a la capilla, hasta hacerse ya popular su marcada inclinación por las cosas de la religión.

Cuando se consumó la traición de Napoleón contaba veinte años, y se revolvió con ardor juvenil contra la medida del tirano de Europa de hacerle cruzar la frontera, junto a los demás miembros de su real familia, para tenerlos como rehenes en Francia. Luego, ya en Bayona, sólo él resistirá las vergonzantes claudicaciones de su padre, Carlos IV, y de su hermano Fernando VII. No quiso firmar la renuncia a los derechos que le correspondían a la corona de España, y respondió altivamente al usurpador: «Si mi padre, el rey, y mi hermano, el príncipe, renuncian, yo no. Yo soy infante de España, y si consiguiera la libertad de que me priváis, me pondría al lado de los que luchan por la independencia española». Esta su enérgica actitud, de la que no pudo hacérsele variar, hizo que viviera sus años de Francia en el cautiverio, primero en el castillo de Marrac, y luego en el de Valençay. *(Melchor Ferrer, Domingo Tejera, José F. Acedo.)*

Terminada la guerra con la victoria de las armas españolas, y ya puesto en libertad, volvió a España

en unión de su hermano Fernando VII, con el que recorrió Cataluña, Aragón y Valencia, y entró finalmente en Madrid.

Su primera ocupación, una vez en España, fué de tipo militar. El 14 de junio de 1814 se le nombró coronel de la Brigada de Carabineros Reales, cuando tenía veintiséis años de edad. Dos meses más tarde era designado Capitán General y Generalísimo de los Reales Ejércitos, y asistía a las reuniones de los Consejos en unión de su hermano, en ausencia del cual presidía de ordinario los de Guerra y Estado. Volvió a su afición por los estudios, y distintas Universidades, como las de Sevilla, Valencia y Alcalá, fueron directamente favorecidas por su esplendidez. La amistad con hombres de ciencia y estudio le sirvió para afianzar su carácter y sus preocupaciones en orden a la comprensión de la Historia de España como un todo homogéneo, que habría de proyectar su eficacia sobre el futuro.

En 1816, cuando contaba veintiocho años de edad, se creyó llegada la hora precisa para que contrajera matrimonio. Las negociaciones fueron llevadas por fray Cirilo de Alamada y Brea, y la designación recayó en la infanta portuguesa doña María Francisca de Asís de Braganza, hija del que luego reinó en la nación vecina con el nombre de Juan VI. La hermana mayor de esta infanta, doña María Isabel, fué la elegida como prometida para Fernando VII. La ce-

remonia nupcial se celebró el 23 de septiembre de 1816.

El joven y nuevo matrimonio se compenetró bien pronto, formando una unidad de dos cuerpos con una sola alma, según el sentir de la Iglesia. Los ocios del príncipe, recogido en el hogar, lejos de las camarillas e intrigas de la corte, fueron empleados en la lectura y en el estudio, y pronto el matrimonio fué bendecido con un hijo, a quien se le impusieron los nombres de Carlos Luis (31 de enero de 1818).

Cuando Riego se subleva en Cabezas de San Juan (1820) para imponer la Constitución de 1812, y su hermano, el Rey Fernando VII, juró mantener los principios contenidos en aquel código político, el infante Don Carlos María Isidro, fiel a la obediencia que debía al Monarca, prometió, con la mayor disciplina, «guardarla, ser fiel al rey y desempeñar debidamente sus cargos». Véase, pues, cómo en esta época Don Carlos no tenía intención ni ambición política alguna, y sólo se ocupaba de servir lealmente al Rey y a la nación. Cuando las circunstancias variaron y entró en la esfera de sus personales obligaciones el velar por el futuro de los reinos. El, que tantas veces había dado pruebas de cuáles eran sus ideas políticas—que únicamente con las leyes tradicionales del reino, acomodadas a la realidad natural de su variedad, era posible hacer la felicidad de los españoles—no vaciló en ponerse al frente de sus leales, aun cuando mientras el Rey vivió, por mucho que comprendía y sentía sus equivocaciones, no hizo armas contra él.

Vino después la triste época en que, en unión de su familia y hermano, siguió la dura peregrinación por Sevilla y Cádiz, hasta la intervención de los «Cien Mil Hijos de San Luis» que, apoyados por los realistas, vencieron la insurrección liberal. Una vez vuelto a Palacio siguió su vida ejemplar de padre y de cristiano. Bien sabían los realistas cuánta era la simpatía del infante hacia los defensores del Altar y del Trono, y en prueba de ello algunas unidades de su ejército combatiente llevaron el nombre de Don Carlos.

Tras 1823 los hechos variaron muy radicalmente. El liberalismo y las sociedades secretas, trabajando a la sombra en su favor, se habían propuesto la desnaturalización de España. Los realistas veían en la segura y legal sucesión de Don Carlos a su hermano Fernando VII el fin de una etapa vacilante. Don Carlos había dado frecuentes muestras de su desaprobación a tal situación, y aunque no se prestó a dar su nombre para las campañas realistas, fueron muchos—así la Federación de Realistas Puros—los que gritaron su nombre con entusiasmo. Los liberales, y con ellos la Reina Doña María Cristina, ya cuarta esposa del rey—que, como es natural, pretendía seguir disfrutando de la gobernación del país,

tras la muerte del Monarca—, decidieron por todos los medios impedir que, conforme a lo que las leyes disponían, fuera rey el infante Don Carlos María Isidro. Mucho más después de que en marzo de 1830 se conoció el embarazo de la reina.

La maniobra se urdió fácilmente. Convencieron al rey de que alejara de Madrid a Don Carlos, y se dispuso que marchara a Portugal acompañando a la princesa de Beira. El viaje se realizó dentro del mayor sigilo, hurtándose a los habitantes de las villas y de los pueblos la presencia de los regios viajeros para que no se produjeran aclamaciones a su paso. Cuando murió el rey, las maniobras de las personas que rodean a Fernando VII habían hecho que, variadas las leyes vigentes, fuera excluído Don Carlos de la sucesión al trono y, por tanto, despojado de sus derechos. Pero el hasta entonces infante había hecho protesta expresa de estas acciones al mismo tiempo que se había negado a reconocer como princesa de Asturias a la infanta Isabel.

Desde la muerte de Fernando VII, el 29 de septiembre de 1833, Don Carlos María Isidro pasó a ser S. M. C. el rey Carlos V. El 1 de octubre de 1833, desde Abrantes, dirigió un manifiesto a la nación española reclamando sus derechos. *No ambiciono*—dice— *el trono; estoy lejos de codiciar bienes caducos; pero la religión, la observancia y cumplimiento de la ley fundamental de sucesión, y la singular*

obligación de defender los derechos imprescriptibles de mis hijos y todos los amados consanguíneos, me fuerzan a sostener y defender la Corona de España del violento despojo que de ella me ha causado una sanción tan ilegal como destructora de la ley que legítimamente y sin interrupción debe ser perpetua. Pocos días después de este manifiesto, el 4, desde Santarén dictó los decretos correspondientes que proveían a la gobernación del Reino para que no se creara interrupción alguna en la marcha ordenada del país. También escribió a su cuñada, doña María Cristina, y a los demás miembros de la real familia invitándoles a que le reconocieran como rey. El rey Don Miguel de Portugal le reconoció como legítimo señor de España y, en virtud de ello, tuvo que romper las relaciones con el Gobierno de Madrid. El 17 de octubre la Reina Gobernadora ordenó el secuestro de los bienes del rey Carlos V, quién para proveer a sus intereses y a la futura ordenación del país nombró primer secretario de Estado y del Despacho Universal al obispo de León, don Joaquín Abarca, nacido en Huesca, en 1781. A Portugal, a recibir órdenes del soberano, acudieron muchos militares y nobles, que fueron utilizados en la preparación del alzamiento y como enviados especiales a las Cortes europeas para informar de la situación.

En Portugal no podía estar seguro Carlos V por las incursiones, más o menos traidoras y solapadas,

que hacían los agentes liberales. Así estuvo a punto de ser apresado por una patrulla de la caballería cristina. Desde aquel país, por la derrota del legitimista Don Miguel, trasladóse el rey a Inglaterra, a bordo del vapor «Donegal». En Inglaterra fué tratado con arreglo a su condición real hasta que prefirió evadirse para acercarse más a España, donde ya había estallado la guerra civil en defensa de sus legítimos derechos. Penetró, pues, en Francia y se estableció en la frontera navarra merced, especialmente, a los buenos oficios de August de Saint Sylvain, más tarde nombrado barón de los Valles. Al fin, el 12 de julio de 1834, entraba en España, por la frontera de Dancharinea, Carlos V.

La guerra civil tuvo, principalmente, dos grandes escenarios de la lucha, Vascongadas y Navarra (Norte), a cuyo nombre va unido el del general Tomás Zumacalacárregui, y el del Maestrazgo (Levante), del que fué general en jefe Ramón Cabrera Griñó.

Todas las victorias de Zumalacárregui pudieron haber tenido eficaz aprovechamiento en un paso del Ebro por el norte, para continuar hacia Madrid, pero prevaleció la idea de que era preferible tomar Bilbao para contar con una plaza importante, y allí, a sus mismas puertas, murió el héroe carlista; ello determinó prácticamente el final de las posibilidades carlistas en el sector.

Ramón Cabrera llegó a extender sus dominios

hasta bien cerca de Valencia, de Zaragoza y el sur de Cataluña limitando sus Estados, por otra parte, con el Mediterráneo. En Morella instaló la capitalidad de estos territorios, y en magnífica expedición a Andalucía entró en Córdoba.

El 28 de agosto de 1834 murió la reina Doña María Francisca, mientras Don Carlos estaba en campaña. En octubre de 1838 contrajo segundo matrimonio con su cuñada, Doña María Teresa de Braganza y Borbón, princesa de Beira, que tanto se había preocupado de la educación de sus sobrinos huérfanos.

Una magnífica expedición real, que reunió a lo más escogido de los Ejércitos reales, pasó el Ebro por Cherta y continuó hasta Madrid, a cuyos arrabales llegó el 12 de septiembre de 1837. Cabrera llegó a Vallecas y tomó la puerta del Retiro. Por el norte, las fuerzas de Zariategui estaban ya en Las Rozas. No faltaba más que la orden de avanzar, y Madrid caería en las manos carlistas, sentando a Carlos V en el trono de sus mayores. Pero se dió inexplicablemente la orden contraria, y las fuerzas victoriosas se retiraron a los territorios que antes ocupaban.

El general Maroto, aprovechándose de la autoridad del mando que tan generosamente le había conferido Carlos V, se hizo con el ánimo de parte de los batallones guipuzcoanos y los alzó contra su rey en demanda de paz. La situación era difícil y con-

fusa. El rey se vió obligado a cruzar la frontera por Dancharinea, y poco después se celebró el convenio de Vergara.

La guerra había terminado con el triunfo liberal. Contra los carlistas había obrado sobre todo la hábil maniobra del desamortizador Mendizábal, que dió la pacífica posesión de bienes a aquellos que los habían adquirido en el inicuo despojo de que habían sido objeto la Iglesia y las órdenes religiosas, mientras Carlos V prometía devolver a sus legítimos poseedores los bienes robados.

En Bourges, donde estableció su residencia, Carlos V dirigió varios manifiestos a sus leales, en uno de los cuales decía: *Nuestra causa es más santa y más pura: del cielo bajará su triunfo cuando llegue la hora; y si sabemos permanecer puros de todo contacto con nuestros mortales enemigos, que lo son de Dios y de su Patria, la hora sonará antes de mucho.*

El fin de la guerra carlista no fué la paz para España. Los liberales, y con ellos Espartero, quisieron cobrarse bien la ayuda que habían prestado a Doña María Cristina, de tal forma que ésta se vió obligada a abandonar España, dejando a sus hijas Isabel y Luisa Fernanda al cuidado y bajo el poder del general victorioso.

A pesar de la situación, tras la derrota, no cesó la actividad carlista, que reemprendió una labor de pro-

paganda, llevada principalmente por diarios y revistas que seguían manteniendo incólumes los derechos de su señor.

Surgió entonces en algunos católicos conservadores españoles el afán de llegar a una inteligencia entre los que formaban el Gobierno de Madrid, aunque mediatizados por el liberalismo, y quienes habían sido eliminados de él por permanecer fieles a la legitimidad de Don Carlos. Apice de esta posición fué el sacerdote y filósofo catalán Jaime Balmes. Como primer trámite para llegar a esta inteligencia se pidió a Carlos V que abdicara en su hijo primogénito, a quien se pretendía casar con la infanta Isabel. Accedió el monarca, pero a lo que ya no estuvo dispuesto fué a reconocer como reina a la usurpadora, contra la que había combatido durante años y por la que muchos de sus leales habían quedado en el campo. El 18 de mayo de 1845, ansioso de dar facilidades para la unión de los españoles, abdicó en su hijo, el infante Don Carlos Luis, conde de Montemolín, quien desde este momento pasó a ser Carlos VI.

El último manifiesto de Carlos V a los españoles es una prueba más de su afán de conseguir el bien que ambicionaba para sus súbditos. Cuando dejó la pesada y honrosa carga de ser Caudillo de la Tradición, en su proclama de Bourges de 18 de mayo de 1845 afirma aún: *Llamado a la Corona de España por derechos imprescriptibles, mi único deseo*



ha sido constantemente la felicidad de mi querida Patria.

Trasladada su residencia a Trieste, después de la abdicación, Carlos V murió en dicha ciudad italiana el 10 de marzo de 1855 rodeado de muchos de sus generales, entre ellos Cabrera. Fué enterrado en la catedral de dicha ciudad, vestido de capitán general del Ejército español, con el Toisón de Oro.

PRIMERA GUERRA: ZUMALACARREGUI

Los sucesos de la primera guerra carlista, se sucedieron así:

El 3 de octubre de 1833 el Administrador de Correos de Talavera de la Reina, don Manuel María González, dió el grito de «¡Viva Carlos V»! y alzándose con las tropas realistas de guarnición depuso a las autoridades, e hizo solemne proclamación de Don Carlos como rey legítimo de España. Pronto pagó con la vida, en unión de sus compañeros, el honor de ser quien primero se alzara contra la usurpación. Pero la hoguera estaba encendida, y el viento soplaba fuerte para que tomara consistencia. A poco había insurreciones y levantamientos en las dos Castillas, Galicia y Extremadura, aunque las guerrillas fueron dispersadas. Donde más consistencia tomó la lucha fué en Vascongadas, Navarra, Cataluña, Aragón y Valencia, o sea, como dice un escritor, las provincias más ricas, ilustradas y progresivas. El 5 de octubre se proclamó rey a Don Carlos en Bilbao por Zabala, Valdespina, Baliz, Bengoechea y La Torre, y en Vitoria por Berástegui, Uran-

ga y Villarreal. El cura Merino hizo la proclamación en Burgos, y en Navarra Santos Ladrón, que llegó a tal fin desde Valladolid, incorporándose fuerzas en el camino, pero en una de las primeras escaramuzas, todavía sin preparar su tropa, fué hecho prisionero y fusilado.

La lucha en la región vasconavarra tiene un nombre: Tomás Zumalacárregui, cuyas operaciones tácticas, por su indiscutible talento militar, se estudian todavía en los principales centros de formación de oficiales del mundo. Había nacido el 29 de diciembre de 1778 en Ormáiztegui (Guipúzcoa). A los dieciocho años ingresó voluntario, durante la guerra de la Independencia, bajo el mando de Mina, con la categoría de cadete. Pronto fué capitán, cuyo grado ostentaba en 1822 todavía. Poco después, en el Ejército realista de Navarra, en 1823, se le confió el mando de dos batallones. Fué ascendido a coronel y rigió sucesivamente diversos regimientos, distinguiéndose por sus condiciones y prontitud de reacción ante los problemas militares. Cuando la expulsión de los carlistas, fué destituído y se retiró a Pamplona. El 29 de octubre de 1833 logró escapar de la ciudad y unirse a los carlistas, consiguiendo bien pronto el mando de las fuerzas de la región, que le adoraban y le llamaban familiarmente, «Tío Tomás». Pronto solicitaron su ayuda los guerrilleros que operaban en las provincias vascongadas, que le ofrecieron el mando. Con todos ellos dió su primera batalla a las

fuerzas liberales, mandadas por Oraá y Lorenzo, que se decidió a su favor. Dividió su ejército para ello en varios grupos mandados por Ichaso, Iturralde, Zubiri y él mismo. Los liberales se desperdigaron en busca de unos y otros grupos carlistas, quedando solamente protegido de la persecución el genial guerrero, que, una vez libre, cayó contra Orbaiceta, apoderándose de un cañón, doscientos fusiles, cincuenta mil cartuchos y otros muchos efectos militares (27 de enero de 1834). La segunda gran victoria sobre Oráa la obtuvo el 18 de febrero de 1834 en Urdániz y Zubiri.

Madrid mandó entonces un nuevo general para acabar con el predominio carlista en el norte: Quesada. Ingenuamente propuso una transacción a Zumalacárregui, quien reunió a sus jefes y oficiales para hablarles de la propuesta y de las dificultades que ofrecía el futuro, pero todos prometieron ayudarle en la empresa de poner en el trono de España a Don Carlos. La respuesta fué la toma por las fuerzas de Zumalacárregui de la ciudad de Vitoria (16 de marzo de 1834). Poco más tarde cruzaba el Ebro y entraba en Calahorra, haciendo marchas y contramarchas. Al fin, Quesada creyó tenerlo en las manos, tras haberle puesto un duro cerco para que no lograra escapar, pero, casi sin darse cuenta, se le fué sigilosamente y le atacó por otro flanco.

En este momento la situación general era así: En Vascongadas luchaban contra Espartero los jefes car-

listas Luqui, Zabala, Castor, La Torre y Andechaga; en Aragón, Carnicer, Quílez y el Serrador se las tenían tiesas con los isabelinos; en el Maestrazgo y sur de Aragón se iniciaba la buena estrella de Cabrera; en la Rioja, Basilio García obstruyó los movimientos de los cristinos de Torrecilla a Belorado. Cuesta—que luego fué fusilado—hizo pequeñas correrías por Extremadura; en la Mancha, Asturias y León pequeños grupos lucharon como pudieron con la esperanza de unirse a los núcleos carlistas; en Galicia se esperaba para dar la orden del levantamiento general la llegada de un barco que les llevaba 2.500 fusiles y que fué apresado por los ingleses. Zumalácárregui, con las primeras victorias, intentó sacar partido; organizó rudimentariamente su retaguardia y creó fábricas de municiones y armamento.

El 22 de abril Quesada intentó un golpe desesperado para acabar con Zumalacárregui; pero, detenido por éste en Alsasua, sufrió una grave derrota, que le obligó a retirarse bajo la persecución de los carlistas. Esta derrota irritó de tal forma a Quesada que inició una lucha feroz, vengándose de sus fracasos con el fusilamiento de cuantos carlistas caían en sus manos, ensangrentando así duramente las ciudades, en las que hasta pacíficos ciudadanos eran sacrificados por su odio. Zumalacárregui contestó virilmente a las cobardes provocaciones, persiguiéndole en el campo de batalla. El 26 de mayo, en Muenz, le inflingió tal de-

rrota que hasta los objetos de su uso personal fueron a parar al general carlista.

Para humillarle todavía más, tras una marcha inútil de Quesada al Baztán para apoderarse de la Junta Carlista de Navarra, colocó las fuerzas de tal forma que por dos veces le obligó a rectificar la dirección de su marcha, y cuando el cristino creyó cogerle entre dos fuegos por haber hecho salir una columna desde Pamplona, Zumalacárregui le burló con una hábil maniobra que fué elogiada hasta por los mismos oficiales isabelinos. Sobre el sistema de guerrear de Zumalacárregui ha escrito C. F. Henninsingen: «Además de llevar a cabo una guerra de sorpresas, el sistema de Zumalacárregui era el de luchar siempre donde no pudiera perder, y presentar batalla en cualquier lugar favorable, a veces con un puñado de hombres. Generalmente escogía posiciones que eran difíciles de desalojar; las defendía obstinadamente, hasta que el enemigo estaba a punto de cogerle de flanco, lo que casi siempre impedía la llegada de la noche. Si la posición era reforzada, lo era a costa de un gran sacrificio, y entonces ordenaba una retirada, que más bien parecía una huída por su rapidez, con la diferencia de que las campañías y batallones huían todos juntos y en orden, estando los oficiales en sus lugares respectivos, y siempre sin perder ni un fusil. Casi siempre, en estos casos el general era el último de su pequeño ejército en retirarse. Si el enemigo intentaba perse-

guirlo era detenido por unas pocas compañías, que enfilaban los angostos caminos y cubrían la retirada. Estas eran rechazadas por nuevos tiradores, que se veían obligados a avanzar con mucha precaución, pues cada uno de los carlistas estaba oculto por una roca, el tronco de un árbol o las matas verdes que abundan en aquel país; entretanto, los carlistas, permaneciendo quietos y sin ser vistos, disparaban con certera puntería a los que avanzaban. Cuando, al fin, su situación se hacía peligrosa y sus adversarios les amenazaban de cerca, estas compañías, cuyo número era imposible saber, escapaban fácilmente. Cada hombre, como un zorro o un lobo, atravesaba colinas y valles, rocas y desfiladeros, y a la noche se unía con sus camaradas, que para entonces se habían retirado con rapidez, tan lejos, que hubiese sido imposible alcanzarlos. Si había alguien lo bastante atrevido para seguirles encontraba la retaguardia esperándole en orden, y, donde hubiera alguna llanura o meseta, a la caballería carlista, dispuesta de tal modo que cargaría sobre ellos antes de que pudieran formar en el espacio libre.

Por la noche el ejército carlista ocupaba siempre cuatro veces más pueblos que sus adversarios, porque no temían extender su línea, pues estaban al abrigo de una sorpresa, debido a la información que mantenían a través del país sus espías y partidas. Todo sucedía normalmente—los soldados recibían sus raciones enteras—, mientras que los enemigos, que tal vez habían

soñado con una victoria, se veían obligados con frecuencia a vivaquear en la montaña o a ocupar un pueblo miserable que no podían ni siquiera albergar a sus soldados; los hombres morían de frío y siempre escaseaban el pan, o la carne, o el vino, y, a veces, todas sus raciones. De noche no se atrevían a moverse ni para retirarse, y al día siguiente, si avanzaban, encontraban al infatigable jefe ocupando una posición parecida una o dos millas más allá. Si se retiraban, él picaba su retaguardia. Así, pues, no había proporción entre las pérdidas de los carlistas y las de los cristinos; éstos últimos, por tanto, en caso de éxito sólo obtenían el vano honor de haber conseguido, a costa de muchas vidas, el poder ocupar un lugar sin importancia».

Paso importante para levantar el ánimo de los leales fué la llegada a España de Don Carlos. El 12 de julio, Zumalacárregui pudo ponerse personalmente a las órdenes de su soberano. Martínez de la Rosa comentó el suceso despectivamente en el Congreso con la frase tan conocida de «un faccioso más»; pero este faccioso valía por mil, pues la fuerza que daba a sus leales el hecho de que se hubiera decidido a tomar posesión de sus reinos era inmensa.

Mientras tanto el Gobierno de Madrid había sustituido a Quesada por Rodil, que creía asegurado su triunfo sobre Zumalacárregui, y era impotente para detener al populacho suelto que asaltó los conventos,

tras el bulo propalado convenientemente de que los frailes eran los autores de una peste que propagaban las aguas, por haberlas envenenado.

Los triunfos carlistas sobre el nuevo jefe cristino no se hicieron esperar. En Olazagutia, el 25 de julio, y en Artaza más tarde, los siete mil hombres de Rodil sufrieron un serio descalabro, que hizo ver al general liberal que las cosas no eran tan fáciles como se suponía. Poco más tarde, el 4 de septiembre, daba la primera ocasión a los lanceros de Don Carlos para que obtuvieran nuevos laureles, al conseguir una gran victoria sobre las fuerzas de Carandolet, en Viana, que fué ocupada por los carlistas.

El cura Merino había logrado también ensanchar sus dominios como comandante general de Castilla la Vieja, y desde su Cuartel general de Salas de los Infantes hacía frecuentes incursiones a las proximidades, llegando incluso hasta Aragón, y dificultando las comunicaciones del Norte con la capital del Gobierno.

Rodil hubo al fin de ser sustituído por Mina, prueba patente de cómo el caudillo carlista del Norte desprestigiaba, uno tras otro, todos los mandos liberales. Cuando necesitaba armas o ropa para sus hombres iba a buscarlas donde las encontraba, aunque fuera dentro de las líneas enemigas, y siempre conseguía lo que quería, por lo que pudo contar con un ejército capaz, que formaban las divisiones de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa. Las victorias del 27 y 28 de octubre, en las

que los cristinos hubieron de huír hasta Vitoria, en cuyas proximidades quedaron los carlistas impacientes por proseguir la acción, valieron a Zumalacárregui su consagración definitiva como adalid de las tropas de Don Carlos, que recorrían en triunfo todo el territorio ya bajo su mando.

Un cristino, Córdova, fué mandado contra él, pues que, ansioso de ascender en su carrera, quería lograrlo a costa de humillar a Zumalacárregui. Esperó éste a su rival en los campos de Mendoza, y «dispuso con maestría la colocación de sus once batallones en el fondo del valle: Villarreal mandaba los tres del centro y 500 lanceros; Zumalacárregui, los cuatro de la derecha, y los cuatro de la izquierda Iturrialde, que estaba oculto en la montaña para envolver al enemigo una vez trabada la acción; así, la posición de batalla de los carlistas era simulada, pues sólo aparentaron tener un frente de batalla de siete batallones—los del centro y derecha—. Córdova dispuso de 17 batallones, seis escuadrones y artillería. Entrando con su fuerza en el valle, marchaba hacia donde aparecían los hombres de Don Carlos cuando Iturralde tuvo un gran descuido: descubrió antes de tiempo sus tropas. Oráa fué rápido sobre él y rebasó la línea carlista. Todo el plan se vino abajo, Zumalacárregui vióse obligado a adelantar su centro y derecha y darles otra formación, pues de lo contrario ni hubiera intervenido en el combate. Quisieron corregir el contratiempo con derroche de

arrojo y valentía. Peleóse con ardor y llegó a estar Córdova en situación muy apurada: pero la izquierda carlista comprometida desde el principio, no se podía sostener. Zumalacárregui emprendió la retirada, dejando el campo al liberal. Entre los heroísmos de aquel combate destacó el de un batallón, el más querido del jefe junto con el de Guías: era el tercero de Navarra y se llamaba el *Requeté.*

«Ambos adversarios quedaban frente a frente. Zumalacárregui esperó al otro lado del río, junto al puente de Arquijas. Córdova urdió un sabio plan para batirle: atacaría él por el centro y enviaría a Oráa para que por derecha e izquierda le envolviesen. Tuvo lugar el 15 de diciembre esta nueva batalla. Pronto advirtió el general del rey cuál era la intención de sus contrarios y se dispuso a impedirla. Lo consiguió. Como un león defendió el puente y ya había vencido a Córdova antes de que pudieran aproximarse Gurrea y Oráa la acción fué sangrienta» (*Juan José Peña Ibáñez*).

Esta derrota convenció a Mina de que la dificultad de batirse con el carlista era grande. Lorenzo y Oráa quisieron vengarse de la derrota de Córdova y fueron a su vez derrotados, costándole al primero la vida su temedidad. La consternación isabelina fué en aumento cuando Mina en persona, en el que se habían puesto todas las esperanzas, fué batido en los montes de Larrainzar y Donamaría. Tras estos descalabros,

también Mina dimitió de su puesto, incapaz de remontar la empresa para la que había sido nombrado. Ello decidió que en la primavera de 1835 se celebrara una gran reunión de jefes liberales en Vitoria, bajo la presidencia del propio ministro de la Guerra, Valdés, para determinar lo que había de hacerse para salir de la situación en que se encontraban. Decidieron atacar a Zumalacárregui con una gran masa de hombres en el intrincado lugar de las Amezcoas. El general carlista fingió replegarse hacia el interior bajo el empuje isabelino, y Valdés le siguió creyendo perseguirle, hasta que, al llegar a un estrechamiento del terreno, fué recibido con un gran tiroteo, sin que pudiera retroceder. Buscó una salida hacia Estella, y al día siguiente—22 de abril—Zumalacárregui esperaba tranquilo el paso de su enemigo para darle batalla en el lugar que había elegido y que conocía perfectamente. Desalentados los cristinos hubieron de desperdigarse por bosques y selvas que no sabían dónde les conducían, y donde eran atacados desde posiciones tomadas de antemano por los ejércitos carlistas. Las pérdidas del enemigo en estas jornadas de triunfo fueron: 800 muertos, 600 prisioneros, 300 heridos, 3.000 fusiles y la mitad de la caballería. La siguiente victoria, sobre Espartero, dejaba el Norte en manos carlistas. Villafranca, Tolosa, Durango, Eibar... Parecía que la victoria estaba asegurada, y todos pensaban ya en la caída sobre Madrid. Zumalacárregui quería continuar la

lucha en esta dirección por Vitoria y Burgos para penetrar en el centro de la Península y ofrecer a Don Carlos su trono. Pero los consejeros del rey opinaron que debía marchar sobre Bilbao, ya que ello podía significar préstamos extranjeros para proseguir la guerra con más elementos.

LA LUCHA EN EL NORTE, DESPUES DE ZUMALACARREGUI

Zumalacárregui fué sobre Bilbao, plaza ya bloqueada por Eraso, ante la que se encontró el 13 de junio. Instaló sus baterías en Begoña, y consiguió abrir una brecha al día siguiente, pero comprendió que no tenía fuerzas suficientes para lanzarse al asalto, ya que la ciudad era defendida por 4.000 hombres. El 15 de junio, mientras inspeccionaba unas posiciones, fué herido en una pierna y cayó al suelo, siendo transportado por sus soldados a Durango, donde le visitó el rey, y más tarde a Cegama, donde se le produjo una septicemia que ocasionó la muerte del general el 24 de junio de 1835, a las diez y media de la mañana.

El ejército carlista quedaba huérfano de quien había sido su guía, su jefe y su padre bueno. Fué llorado por sus soldados como jamás lo ha sido jefe alguno. La alegría por el cerco y próxima toma de Bilbao, que se creía inminente, cesó. Parecía que todo sería distinto sin él. Y así fué. El elogio póstumo de Henninsingen es bien significativo: «Con él, no sólo

los carlistas, sino España, perdió un hombre como no se había visto otro durante largos años y como el que deseo pueda ver pronto». Pirala, de conocido criterio liberal, afirma en su *Historia sobre la guerra civil*: «Cuando la presión política ejerza menos imperio que hoy, cuando nuestros descendientes estudien la guerra civil, Zumalacárregui será considerado como una gloria nacional».

A los pocos días de muerto Tomás Zumalacárregui, el primero de julio, se levantaba el cerco de Bilbao, considerándolo inútil. Pero había costado la vida al general más prestigioso de los ejércitos de Don Carlos.

Sería falso, además de engañoso, querer circunscribir la acción de las fuerzas carlistas al noroeste de la Península. En todas las regiones se habían levantado partidas que, las más de las veces, sin jefes que las condujeran, deambulaban amparadas por las condiciones del terreno, pero haciendo siempre constar su adhesión a la persona de Carlos V. Estos grupos de guerrillas seguían una línea que mostraba bien a las claras la limpieza de su conducta. Habían sido guerrilleros contra Napoleón en 1808, formaron parte del Ejército de la Fe en 1820 y ahora se sacrificaban nuevamente por sus ideales, ansiosos de verlos triunfar.

En las tierras de Castilla la Vieja, en Burgos, la figura de más prestigio era el cura Merino, que tan firmes se las tuvo contra el invasor francés, y que conducía una gran partida, cuyas andanzas se extendían bien le-

jos de su punto base. Junto a él, Santiago Villalobos y Lucio Nieto contribuían a patentizar que aquella región también estaba dispuesta a luchar por su rey legítimo. En Toledo, don Blas Romo, con un contingente de leales, amenazó seriamente Talavera de la Reina; así como Rodríguez Cano, Perfecto Sánchez y Jerónimo hacían lo mismo con Navalmorales y Navaloncillos. Cuenca supo de la fuerza del carlismo por la acción del canónigo Salazar, y León por la del guerrillero Francisco Hernández. En esta misma provincia Bernardo Alonso Gagi Cavias y *el Toresano* tuvieron claras victorias en Villamuñio y Bembibre. En Guadalajara una partida fué dispersa en Arbeteta, y los valientes y leales hermanos Salazar fueron fusilados en Cogolludo. Otro lugar en que la acción de las guerrillas fué casi continua era la Mancha. Allí la falta de un jefe como Zumalacáregui, genio director de las fuerzas del Norte, impidió que los esfuerzos y actos heroicos de Adame (*el Lobo*), Barba, Valiente, *Palillos*, Bermúdez, Ramírez, *el Lobito*, Tercero, Rompeer, Ventero, Carrasco, Muñoz, *el Gallego*, Junco, García de la Parra, Ossorio y Sánchez tuvieran un resultado práctico. El mando del brigadier Mir, desgraciadamente, fué episódico, y esto restó fuerza al carlismo del centro, que había dado el grito inicial de guerra.

También en Galicia las partidas carlistas se sucedían sin interrupción, y contribuían a distraer buen número de fuerzas cristinas. Allí fué jefe de la Junta

Carlista el canónigo Martínez Villaverde, más conocido como el *arcediano de Mellid*, y el jefe militar más importante Antonio M.ª López. Las detenciones de personas que se creyeron complicadas con los soldados de Don Carlos fueron ininterrumpidas; en Lugo fueron encarcelados dieciséis estudiantes por tener indicios de que pensaban irse a la guerrilla. Los gallegos más destacados fueron Juan Bautista Viñas, *el Capador*, protagonista de la acción victoriosa de Arzúa; Guillermo Carballo, que de Orense a Lugo era dueño absoluto del camino, el coronel López y el comandante Ferreiro. En Asturias significó una gran pérdida la muerte de Francisco Suárez Baiña en los montes de Morión, ya que su nombre conseguía atraer voluntarios para la causa por su temeridad y arrojo. Asturianos de renombre fueron, asimismo, el coronel Arroyo y el capitán Flórez Sierra.

Andalucía fué escenario de las correrías de Becerra, quién en Ardales (Málaga) levantó una partida por Don Carlos , que actuó en la serranía de Ronda. Cádiz tuvo su jefe guerrillero en el conocido *Don Antonio*. En las cercanías de Gibraltar actuaba el brigadier Salvador Malaila, y en otros lugares de la región el coronel Javier de la Lastra y Andrés Monzón, *el Valenciano*. En Extremadura el teniente Francisco Lafuente, fugado de la cárcel de Cáceres, donde se encontraba por carlista, levantó gente armada, que colaboró con el ex guerrillero de la Independencia Feliciano Cuesta,

que operaba en el sur de la región. Murcia está representada en esta época por el párroco de Molíns, exaltado defensor de la causa.

Después de Zumalacárregui, tomó el mando del Ejército carlista el teniente general González Moreno, nacido en Cádiz en 1778, y que al iniciarse la campaña era capitán general de Málaga. Tuvo el serio contratiempo de Mendigorría, en que incluso estuvo en peligro el propio Don Carlos. Esto dió ocasión a una rivalidad entre Moreno y el general Maroto, que derrotó a Espartero en Arrigorriaga. Moreno fué sustituído en el mando por el general don Nazario Eguía, nacido en Durango en 1777, que defendió Cádiz durante la guerra de la Independencia de los ataques napoleónicos. Tuvo su primer éxito en Villarreal de Alava y Salvatierra, luchando contra los cristinos, en cuyas líneas iban la Legión Británica, mandada por el teniente general sir Lacy Evans, y la Legión Francesa, al mando del general Bernelle. Eguía continuó sus triunfos, incoporándose Valmaseda, Plencia y Lequeitio. Por entonces murió el heróico Sagastibelza, que sitiaba San Sebastián, alcanzado por una bala inglesa, pues eran fuerzas británicas, apoyadas por la Marina de la misma nacionalidad, las que defendían la plaza.

Nuevos éxitos tuvo Eguía, secundado por Villarreal, Iturralde y La Torre; pero, por no someterse a los planes de quienes rodeaban a Don Carlos en su corte

de Oñate, pidió permiso por enfermo, siendo sustituído por Bruno Villarreal, natural de Larrea (Alava), donde nació en 1802; había sido uno de los más valientes luchadores de los ejércitos realistas en 1820. Tras su primer triunfo sobre los cristinos en Villasana, se le nombró teniente general. El fracaso del tercer sitio de Bilbao—el segundo se inició en octubre del año en que murió Zumalacárregui y tuvo que ser levantado a los pocos días—y la derrota que inflingió a las tropas carlistas Espartero, ahora ya conde de Luchana, bajó la moral de las tropas, y Villarreal dimitió su cargo. Fué sustituído como general en jefe de todas las tropas del Ejército del Norte por el infante don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, que había nacido en el Brasil el 11 de febrero de 1811. Todo este constante cambio de jefes no significaba otra cosa sino que había desaparecido el jefe indiscutible, y que era difícil que pudiese ser sustituído eficazmente Sin embargo, los cristinos tenían ahora su jefe en el general Espartero, aureolado de gloria tras el éxito de Bilbao.

El infante don Sebástián supo rodearse de antiguos jefes, cada uno lleno de prestigio ante los soldados por un motivo diferente. Hizo a Villarreal su primer ayudante, a González Moreno jefe de su Estado Mayor, y secretario militar de campaña a Joaquín Elío. Esto hizo posible la gran victoria de Oriamendi. Se debió al deseo de las tropas inglesas de romper el cerco que

encadenaba férreamente a San Sebastián, que, tras un duro ataque, magníficamente soportado por los carlistas, pudieron apoderarse de las alturas de Oriamendi, y las tropas de Don Carlos se replegaron en Hernani y el fuerte de Santa Bárbara. Cuando era más difícil su situación, apareció un fuerte contingente carlista al mando del propio infante y en el que iba, entre otros jefes, Villarreal, que alentó a sus soldados con el grito de «¡A morir; vamos, arriba!» Se tomaron las posiciones enemigas sin temor a la lluvia de balas que caía constantemente. Con un coraje insuperable los carlistas avanzaron derechamente hacia el corazón de la resistencia enemiga con los gritos de «¡Viva Don Carlos!» y ¡Aurrera, mutillac! (¡Adelante, muchachos!), haciendo huir despavoridos ante su escalofriante valor a los ingleses de Evans, que eran pasados a la bayoneta con furia, en cuanto pretendían oponerse. El famoso himno de Oriamendi tiene aquí su origen, aunque las versiones sobre el mismo sean distintas y contradictorias, pues aún hay quien afirma que era un himno liberal para celebrar el triunfo de la batalla, que fué encontrado al enemigo y modificado en su letra, que hoy reza en el estribillo, tan popular:

Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharon nuestros padres.
Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharemos nosotros también.

Seguidamente se organizó la famosa expedición real que atravesó gran parte de la Península y llegó hasta las puertas de Madrid; punto culminante de esta primera guerra carlista.

ORGANIZACION Y UNIFORMES CARLISTAS

Conviene fijar algunas ideas sobre el Ejército carlista. Su organización era bien rudimentaria. Aunque había una especie de ministro del Ejército, su autoridad verdadera sobre las unidades era bien escasa, y actuaba más como contrapeso cerca del rey, que como eficaz medio de que cada jefe tuviera bien dispuestos sus haberes y aprovisionamiento para rendir con eficacia en la batalla. Todo lo suplía, como tantas otras veces en España, la fe y buena voluntad de los capitanes y soldados, que ofrecían gustosamente cuantos sacrificios eran precisos por el triunfo de la causa. Su afán era la victoria, y a ello supeditaban todo, sin importarles las estrecheces y calamidades.

«Los oficiales— dice *Juan José Peña*—cobraban media paga, y un tercio de ella los jefes. Bellas combinaciones estratégicas no dieron a veces fruto por faltar la munición. Millares de voluntarios esperaban que hubiese armas para ellos. No se hable de uniforme, el cual tardó mucho en existir; cada uno iba como podía, frecuentemente roto, a menudo con prendas cogi-

das al enemigo, pues las Juntas sólo daban camisas y alpargatas. Puede decirse que el primer uniforme carlista fué la boina, blanca, roja, azul, según las unidades; la boina roja, que en tan alto símbolo se había de convertir, empleóla Zumalacárregui, luego los oficiales y pronto se dió al glorioso batallón de Guías.» Según las noticias recogidas de diversas procedencias por *Mariano Tomás,* la uniformidad del Ejército de Cabrera era: «Los granaderos visten chaqueta azul con vivos amarillos y boina azul con borla encarnada; pero la borla de los fusileros es blanca, y amarilla la de los cazadores; todos visten pantalones de lienzo blanco. La caballería se uniforma con chaqueta azul, boina roja y pantalón de paño»; la artillería viste chaqueta y boina azul con vivos rojos.

Por su parte *Lichnowski* nos dice cómo el primer carlista que vió era un centinela, «mozo fuerte y grueso, con los cabellos largos, cubierto con una boina azul, adornada de una larga borla, con sandalias y una canana en la cintura; llevaba pendiente de un cordón de seda rodeado al cuello un saquito que contenía reliquias, y el escapulario que todo español lleva siempre consigo porque tiene puesta en él su fe y su confianza». El cuerpo de alabarderos reales lo componían 20 muchachos por cada uno de las provincias vascas y 40 por Navarra. «Su uniforme consistía en un sobretodo azul cielo, con franjas rojas guarnecidas de botones blancos, el pantalón rojo y una boina azul con borla de

plata; llevaban carabinas inglesas con largas bayonetas.» En otro lugar dice: «En seguida me dirigí a la audiencia real, vestido por primera vez con el uniforme español, que consistía en un grueso sobretodo azul, muy corto, con dos filas de botones dorados en los que estaba grabada la flor de lis real de los Borbones con esta inscripción: «Carlos V»; un pantalón rojo con galones negros; la boina escarlata con borla de plata. La boina blanca con borla negra era entonces—1837—el signo distintivo de los generales y de los ayudantes de campo. Zumalacárregui la había concedido como una distinción a los soldados del quinto batallón de Guipúzcoa, de donde les viene el nombre de *chapelzuri*». En otra ocasión habla *Lichnowski* de uniformidad en este sentido: «Las tropas de línea llevaban capotes de paño gris, adornados con vueltas cuyo color variaba según las provincias, pantalones rojos y buenos zapatos. En Aragón y en Castilla los soldados calzaban sandalias, calzado cómodo que las tropas comenzaban a imitar. La boina azul con borla de color era tocado general; sólo los zapadores se cubrían con la boina escarlata. La del quinto batallón de Guipúzcoa era blanca y se llamaba de *chapelzuris,* y algunos portugueses incorporados a los batallones de Castilla la llevaban verde. El armamento consistía en un fusil de fabricación inglesa o francesa, que las más de las veces había sido tomado al enemigo. La canana, que contenía cuarenta cartuchos, iba delante, y la bayoneta a la derecha. Ata-

do a la espalda se llevaba un saco de tela llamado morral. Este traje y este armamento, que hubieran hecho un efecto deplorable en una parada, eran perfectamente adecuados a la guerra de montaña y a las marchas forzadas. La caballería estaba compuesta exclusivamente de lanceros; algunos escuadrones, el primero y el segundo de Navarra (*Manuelín* y Osma), eran excelentes pero mediocremente montados. El armamento de estos escuadrones, compuestos de cien caballos, consistía en un sable, dos pistolas y una lanza, guarnecida de un gallardete rojo y amarillo. Medio escuadrón llevaba carabinas o trabucos en vez de lanzas. El hierro de las lanzas estaba fabricado con mucho cuidado, según un modelo polaco; los sables eran rectos o ligeramente curvados, con anchas guardas. Las sillas eran un término medio entre la antigua forma española y las de los dragones, y estaban cubiertas con pieles de carnero. El bocado, de forma oriental, no podía servir más que para los caballos españoles porque sólo tenían un filete largo y curvado, sin falsa brida. Los caballos estaban ligeramente bien equipados. Todas las fuerzas de caballería usaban la boina roja, chaquetas cortas de paño, verde o rojo, según los escuadrones; pantalón gris o rojo, guarnecido de cuero, y capote gris con cuello alto, vuelto de rojo. Los capotes de los trompetas eran rojos».

CABRERA, CAUDILLO DEL MAESTRAZGO

Si la guerra en el Norte tiene un nombre, Zumalacárregui, la de Levante tiene otro que, sin una preparación militar como la del vasco, estaba dotado de un instinto especial, producto de su intuición genial, para conducir los hombres en la batalla. Ese nombre es el de Ramón Cabrera Griñó, natural de Tortosa, donde nació en diciembre de 1806. Huérfano bien pronto, estudió interno en un Colegio religioso, donde dió pruebas de su entereza y dotes para el mando. Su familia le quiso sacerdote, y, aunque recibió la primera tonsura para lograr las rentas de unos beneficios de la catedral de Tarragona adscritos a su familia, pronto su afán de aventura le llevó bien lejos. El obispo, comprendiendo que su vocación no era eclesiástica, no quiso ordenarle de menores. Estallada la guerra, las autoridades de Tortosa le tuvieron en entredicho, y hasta le desterraron a Barcelona, pero cuando este destierro iba a ser efectivo, acompañado de su amigo Solá y el cocinero del convento donde había estado, se fugó a Morella el 15 de noviembre de 1833.

Hasta entonces la guerra en aquella comarca no había sido muy afortunada. El alzamiento había comenzado en la Valencia del Norte y en el Aragón del Sur al mismo tiempo que en el resto de España. Todos los esfuerzos se concentraron en una plaza fuerte que estaba en el lugar más apropiado por su distancia a los demás puntos y la fragosidad de la sierra de que es cabeza, Morella. El barón de Hervés, Corvasí, Llorens, Marcoval y otros jefes distinguidos por su fervor patriótico en 1808 y 1820, llevaron la dirección del Movimiento que proclamó al infante don Carlos M.ª Isidro como rey legítimo de España. Atacada Morella por fuerzas liberales hubo de ser evacuada por no tener medios para resistir a un ejército tan numeroso como el que acudió en contra de los carlistas. Hecho prisionero el barón de Hervés, fué fusilado en unión de otros jefes.

En la sierra del Maestrazgo se reunió una partida mandada por Corvasí y Marcoval, que componían 250 hombres aproximadamente, de la que formó parte Cabrera. Por entonces el mundo de Levante era disputado entre los distintos jefes de partida, sin que se encontrara el mando indiscutible. Diversas acciones, muchas de ellas temerarias, hicieron que Ramón Cabrera ascendiera ininterrumpidamente. Fué Marcoval quien le confirió el grado de teniente, y ya en lo sucesivo sería él mismo jefe de una de las partidas. Su pericia, su astucia, su arrojo, fueron prendas importantes que

le granjearon ante los subordinados el afecto y la consideración, pues estaban seguros de que con él era imposible la derrota. Mal paso llevaban, sin embargo, los otros jefes: Monforte había sido fusilado en Teruel; Marcoval, en San Mateo, y Sola y Corvasí, en Lucena. Otros jefes, como Vallés y Carnicer, se incorporan a los hombres de Cabrera para combatir a sus órdenes. Como prueba de la temeridad y gusto a la aventura de Cabrera y sus hombres sobra con relatar la acción de Villafranca del Cid, plaza liberal en la que entraron uniformados como cristinos, y una vez que el pueblo les había hecho un gran recibimiento, el jefe carlista hizo rendirse a sus enemigos dando a conocer su personalidad. Cabrera era ya comandante primero; el mando supremo de los ejércitos reales de aquella comarca lo ostentaba Carnicer, que más tarde fué fusilado al intentar traspasar las líneas enemigas para llegar hasta el Cuartel Real, cosa que ya había conseguido Cabrera.

Las guerrillas diseminadas dan, entonces, aquí y allá, en la línea fronteriza entre Aragón, Cataluña y Valencia, golpes de mano, por los cuales pueden continuar combatiendo, pues es la única forma que tienen para proporcionarse fusiles, caballerías y dinero. Quílez actúa en Caspe y Batea; Caragol, en Piedrafita; Montañés, en Cebollera; Conesa, en Lydon, y Vicente Fibia, en Pauls. Cabrera obtiene, tras la muerte de Carnicer, la jefatura accidental de las fuerzas de Aragón.

Logra reunir todas las guerrillas dispersas, y con ello alcanza un contingente de 240 infantes y 30 jinetes. Con ellos desafía a los 1.500 soldados de a pie y 140 de a caballo que manda el brigadier Nogueras, que, pasmado ante el valor de los hombres carlistas, dice en su parte oficial: «Jamás he visto más decisión, valor ni serenidad; no es posible que las tropas de Napoleón hayan nunca hecho ni podido hacer una retirada por un llano, de cuatro horas, con tanto orden. Lejos de obtener ninguna ventaja de las que creía, no he observado sino el desmayo de las tropas que tengo el honor de mandar, en vista de la resistencia que ha opuesto un puñado de hombres, dignos de defender mejor causa. Si a Cabrera no se le corta el vuelo, este cabecilla dará mucho que hacer a la causa de la libertad».

Después viene el gran triunfo de Alloza, luego el de Yesa, y, por fin, su entrada victoriosa en Segorbe, que asegurará por siempre su fama de invencible. Esto hace que las partidas de Torner y *el Serrador* se acojan a su mando. Toma la importante ciudad de Rubielos, Mora de Rubielos, Alcalá de la Selva, Puebla de Valverde, Sarrión, Torrijos y Utiel. Establece Cabrera su refugio y cuartel permanente en Beceite, y comienza a iniciar una organización regular del Ejército a fin de dotarle de los medios imprescindibles para vencer, y también para que pudiera subsistir, pues son muchos los mozos de los contornos que se le presentan como voluntarios para luchar a sus órdenes. «A los soldados

les asigna una paga de cuatro reales diarios, cinco a los cabos, seis a los sargentos, y los oficiales cobran un tercio del haber que, por su grado, les correspondería en las filas regulares. Se preocupó también del vestuario, y rebajó de servicio a todos los sastres que figuraban en su pequeño ejército. De este modo empezó a uniformar las compañías; primero adaptando los hábitos recogidos en el campo de batalla, y después cosiéndolos ya nuevos, cuando se proveyeron de paño. Como tocado, usaba en un principio los mismos morriones de los isabelinos que éstos abandonaban en el combate; pero hacia el año 36 llegó desde las provincias el uso de la boina, que ya fué distintivo de este bando. En cuanto a la organización puramente militar, completó el segundo batallón de Tortosa y formó el cuadro del tercero; con la partida de don Vicente Herrero fundó el cuarto de Aragón, y con los nuevos mozos que iban llegando formó otros dos batallones, uno tortosino y otro valenciano. Nombró su ayudante a don Ramón Ojeda, y su jefe de Estado Mayor a don José María de Arévalo; la caballería la puso a las órdenes de don Manuel Añón, y las oficinas y la contabilidad a las del teniente coronel don Domingo Franco. Cuando, después de estas providencias, deja los puertos y marcha hacia la llanura, le acompañan 3.400 infantes y 220 jinetes» (*Mariano Tomás*).

Cuando comienza el éxito continuado de Cabrera, con la base firme de una organización que asegura la

prolongación del triunfo, sucede algo que va a llevar la guerra a unos extremos de crueldad innegables. Habían sido detenidos por los cristinos dos oficiales de las fuerzas de Cabrera, Monteverde y Matamoros, y el jefe carlista logró apoderarse, como contrapartida, de una gran formación enemiga. Pidió entonces que se hiciera un cambio de aquellos dos por todos éstos. El gobernador de Tortosa respondió fusilando a los dos oficiales y mandando detener a la madre de Cabrera. El carlista, gran amante de su madre, con dolor de corazón puso en libertad a la columna cristina que tenía en rehenes; pero, para responder de la vida de su madre, metió en prisión a tres mujeres familiares de liberales conocidos en la comarca. Las delaciones y el comportamiento de inteligencia con el enemigo de los alcaldes de Torrecilla y Valdealgorfa obligaron a que Cabrera, como ejemplaridad para los demás y seguridad de sus tropas, los fusilara. Hasta ahora eran sólo los hombres comprometidos, que hacían el juego de la guerra, los que habían sufrido el rigor de la contienda, pero entonces el brigadier Nogueras hace algo monstruoso. Ordena el fusilamiento de la madre de Cabrera, María Griñó. El jefe carlista, enloqueció de dolor; respondió a la ofensa haciendo fusilar a las tres mujeres que «le guardaban la vida de su madre».

Al frente de sus tropas, seguido de sus guías, continuó la acción victoriosa. Eran ya 4.000 de infantería y 200 caballeros los que obedecían sus órdenes. Con

ellos tomó Liria, Benaguacil, Villamarchante, Chiva... Pero una fuerza poderosa del enemigo le obligó a una retirada que dirigió personalmente con éxito. Pronto se rehizo tomando Cantavieja, donde estableció, por ser plaza fuerte, un hospital de sangre y una Academia militar. En Cenia y otros lugares montó fábricas de municiones y armamento, de calzado y vestuario. Su reino era ya importante. Toma Onda, Alcora y Villarreal, y es nombrado por el rey mariscal de campo.

Cumpliendo lo ordenado por el general Miguel Gómez, Cabrera acude con sus lanceros a Utiel, donde el otro jefe lleva siete batallones del Norte. Allí van también otros segundos jefes de Cabrera con cinco batallones y 500 jinetes. Siguiendo las instrucciones recibidas, las fuerzas carlistas reunidas iniciaron una expedición por Castilla y Andalucía, en la que recorrieron Alcalá de Júcar, Albacete, La Roda, Villarobledo—aquí combaten con las famosas lanzas de Diego de León—, Baeza, Bailén y Córdoba—donde se celebró un grandioso Tedéum de acción de gracias—. El continguente carlista era grandioso: 8.000 infantes y 2.500 jinetes. El Gobierno de Isabel envió un fuerte ejército contra los carlistas: 20.000 infantes y 4.000 de caballería, a las órdenes de los generales Rodil, Alaix y Narváez. Córdoba fué abandonada, y en el movimiento del ejército de Don Carlos se tomó Almadén, marchando después hacia Extremadura. Cabrera entra en Guadalupe, Trujillo y Cáceres, desde donde, acompañado por muy

pocas fuerzas, pidió permiso para regresar al Maestrazgo. Fué por Abenójar, Almodóvar del Campo, Almagro, Calzada de Calatrava, Bonillo, Albacete, La Gineta, Tarancón, provincia de Guadalajara y Rincón de Soto, donde fué alcanzado por una columna enemiga y su ejército dispersado, salvando la vida milagrosamente. Terminaba el año 1836.

En Almazán le esperaba el grueso de su ejército y marchó a Aliaga y Rubielos de Mora. Su primera acción fué apoderarse de la huerta de Valencia, llegando hasta las cercanías de la capital. En un duro combate frente a Castellón cayó herido, y sus soldados sólo pensaron en salvarlo, abandonando la victoria segura. Desde su lecho de dolor, en donde cura la herida, dirige la guerra. Sin sanar de sus heridas monta a caballo y va por todas partes levantando la moral y el ánimo de todos, mientras sufre horribles dolores. Ahora conduce a los suyos hasta Buñol y Algemesí, y su segundo, Forcadell, penetra por la vega del Segura. Pero Cabrera desea vehementemente la posesión de Cantavieja, que se perdió durante su estancia en Andalucía, y, al fin, la consigue, restableciendo su antiguo poderío. Por entonces, Cabrera entró en San Mateo de las Fuentes, abatiendo el genio orgulloso del general Oráa, que había jurado acabar con su enemigo.

EXPEDICION REAL Y FIN DE LA GUERRA

Desde el Norte avisaron a Cabrera que la expedición real contra Madrid estaba dispuesta, y que debía aprestarse a ayudar al gran Ejército para que pudiera cruzar el Ebro, y continuar con él hasta la capital de la nación. Cherta fué el punto señalado para el cruce del río. Antes de ir para donde se le señaló, dispuso todas las cosas de forma que no pudiera sufrir reveses o contratiempos durante su ausencia. Cantavieja seguía siendo el centro estelar de todos sus movimientos y de toda su acción.

El 15 de mayo de 1837, se puso en movimiento, desde Estella, la llamada Expedición Real, compuesta por 12.000 infantes y 1.600 lanceros, en la que formaba todo el Cuartel Real, con la familia y persona del monarca, las altas dignidades de la Corte y jefes militares. El 24 de mayo se hallaba en Huesca, donde entró en medio de grandes vítores y aplausos, siendo recibida como liberadora. El 27 estaba en Barbastro. Tras cruzar el Cinca y el Noguera Ribagorzana, la Expedición pisó tierra catalana, donde se le incorporó

Ros de Eroles. Las dificultades de movimiento de tan grueso contingente, con la impedimenta que suponía la Corte, a la que había que proteger en todo caso, fueron causa de algunos reveses, que no fueron mayores por especial providencia. Con igual triunfo y aclamaciones que en otras plazas, entró la Expedición en Solsona. Se ocupó San Juan de las Abadesas y Olot. Puede decirse que con la Expedición terminaron los éxitos del Ejército carlista de Cataluña, mandado ahora por Urbiztondo y Tristany.

No fué fácil disponer el cruce del Ebro, lo que se efectuó ante Cherta, merced al valor indomable de las gentes de Cabrera, que mientras por un lado impedían el avance de Nogueras, por otro, a la vista del rey y la Expedición, batían a Borso de Carminati y protegían el paso del Ejército del Norte, para lo cual los hombres del Maestrazgo habían hecho un esfuerzo transportando grandes barcazas sobre troncos desde San Carlos de la Rápita. El 29 de junio, sobre un río tintado de rojo por la sangre vertida, cruzaron el Ebro Don Carlos y todo su acompañamiento. Cabrera manifestó su opinión: «No basta correr, sino que es preciso volar. Presentarse en la puerta de Atocha el mismo día que sepan allí que hemos salido de Cherta; esto debíamos hacer.» Su opinión no fué seguida, pues se dilató la marcha sobre el centro, distrayéndose en una jira por Villarreal y Burriana, hacia el Sur. Volvieron, con gran desesperación de muchos, hacia Te-

ruel, en una serie de idas y venidas infructuosas, que desanimaban a los más esperanzados. El Ejército que había quedado en el Norte, ahora al mando de Zariategui, consiguió un rápido avance, que prometía una llegada por el Norte a Madrid en muy escaso tiempo. En agosto estaban los carlistas en Segovia, pero pronto se retiraron a Aranda, donde aguardaron nuevas de la Expedición Real. Esto no impidió que, más tarde, continuando el avance, llegaran hasta Las Rozas, a las puertas de Madrid, de donde fueron desalojados por Espartero, cosa que no hubiera podido lograr éste si la famosa Expedición Real hubiera ido más de prisa y hubiera atacado a la capital por el Este y el Sur.

El avance hacia Madrid no presentaba dificultades por lo que respecta a las poblaciones civiles, que recibían a los ejércitos de Don Carlos como a liberadores. Los montes de Toledo estaban en poder de los carlistas de la Mancha y Extremadura, mientras el grueso del Ejército avistaba Arganda. El 12 de septiembre de 1837 los carlistas estaban en las afueras de Madrir. Cabrera llegó a Vallecas, subió por Atocha y tomó la puerta del Retiro. Nada faltaba ya para que se ocupara el centro. Era preciso no detenerse y entrar. Surgió la indecisión, y todo fué imposible. Mientras, había llegado Espartero con veinticinco batallones para defender la capital. Cuando esto ocurría, Zariategui, con los suyos, había hecho proezas que servían para debilitar la moral de Madrid. Valladolid había

caído en sus manos, y mientras planeaba la ocupación de Palencia se enteró que Don Carlos había pasado el Duero, y que no merecía la pena su esfuerzo. Toda la ilusión puesta en la Expedición se había deshecho. Difícil sería volver otra vez a concebir esperanzas. Destituciones, destierros...; eso no arreglaba la situación y empeoraba la inquietud que reinaba en todos.

Cabrera continuó con el mismo ánimo que siempre, después de vuelto a sus posesiones, luchando por la causa que defendía, como si nada hubiera pasado. Quiso tener una capital de su pequeño mando, y el 25 de enero de 1838 Morella caía otra vez en poder suyo. Después conquistó Benicarló y por unas horas Zaragoza—5 de marzo—fué carlista, merced al heroísmo de los mozos aragoneses mandados por Cabañero. Calanda y Alcorisa se incorporaban también al carlismo. Oráa se decidió a cercar Morella, pero Cabrera izó bandera negra con una calavera blanca, en señal de que antes morirían todos que rendirse; el cerco tuvo que ser levantado. Gran victoria fué la obtenida por Cabrera sobre Pardiñas, que murió en el combate librado en las cercanías de Maella, donde quedó destrozada la división cristina llamada del «ramillete», por lo escogido de sus fuerzas.

Mientras todo esto ocurría en Levante, merced a la jefatura de Cabrera, en el Norte las peleas entre jefes y jefecillos eran cada vez mayores. Muchas unidades se sublevaron al ver perseguidos a sus jefes. Rafael

Maroto, nacido en Lorca (Murcia) el 18 de octubre de 1783, fué ascendido a jefe supremo del Ejército real del Norte, y desde su nombramiento a comienzos de 1839 planeó la rendición de las fuerzas carlistas. Todos advirtieron la maniobra, pero ya era tarde. El 15 de enero se entrevistó con un ayudante de Espartero, afirmando que iba a discutir un canje, y desde entonces hubo una enconada lucha entre el Cuartel Real y el de Maroto, que terminó con el fusilamiento por éste de los generales Guergué, García, Sanz y Carmona y el intendente Uriz. Don Carlos reaccionó publicando una proclama contra el desleal Maroto, a quien declaraba traidor. Maroto no se intimidó; formó a sus tropas y fué contra el Cuartel General, y Don Carlos se vió forzado a suavizar su actitud y mandar a Francia a muchos de cuantos le rodeaban, que, realmente, tampoco le habían servido como eficaces consejeros. Maroto, con ello, colocó al frente del Ejército a quienes eran sus aliados, y en una revista hecha por Don Carlos a varios batallones entre Vergara y Elorrio, en la que arengó a los soldados para que reaccionaran, observó el monarca cómo gritaban «¡Viva Maroto!», en vez de «¡Viva el rey!», y de los guipuzcoanos salía una voz unánime, *Pakia*, esto es, «Paz». Los navarros y alaveses, con Zariategui, Elío y Villarreal, permanecieron fieles a Don Carlos. Pero nada era ya posible, y todo contribuía a la confusión.

Don Carlos, Carlos V, se vió obligado a pasar la

frontera hacia Francia por Dancharinea. Después vino el vergonzoso Convenio de Vergara.

Todas las tropas del Norte, bajo el mando de Espartero, marcharon ahora contra Levante. Cabañero, siguiendo lo hecho por Maroto, se adhirió al Convenio. Cabrera veía caer sobre sí toda la máquina de un gran potencial bélico, y aun así se aprestó a la defensa y luchó como un valiente hasta el final, llevando en retirada todo el Ejército hasta la frontera. Se dice que Espartero elogió el valor de estas fuerzas que no se rindieron jamás. Tras perder sus posiciones del Maestrazgo, fué a Cataluña. En Flix se unieron la división de Aragón, el primer batallón de Valencia y el tercero de Mora, con sus leales Forcadell y Polo. El 2 de junio pasaron el río Ebro, siendo los últimos en cruzarlo Cabrera y Arnau. De allí fué a Berga, atravesando las tierras del Principado. El 4 de julio aún dió Cabrera una batalla a los cristinos. El 5 estaba en la raya de Francia con 10.000 soldados que entregaron sus armas en la frontera. En Francia entraron los generales Forcadell, Llangostera y Burjo, los brigadieres Añón, Arnau, Valls y Franco; cinco batallones de Tortosa, el primero de Valencia, el regimiento de Caballería de Tortosa, la compañía de cazadores del primero de Aragón, dos secciones de artillería y la división de Aragón. Estas eran las fuerzas carlistas que no habían podido ser vencidas en combate.

Sorprenderá que con tal descripción de esta primera guerra carlista fuera posible la victoria de los liberales. Quizá faltaron jefes, pero sobre todo faltó al Ejército de Don Carlos dinero, que proporcionaron a manos llenas al isabelino, como ayuda de guerra, con grandes contingentes de voluntarios, Francia e Inglaterra. Hay otra causa muy digna de tenerse en cuenta. Había una gran masa neutra que, aunque por principios estuviera con Don Carlos, no se manifestaba en uno ni otro sentido. Estaba compuesta por una clase media ansiosa de subir. El Ejército carlista era formado totalmente por voluntarios salidos de las regiones más ricas, agrícola e industrialmente, de España: Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia, sin que esto quiera decir que no hubiera grandes partidas carlistas—como hemos visto—en otros lugares. Los jefes carlistas eran los militares profesionales o los hombres de genio guerrero que habían luchado de verdad, primero contra los hombres sin Dios de Napoleón, después contra la intriga masónica de Riego. El Ejército liberal se componía de las quintas llamadas a filas, bien pagadas, y era mandado por profesionales, muchos de ellos de nombre oscuro, que empezaban a brillar entonces y que no podían vencer en igualdad de condiciones al entusiasmo esperanzado de los carlistas.

Quien ganó la batalla decisiva para los liberales, los hombres de la Revolución, fué Mendizábal, poniendo en venta los bienes de las Congregaciones reli-

giosas y de la Iglesia. La clase media neutra vió en ello una posibilidad de ascender de situación, ya que los gobernantes de Isabel II les daban la pacífica posesión de una riqueza adquirida fácilmente, mientras Don Carlos juraba devolver a la Iglesia y a los religiosos lo que les había sido arrebatado. Era natural que el peso de los nuevos poseedores—ya conservados—, se inclinara hacia los liberales, que así tuvieron su más grande fuerza para vencer a Carlos V y lo que ideológicamente significaba.

CARLOS VI



Carlos VI



Don Juan de Borbón y de Braganza



General Zumalacárregui



Ramón Cabrera Griñó

El resultado de la primera guerra carlista no dejó resuelto el problema. La ilegitimidad que ocupaba el trono y las ideas disolventes que lo sostenían no podían, ni mucho menos, aquietar y pacificar los espíritus. Los buenos españoles no se hacían a la idea de perpetuar una situación que no consideraban real. La Corte, en el destierro, tampoco juzgó terminada su misión. Pero fueron muchos los que juzgaron preciso llegar a una fórmula que acabara con las discordias existentes, y para ello ofrecía una buena oportunidad el hecho de que la hija de Fernando VII, proclamada como reina bajo el nombre de Isabel II, estuviera en edad y condiciones para contraer matrimonio.

Aun cuando las soluciones recomendadas eran muchas, sobre todo por parte de los interesados al servicio de potencias extranjeras, la «solución española» no podía ser más que una: la boda de Isabel II, reina de la España oficial, con el conde de Montemolín, hijo del rey de la gran mayoría española, que veía en él una firme garantía para el trono y para el futuro español. Dos corrientes se sustentaron en este punto: Primera, la tesis carlista de Carlos V, presentada

por el diario *La Esperanza*, de unir al conde de Montemolín, heredero de la corona en la dinastía expatriada, y a Isabel II con igualdad de derechos y, por tanto, figurando igualmente los dos como reyes, repitiéndose así, de esta forma, la unidad dinástica e ideológica española, como en lo territorial lo habían logrado los Reyes Católicos; segunda, la tesis de *El Pensamiento de la Nación*, defendida principalmente por Balmes, según la cual la unión de Isabel II y el conde de Montemolín sería sobre la base de aceptar éste únicamente el papel secundario de rey consorte, sin derecho alguno a intervención política y sin ocupar número en la cronología de los reyes de España; el hijo de ambos reuniría las dos legitimidades, la de la Ley Sálica y la de la Ley de Partidas. El conde de Montemolín, ya rey de la España carlista, por abdicación de su padre (18 de mayo de 1845)—se afirma que según consejo de Balmes—, a pesar de que en un manifiesto dijera: «No hay sacrificio, compatible con mi honor y con mi dignidad, al que no me encuentre dispuesto para poner fin a las discordias civiles y apresurar la reconciliación de la familia real», entendió que esta segunda tesis era inaceptable para la dignidad real de que estaba investido—ya que la aceptación sería tanto como renunciar a ella—, y con esto se rompió una posibilidad de unidad entre los hombres de España, ya que ni en el Palacio de Madrid, ni entre los miembros del Gobierno, se quería oír hablar de que la

dinastía carlista pudiera compartir la dirección del Estado». El gobierno de Narváez lanzó una terrible circular contra Don Carlos, y Balmes se vió obligado a decir: «Aquí no hay más sistema que el del general Narváez, que escribe sus decretos con la punta de la espada.»

Isabel II casó al fin, después de grandes luchas para conseguir una persona sobre la que pudieran influir las diversas tendencias que luchaban en la Corte, con su primo don Francisco de Asís, hijo del infante don Francisco de Paula, hermano de Fernando VII y de Carlos V, y de la famosa Luisa Carlota. La clave de este matrimonio estaba en la segunda boda concertada, la de la hermana de Isabel, la Infanta Luisa Fernanda, con el conde de Montpensier, ya que por las características del nuevo rey consorte esperaban que no tuviera sucesión, con lo que el poder pasaría a manos de los Montpensier, de la casa de Orleáns, de conocidos antecedentes liberales extremistas.

La boda sentó muy mal a Inglaterra. Palmerston hizo gestiones a favor de Carlos VI, e incluso le propuso el casamiento con una princesa inglesa.

Había nacido Carlos VI, nuevo rey carlista, en el Real Palacio de Madrid el 31 de enero de 1818. Era hijo del en aquel entonces infante don Carlos María Isidro y de doña María Francisca de Asís de Braganza. Fué padrino su tío, el Rey Don Fernando VII. En su infancia conoció todas las dificultades e intrigas

de la Corte en torno a su padre, y con él marchó al destierro. Fueron sus preceptores el padre Puyol, capellán de las Salesas Reales, que le enseñaba Filosofía y Moral; don Mario Lidón, profesor de música, y don Vicente López, para dibujo y pintura. Volvió a España cuando contaba veinte años, en plena guerra civil, y supo del ardor y del entusiasmo de los leales carlistas que luchaban por la legitimidad. Después fué con su padre a Bourges, y pasó las calamidades y privaciones del destierro. Su educación corrió a cargo del general Montenegro.

Del carácter de Carlos VI dice bien esta semblanza suya: «Educado el príncipe en la escuela del infortunio, se dedicaba continuamente a la lectura de toda clase de obras con objeto de poder ser algún día útil a su país: vivía modestamente en un hotel que nada tenía de particular, rodeado más bien de amigos que de cortesanos, y entretenía sus ocios asistiendo con asiduidad a los ejercicios militares de las tropas del distrito y visitando e inspeccionando arsenales, cuarteles, museos, grandes establecimientos fabriles y laboratorios de los hombres de ciencia.» (José Llord.)

El 18 de mayo de 1845, Carlo V le dirigió una carta en la que anunciaba su deseo de retirarse de la política y de transmitirle sus derechos. Don Carlos Luis le contestó con otra en la que decía: «Cual hijo obediente y sumiso, mi deber es conformarme con la

voluntad de Vuestra Majestad; así que tengo la honra de elevar a sus Reales Pies el acta de aceptación.»

En el manifiesto de Bourges, dado a los pocos días de aceptar la Corona de España, el ya Carlos VI decía a los españoles, como muestra de su espíritu consesecuente y de su prudencia para la gobernación del agitado país: «Durante los vaivenes de la Revolución se han realizado mudanzas trascendentales en la organización social y política de España; algunas de ellas las he deplorado, ciertamente, como cumple a un príncipe religioso y español; pero se engañan los que me consideran ignorante de la verdadera situación de las cosas y con designios de intentar lo imposible. Sé muy bien que el mejor medio de evitar las revoluciones no es empeñarse en destruir cuanto ellas han levantado ni en levantar todo lo que ellas han destruído. Justicia sin violencias; reparación sin reacciones; prudente y equitativa transacción entre todos los intereses; aprovechar lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores sin contrarrestar el espíritu de la época en lo que encierre de saludable.»

Carlos VI se instaló en Londres, y allí su figura romántica levantó general admiración. Una joven asistócrata inglesa de muy rancio abolengo, atraída por este brillo del Rey desterrado, enamorada de él y también del futuro que podía ofrecerle, llegó a obsesionar de tal forma al monarca que le decidió, afortunada-

mente por muy escaso tiempo, a abandonar su difícil misión.

Comenzaron a inquietarse de nuevo, ante el rumbo de los acontecimientos, los jefes carlistas, y en septiembre de 1846 se iniciaron los chispazos en distintos lugares de la península, muy principalmente en Cataluña, a cuyos jefe, Tristany, decía el secretario del Rey: «Quiere S. M. que V. S. aumente las fuerzas de su mando y que no considere por enemigos sino a los que se opongan y ofendan con las armas en la mano para probar a la España y a la Europa que la política de S. M. sólo conserva un compasivo recuerdo de los antiguos desmanes; que el esfuerzo de sus defensores se hermana perfectamente con los sentimientos de conciliación y que S. M. es el padre de todos los españoles y el restaurador de la paz, la justicia, el orden y la equidad.»

Así se produjo el alzamiento llamado de los «Matinets», que en 1849 pudo darse por terminado.

Carlos VI no se desanimó por tan triste experiencia, y juzgando que era imposible toda transación deshonrosa, se dedicó a una labor eficaz de propaganda al mismo tiempo que no descuidaba la organización militar.

El 10 de julio de 1850, en el Palacio Real de Caserta, contrajo matrimonio Carlos VI con la princesa napolitana María Carolina, hermana del Rey Fernando II y de doña María Cristina, viuda de Fernando VII.

Por iniciativa de la misma Isabel II se reunieron especiales representantes suyos con otros nombrados por Carlos VI para tratar de formular un acuerdo en el que el norte principal debía ser la situación de España. Dice Claro Abanades López en su biografía de Carlos VI que incluso se llegó a la redacción de un documento en el que se establecía una fórmula de compromiso.

Con todo y con esto, no se conseguía llegar a ningún fin práctico, quizá porque los habitantes del Palacio Real de Madrid estaban bien espiados y no eran dueños de sus actos, por lo que Carlos VI previó todo lo necesario para un alzamiento.

Lo que parecía fácil por los apoyos con que se contaba, quedó desbaratado inmediatamente, y el propio Carlos VI fué hecho prisionero, haciéndosele firmar, bajo la presión y coacción que suponía su situación, un acta de renuncia al Trono que, por las circunstancias, no tenía valor para el futuro.

Hay infinidad de detalles que dan puntual cuenta de cómo eran muchos los comprometidos en esta fallida empresa de San Carlos de la Rápita.

Carlos VI y su hermano el infante don Fernando fueron puestos en libertad y trasladados al puerto extranjero que desearon, Portvendres. Cuando más tarde llegaron a Londres fueron recibidos por el infante don Juan y el general Cabrera. En el ánimo de Carlos

VI pesaba el acta de renuncia que se había visto obligado a aceptar, aun a pesar de que por las circunstancias en que lo había hecho era, conforme a todos los principios, nula. Por ello pidió a su hermano que aceptara la carga de los derechos a la Corona española, para lo cual él abdicaría previamente.

Del infante don Juan hablaremos luego. Su frivolidad y su inconsecuencia eran proverbiales, azuzadas y acuciadas por un aventurero que le servía de ayudante, llamado Lazeu. Sin encomendarse a nadie se dirigió poro su cuenta a las Cortes europeas pidiendo ser reconocido como rey, prometiendo servir a la ilustración del siglo y diciendo que no quería que por su causa se vertiera más sangre, En vista de ello, Carlos VI sintió ya la inexcusable obligación de recabar sus derechos y retractarse del acta de renuncia firmada en Tortosa.

Tras la catástrofe de San Carlos de la Rápita, la real familia volvió a reunirse en Trieste, donde residía la princesa de Beira, el infante don Fernando, la archiduquesa Beatriz—esposa de Juan, de quien se hallaba separada—y los hijos de ésta, Carlos y Alfonso, a los que ahora se unieron Carlos VI y su esposa.

El 1 de enero de 1861 fallecía el infante don Fernando víctima de una extraña erupción que le produjo alta fiebre y grandes dolores de cabeza, síntomas, según se dijo, de un tifus progresivo y contagioso que

atacó también a Carlos VI, quien, después de recibir los Santos Sacramentos de manos del obispo de Trieste, falleció el 13 de enero de 1861. Un día después, víctima de la terrible enfermedad, moría también su esposa. En menos de quince días la princesa de Beira pasaba por el dolor de ver fallecer a dos de sus hijos y a su nuera. Aún le quedaban sufrimientos mayores.

Carlos VI, su esposa la reina y el infante don Fernando fueron enterrados junto a Carlos V en la catedral de Trieste.

LOS «MATINETS» Y SAN CARLOS DE LA RAPITA

Los carlistas entendieron que la boda de Isabel II había sido una ofensa para su rey, después de todos los pasos dados en uno y otro sentido para acabar con la división existente, y comenzó a revivir el rescoldo de la guerra recién acabada, ahora en una región tan leal siempre como lo era Cataluña. Las viejas guerrillas de Pitxot, Tristany, Galcerán y Dameto, recorrieron las provincias de Lérida, Tarragona y Gerona. Los episodios iniciales no sirvieron sino para hacer comprender que no había acabado el hondo sentimiento del carlismo. En los pueblos eran recibidos con vítores y grandes muestras de júbilo, pero no podían permanecer en ellos porque no contaban con elementos militares suficientes para hacer frente a los ejércitos organizados de los isabelinos. El leal Tristany fué hecho prisionero en una emboscada y fusilado en Solsona. Igual ocurrió con el célebre Ros de Eroles. El que más éxitos tuvo fué Marcos Gonfaus y Casadessus (Marsal), que logró reunir una partida de mil hombres con la que se dirigió a Barcelona, tomando al paso varias

poblaciones. Carlos VI nombró para coordinar todas estas partidas al general de la primera guerra Ignacio Brujó.

Los alzamientos se sucedían, como chispazos, en distintos lugares del Norte, pero faltaba una coordinación y un plan determinado para que todo aquello pudiera servir para algo. En Aragón formó partida el Cojo de Cariñena; en Guipúzcoa, Joaquín Julián de Alzáa, que fué fusilado; en Navarra, Zubiri, Ripalda, Ilzarbe, Zabaleta y Monreal.

Ramón Cabrera consiguió entrar en España, y su nombre levantó tempestades de entusiasmo, con lo que el carlismo adquirió una mayor fuerza. Venía con el nombramiento de general jefe de Cataluña, Valencia y Aragón, y traía como consigna la de la reconciliación de todos los españoles. Con Cabrera—que penetró en España por Oseja el 23 de junio de 1848—venías Forcadell, Palacios, Domingo, Arnau y unos mil hombres. En enero de 1849 tenía ya 10.000 soldados, con los que formó cuatro divisiones al mando de José Estartus, José Borges, Rafael Tristany y Gonfaus. Sus primeras acciones victoriosas fueron entre Suriá y Aviñó, y entre Amer y La Sellera. Los isabelinos, para acabar esta vez con el carlismo, buscaron la protección de las tinieblas y mandaron una serie de supuestos carlistas para comprar el ánimo de los jefes. El propio Cabrera fué objeto de una villana acción, pues se le envió una persona que pretendió envenenarle.

Con todo, la fuerza de Carlos VI no estaba animada de la moral de la primera guerra, y el país se encontraba cansado de luchas, pues aún no se había repuesto de la anterior. Leves derrotas en escaramuzas, que antes no hubieran significado nada, eran suficientes para aconsejar el final. Cabrera pasó a Francia, y a poco le siguieron sus leales. En mayo de 1849, había terminado el alzamiento.

Carlos VI no cejó en su empeño de prepararse para un nuevo alzamiento que pacificara la nación, a la que la política inhábil y liberal de los ministros de Isabel II, poco preocupada de la suerte de su Patria, llevaba a la ruina. Cabrera, tras la última experiencia, juzgaba oportuno contar con unas seguridades que no se le ofrecían, por lo que se abstuvo de correr nuevas aventuras. Pero Carlos VI insistía, y encontró para realizar su afán, el consejo y la lealtad del general Ortega.

No era Carlos VI un simple irresponsable lanzado a la aventura. Tenía pruebas y muy claras de cómo su prima, Isabel II, se encontraba en la mejor disposición para acabar con el pleito de familia y las disensiones de los españoles. El 10 de febrero de 1855, por iniciativa de Isabel, se había celebrado una reunión entre representantes de los monarcas de ambas dinastías, en la que el comisionado de la hija de Fernando VII, manifestó que «conociendo Sus Majestades los peligros que les rodean, deseaban encontrar

un medio de reconciliación para ser así más fuertes contra la revolución, que amenazaba disolverlo todo». Según Claro Abanades López *(Carlos VI)*, se llegó a la redacción de un documento para que fuera aprobado por ambas partes, que dice así:

«1.° Sus Majestades Doña Isabel y don Francisco de Asís conservarán los honores que hoy disfrutan.

2.° El conde de Montemolín gobernará la Nación bajo la denominación de Carlos VI.

3.° La princesa Isabel será la prometida esposa del hijo primogénito del conde de Montemolín.

4.° Si el conde de Montemolín no tuviera hijo varón, la princesa casará indispensablemente con el primogénito del señor infante don Juan; en ambos casos, los futuros esposos se titularán segundos Reyes Católicos y tendrán iguales derechos.

5.° El señor conde de Montemolín abdicará la corona cuando el presunto heredero tenga veinticinco años.»

Pasó el tiempo con el cambio de notas. Isabel y Francisco de Asís enviaron a Carlos VI el testimonio de su condolencia por la muerte de Carlos V—10 de marzo de 1855—. Con esta ocasión, el monarca consorte decía en una carta al rey carlista: «Los sucesos políticos caminan por una pendiente muy peligrosa, tú lo sabes. Nuestras discordias de familia, aprovechadas con pérfida habilidad por los que tanto en ti como en nosotros, no ven más que obstáculos a sus

planes de innovaciones funestas para España, nuestra patria común, podrían muy bien, si te dejaras engañar por ellos, alentarlos en la esperanza de una victoria que nuestra unión sincera haría imposible. Por eso, y sólo por eso, créeme a mí, ponen tanto empeño en que vivamos desunidos...»

Todos estos contactos no tuvieron una realidad efectiva, como unos y otros deseaban, porque quienes rodeaban a Isabel tuvieron buen cuidado en interceptar las relaciones con Carlos VI, lo que hubiera podido evitar el derrumbamiento de 1868. Fué la comprobación de que nada podrían lograr por medios pacíficos, lo que obligó a los carlistas a lanzarse una vez más al campo. La Comisión Suprema había conseguido nombrar delegaciones en todas las provincias, así como jefaturas militares. En Mallorca el general Ortega, capitán general de Baleares, y el marqués de la Romana, llevaban el peso de la ejecución de los proyectos. Se dice que hasta Ramón Narváez estaba en inteligencia para el levantamiento. Por supuesto, los antiguos leales, los generales Tenaquero, Palacios y Garrigó y también Arjona, Ceballos, Bermúdez y Marco Bello, estaban impacientes por coger las armas. El general Elío era el alma de la conspiración en la Península. Se esperaba que el rey desembarcara en Valencia, donde se tenía un tren preparado para que fuera a Madrid.

El 20 de marzo de 1860, se encontraban en Marsella—la emperatriz Eugenia veía con buenos ojos la conspiración—Carlos VI, su hermano el infante don Fernando, Quintanilla, el general Elío y un lucido acompañamiento. Tras algunos incidentes, el 29 de marzo llegó a Mallorca el rey y su cortejo, a bordo del buque *Huveaune*, siendo saludado en primer lugar por Francisco Cavero, y después, ya en tierra, por el general Ortega. El *Huveaune*, con el *City of Norwich* y el correo *Jaime II* era la escuadra carlista, que transportaba cuatro mil hombres, cuatro cañones y cincuenta caballos. El *Huveaune* fué a Valencia, y los otros, con Carlos VI, a San Carlos de la Rápita, donde desembarcaron en la madrugada del 1.º de abril. Aún se pensó contar con Cabrera, pero no respondió al llamamiento.

Las fuerzas penetraron en Coll de Creu, y allí uno de los sublevados, cuando las milicias estaban formadas en presencia del general Ortega, prorrumpió en vivas a la reina y a la libertad, haciendo que le siguieran varias fuerzas y poniendo en grave aprieto al rey y sus acompañantes, que en una tartana, avanzaban por la carretera, débilmente escoltados. Esto les hizo ocultarse. El 12 de abril fueron detenidos por la Guardia Civil. El 23 de abril Carlos VI fué obligado en Tortosa a firmar la renuncia al Trono de que se ha hablado anteriormente.

Los complicados de Madrid, al comprobar que la intentona no había tenido éxito, se dieron por no enterados. El coronel Carrión, que se alzó en Castilla, y Ortega y sus compañeros fueron fusilados.

JUAN III

Se discute, y puede discutirse, si el infante don Juan puede formar parte de la cronología carlista. Nos atenemos a la inscripción de su enterramiento triestino, en la que se lee: *Juan III*.

Era el segundo hijo de Carlos V y había nacido en el Real Palacio de Aranjuez el 15 de mayo de 1822; en el bautismo recibió los nombres de Juan Carlos María.

Los primeros años de su vida corren paralelos a los de su hermano Carlos, siendo instruídos por los mismos profesores, si bien la atención recaía especialmente en el hermano mayor, como heredero que era de la Corona. Por las noticias que pueden recogerse, no fué el infante don Juan con su madre y su hermano a la Corte de Estella durante la guerra, sino que debió de permanecer en el extranjero, aunque luego se unió a sus padres en el destierro de Bourges, donde el general Montenegro fué encargado de su educación.

Nada, o muy poco, debían de interesar al infante

don Juan los problemas a que le obligaba su condición de infante de la dinastía legítima española. En los momentos más difíciles, aun después de la abdicación de su padre en Carlos VI, no estuvo presente en los acontecimientos importantes del carlismo y, sin embargo, su hermano menor, Fernando, estaba ligado a todos los hechos y preocupaciones que agitaron la Corte en el destierro y a sus leales. Clara muestra de su desinterés, y aún más de su displicencia, fué la quema que hizo del documento que en 30 de mayo de 1849 le envió su hermano, en el que le pedía que aceptara los sacrificios de la Corona, pues él, en un momento de veleidad inexplicable, pensaba renunciar a todo para unirse a una bella inglesa, enamorada de su estampa romántica y de las leyendas que rodeaban al rey.

Uno de los historiadores nos dice que «el carácter frívolo de este infante, propenso a dejarse llevar de ajenas influencias y de un prurito de contradicción que le hacía alardear de ideas avanzadas, conturbó en no pocas ocasiones el bondadoso corazón de su augusto padre». *(Conde de Rodezno.)* Precisamente para procurar cambiar este carácter y llevarle al buen camino se acordó su matrimonio con la archiduquesa María Beatriz de Este, hija del gran duque de Módena, Francisco IV. La boda se celebró el 6 de febrero de 1847, y los recién casados fijaron su residencia

en Venecia, de donde la Revolución del 48 les hizo trasladarse a Viena.

Quizá no estuvo bien elegida la esposa del infante don Juan. Se pensó que lo mejor, para sujetarle, era buscar una mujer educada en sólidos e inflexibles principios morales, con un criterio rígido sobre la vida social y familiar. Pero fué precisamente esto lo que hizo insoportable a don Juan la presencia de su mujer y que acabara distanciado de todos los miembros de la austera Corte de Módena. «Don Juan era planta exótica y de difícil arraigo. Con escándalo de aquellos religiosos y cortesanos, frecuentemente alardeaba de ideas revolucionarias y volterianismos que producían fuertes altercados entre él y su cuñado el duque reinante.»

Eran tantas las diferencias y los incidentes que se promovían entre los infantes, que, al fin, fué el propio duque de Módena el que impuso la separación. Doña Beatriz y sus dos hijos quedaron en Módena, y don Juan vagó por las Cortes europeas llevando una vida absurda y extraña a su condición. Al ser arrojado del Trono de Módena Enrique V, la infanta, con sus dos hijos—don Carlos y don Alfonso—, se dirigió a Praga, bajo la protección de su tío el emperador.

No acompañó don Juan a su hermano Carlos VI, como lo hizo don Fernando, en el episodio de San Carlos de la Rápita, pero supo aprovecharse de la

difícil situación en que la abdicación que forzosamente hizo le puso. Dió entonces muestras palpables de cómo sus ideas eran totalmente dispares con lo que había de ser un rey carlista, y llegó a acusar de retrógrado al Gobierno de Isabel II, invitando a la nación española a seguirle para realizar reformas más absolutas en la legislación y la administración españolas. También se dirigió a su prima Isabel diciéndole que no podría conseguir el amor de los españoles y que, antes de dar paso a la catástrofe que sin duda se avecinaba, debía dejar el Trono para hacer que se instauraran las ideas profesadas por el pueblo español.

Todos los ambientes juzgaron como insensata la actitud del infante don Juan, y de todos los grupos llovieron dicterios contra quien de tal forma renegaba de sus antepasados. Especialmente se distinguieron en esta campaña contra don Juan los hombres que hacían «El Pensamiento Español», los neocatólicos, como Navarro Villoslada, Gabino Tejado y Aparisi, que más tarde vieron que no había salvación para España fuera del carlismo, y engrosaron disciplinadamente sus filas.

Cuando el 13 de enero de 1861 falleció Carlos VI, la situación para el carlismo era muy difícil como otras tantas veces. Faltaban el caudillo y abanderado de la Tradición, y sin embargo crecía cada día más el número de las personas que se pasaban a él y hacían suyas las ideas tradicionalistas. Los herederos del Trono eran don Juan y sus hijos, todavía muy niños. Con arreglo a los principios de la legitimidad de ejercicio sustentados por el carlismo, no podía ser rey quien había hecho tan absurdas muestras de escepticismo y liberalismo. Discutido o no, Juan III era el heredero de los derechos legítimos a la Corona de España, hasta tanto que se hiciera cargo de ellos su hijo, el luego Carlos VII. A este respecto, *Melchor Ferrer* ha dicho: «Juan III es el eslabón roto de la dinastía incontaminada, se rebela contra lo que le da su razón de ser. Ha de pasar el carlismo este momento de crisis que es conveniente para su depuración. Pero Juan III no puede descalificar por sí solo una dinastía. Es el mal rey de que hablamos anteriormente. Sus errores los ha de corregir su sucesor. Juan III no aporta nada a la historia del carlismo, pero su misma defección produce reacciones que favorecen al tradicionalismo, ya que nos da aquella admirable «carta a los españoles» que firma la princesa de Beira y que entra a formar parte del acervo común de la doctrina tradicionalista...»

Efectivamente, de este período lo más destacable es esta maravillosa carta, llena de doctrina, que viene a aumentar el caudal ideológico de la Tradición. Con ella, sin duda, la princesa de Beira se propuso acelerar la transmisión de derechos a favor del infante don Carlos, aunque la madre, la archiduquesa

Beatriz de Este, hacía todo lo posible por lo contrario, deseando que su hijo no se ocupara de las cosas de España, y mucho menos que entrara en litigios con su padre.

El 16 de febrero de 1861, Juan III dirigió un manifiesto a los españoles haciéndose cargo de «La bandera de mi padre», y aunque el manifiesto no era nada explícito, bien claramente indicaba que mantenía todos los principios de que había hecho gala en documentos anteriores. En la primavera de este mismo año el infante hizo un viaje de incógnito a España, celebrando entrevistas con distintos generales para levantar la bandera revolucionaria y liberal contra Isabel II. Para atender a las necesidades del levantamiento, siempre aconsejado por el aventurero Lazeu, que era su mano derecha, hizo una emisión de obligaciones en la que ofrecía como garantía los bienes del real patrimonio.

Fué el 15 de septiembre de 1861 cuando la princesa de Beira dirigió su célebre carta a Juan III desde Baden, donde se encontraba. «Todos—le dice—, apoyados en distintas y sólidas razones, están acordes en que ni pueden ni deben reconocer en ti el derecho a la posesión del Trono de tus mayores, a pesar de que eres el llamado a ocuparle, por haberte despojado a ti mismo de dicho derecho. Los principios democráticos que has proclamado, dicen, destruyen por su fundamento toda legitimidad, y con el

hecho de proclamarlos has renunciado a tus derechos a la Corona, has abdicado de hecho confesando en uno de tus manifiestos que lo esperas todo de la soberanía nacional.» Más adelante le decía: «A esto se junta que en la monarquía española, según sus venerandas e imprescriptibles tradiciones, el rey no puede lo que quiere, debiendo atenerse a lo que de él exijan, antes de entrar en la posesión del Trono, las leyes fundamentales de la monarquía. La fiel observancia de las venerandas costumbres, sus fueros y privilegios de los diferentes pueblos de la monarquía fueron siempre objeto de altos compromisos reales y nacionales, jurados recíprocamente por los reyes y por las altas representaciones del pueblo. Porque el monarca en España no tiene derecho a mandar sino según religión, ley y fuero. En consecuencia, cuando el que es llamado a la Corona no puede o no quiere sujetarse a estas condiciones, no puede ser puesto en posesión del Trono, debiendo pasar la Corona al más inmediato sucesor que pueda y quiera regir el Reino según las leyes y las cláusulas del juramento.» Después examinaba la princesa de Beira cómo se ha cumplido esta legitimidad de ejercicio a lo largo de la Historia de España. Le acusaba también de haber hecho que su hermano Carlos VI hubiera tenido que retractarse del acta de Tortosa, lo que fué un gran dolor para él, pues hubiera preferido que recogiera los derechos a la Corona Juan, que no se había visto com-

prometido en aquel alzamiento. Acababa pidiéndole que o rectificara sus principios políticos o abdicara en el mayor de sus hijos. Don Juan le contestó afirmándose en su actitud y pidiéndole que recomendara a todos los que fueron leales a su padre y a su hermano que se alistaran bajo sus banderas.

Juan acabó, como era de esperar, acatando a su prima Isabel y mendigando un puesto en la Corte, que no recibió. Esto era ya tanto como renunciar a sus derechos, pues incluso la visitó personalmente de incógnito en La Granja. Fueron los ministros liberales, especialmente O'Donnell, los que se negaron a todo trato con el infante.

Luego vivió vagabundo y abandonado. Al fin de sus días rectificó un tanto su conducta. En 1868 renunció a sus derechos a la Corona en favor de Don Carlos. Cuando su hijo Carlos VII reinaba en el norte de España—1874—, donde tenía asentados sus ejércitos, visitó Vergara y Estella, y aun Cataluña, donde pasó temporadas. Los soldados le llamaban «el rey viejo».

Murió en Brighton el 18 de noviembre de 1887, y está enterrado en la catedral de Triestre.

CARLOS VII



Carlos VII en 1886



Don Jaime de Borbón y de Borbón

El 30 de marzo de 1848—el año de la Revolución—nació en Laybach el primer hijo de Juan III y de María Beatriz Austria de Este. Fué bautizado por el obispo de la ciudad, y fueron padrinos su abuelo Carlos V y la princesa de Beira. Los primeros años de su vida fueron un constante huir a la tea revolucionaria que asolaba a Europa, hasta que la familia pudo volver a residir en la Corte de su abuelo materno el duque de Módena. El carácter de su padre hizo que la educación de Don Carlos corriera bajo la dirección del duque, que al cumplir los siete años le nombró sargento cadete de Artillería. «Sus primeros maestros fueron monseñor Galvani, hombre de claro talento y brillantes cualidades, y el padre Francisco Ignacio Cabrera y Aguilar, que le dió las primeras nociones de Latín, Aritmética, Geografía e Historia de España. Aun cuando simultáneamente aprendió a hablar el francés, el italiano y el alemán, el idioma que familiar y continuamente usaba era el español, siendo frecuente que cuando su madre y su tío se dirigían a él en italiano les contestase el niño en castellano.» *(Conde de Rodezno.)*

En 1857 recibió el sacramento de la confirmación

de manos de Pío IX en la capilla de San Michele in Bosco. La primera comunión la hizo en 1858.

Trasladada la familia real a Viena, a causa de la ocupación de Módena por el rey de la casa de Saboya, tuvo allí Don Carlos maestros extranjeros, pues su madre quería quitarle toda idea que no le llevara a abandonar sus deberes para con el carlismo español. Como contrapartida de esta ofensiva, su abuela la princesa de Beira no cesaba de ilustrarle acerca de lo que significaba su persona en el orden de las ideas tradicionales de España.

Fracasó, sin embargo, el intento de algunos buenos carlistas de formar una regencia integrada por la princesa de Beira, el general Cabrera y la archiduquesa Beatriz.

En 1864 dirigió la princesa de Beira su célebre carta a los españoles en la que, considerando indigno de la sucesión a Juan III, terminaba su documento con un ¡Viva Carlos VII!

La familia trasladóse después, en el año 1863, a Venecia, donde vivía el conde de Chambord. Allí conoció Carlos a su prima Margarita de Parma, de quien se enamoró.

En Insbruck hubo de instalarse de nuevo la familia de Don Carlos ante el continuo avance de la revolución, y allí recibió la visita de muchos españoles enfervorizados con su causa: esto le determinó a escribir una carta a su padre, que lleva fecha de sep-

tiembre de 1866, en la que, tras preguntarle si efectivamente se había sometido a Isabel II, le decía: «El partido carlista exige, con justa razón, saber quién es hoy su jefe; y si V. M., renunciando a sus derechos, no quiere serlo, yo lo soy desde este momento.» El silencio de Juan III indicaba bien claramente que había renunciado a sus derechos.

A los dieciocho años contrajo matrimonio Don Carlos con la joven Margarita de Parma en la capilla del palacio de Fronsdorf. Bendijo la unión el nuncio de Su Santidad en Viena. El joven matrimonio se estableció en Graz. Parece que a poco recibió la visita del sacerdote Sánchez, quien, en nombre de los moderados le propuso que reconociera a su prima Isabel, a cambio de lo cual, ante el golpe que se esperaba de los progresistas, en el contragolpe de los moderados sería declarado rey. Lo que sí es seguro es que proposiciones en este mismo sentido le hicieron Sagasta y Prim a Don Carlos y a Cabrera, en Londres, si aceptaban «el Derecho público admitido por la moderna Europa».

En el mes de julio de 1868 se celebró un gran Consejo en Londres al que asistieron las más eminentes personalidades del partido. Las cuestiones propuestas por Carlos VII al Consejo eran las siguientes: 1.ª ¿Cómo justificar y declarar mi derecho a la Corona? 2.ª ¿Cómo organizar? 3.ª ¿Qué título tomar? 4.ª ¿Qué

residencia elegir? 5.ª ¿Cómo reunir fondos? ¿Se publicarán y cómo las decisiones del Consejo?

Respecto a lo primero se declaró que, habiendo renunciado Juan III a sus derechos por la conducta que observaba, éstos recaían ahora en Don Carlos. La organización era imposible de concretar en aquellos momentos difíciles, pero se acordó que el carlismo iría a las urnas para que en el Parlamento sus representantes defendieran sus ideas y sus derechos. Se acordó que tomara el nombre de Carlos VII, y que en el destierro usara el nombre de duque de Madrid, que residiera en Suiza y que los fondos se buscaran en el extranjero, principalmente mediante empréstitos.

A su paso por París, de regreso a Suiza, el ya Carlos VII tuvo la dicha de entrevistarse con su padre, el que hasta entonces había sido Juan III, y quien no tuvo inconveniente en redactar y firmar el siguiente escrito: «No ambicionando más que la felicidad de los españoles, es decir, la felicidad interior y prestigio exterior de mi querida Patria, creo conveniente abdicar, y por la presente abdico mis derechos a la Corona de España en favor de mi amado hijo Don Carlos de Borbón y Austria de Este. Dado en París a 3 de octubre de 1868. Juan de Borbón y Braganza.»

Formó entonces Don Carlos un gran Consejo que encauzara todas las tareas del carlismo y, sobre todo, el gran aluvión de personas que se alistaban en sus

filas. Del Consejo formaban parte los condes de Orgaz, Fuentes, Samitier, Galve, San Simón, Pinar, Casa Flórez, Paura y Robres; marqueses de la Romana, Val de Espina, Gramosa, Santa Cruz de Inguanzo, Tamarit, Valdegamas y Castilleja; barones de Escriche, Hervés y la Torre; generales Elío, Tristany, Arévalo, Ceballos, Polo, Planas, López Caracull y Lirio; diplomáticos, Dameto y Marcoleta; diputados y escritores, Ochoa, Olozábal, Bobadilla, Iribas, Ochoa de Olza, Zabalza, Aparisi, Comín, Villoslada, Tejado, La Hoz, Gómez, Caraculla y otros muchos a los que luego se unió el grupo de neocatólicos pasados al bando de Don Carlos: Nocedal, Navarro Villoslada, Gabino Tejado y Valentín Gómez.

Llegó a París Isabel II como desterrada por la revolución del 68 y entró en contacto con Don Carlos, pero sin llegar a un plan unido y concreto de actuación.

El 20 de junio de 1869 dirigió Carlos VII a su hermano Don Alfonso un programa-manifiesto en el que sentaba las bases de su política en el futuro. Del documento, tan preciado en el carlismo, son estos párrafos: «No se me esconde que las dificultades son imponderables y que no sería hacedero vencerlas sin el consejo de los varones más imparciales y probos del Reino, congregado en Cortes, que verdaderamente representen todas las fuerzas vivas y todos sus elementos conservadores. La España antigua necesitaba

de grandes reformas; en la España moderna ha habido grandes trastornos. Mucho se ha destruído; poco se ha reformado. Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer; hase intentado crear otras nuevas que ayer vieron la luz y se están ya muriendo. Con haberse hecho tanto, está por hacerse casi todo. Hay que acometer una obra inmensa de reconstrucción social y política, levantado en este país desolado, sobre bases cuya bondad acreditan los siglos, un edificio grandioso, en el que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables. Yo quiero que el municipio tenga vida próspera y propia, y que la tenga la provincia, previendo, sin embargo, y procurando evitar abusos posibles. Nosotros, hijos de reyes, reconocemos que no es el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo; que un rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un rey debe honrarse con el título especial de padre de los pobres y tutor de los débiles. Si el país está pobre, vivan pobremente hasta los ministros, hasta el mismo rey, que debe acordarse de Don Enrique el Doliente. Si el rey es el primero en dar el gran ejemplo, todo será llano; suprimir Ministerios y reducir provincias, y disminuir empleos y moralizar la Administración, al mismo tiempo que se fomente la agricultura, proteja la industria y aliente el comercio. La España antigua fué buena para los pueblos; no

lo ha sido la revolución. La parte del pueblo que hoy sueña con la República va ya entreviendo esta verdad; al fin se verá claro y potente como la luz, y verá que la Monarquía cristiana puede hacer en su favor lo que nunca harán trescientos reyezuelos disputando en una asamblea clamorosa. Los partidos o los jefes de los partidos codician honores o riquezas o imperio; pero ¿qué puede apetecer en el mundo un rey cristiano sino el bien de su pueblo? ¿Qué le puede faltar a ese rey en el mundo para ser feliz sino el amor de su pueblo?»

Carlos VII se trasladó a Bayona para esperar cerca de la frontera el alzamiento de los leales, y después se ocultó por el Pirineo para escapar a la orden de expulsión de Francia que había dictaminado el Gobierno de aquel país. Mucho se aclararon las cosas cuando Cabrera presentó su dimisión al rey y se pudo actuar con un ritmo más rápido que el que había impreso a los acontecimientos el viejo león del Maestrazgo. En la Tour de Peilz (Vevey, Suiza) se celebró un importante Consejo al que asistieron muchas e importantes personalidades.

Las cosas se habían agravado y el carlismo fué objeto de una persecución por el Gobierno de la revolución, lo que hizo que sus diputados se retiraran de la Cámara. En 1871, en las nuevas elecciones, los carlistas tuvieron setenta y nueve diputados. Hasta el viejo liberal González Bravo se pasó entonces al car-

lismo. Todo estaba preparado cuando se sentó en el Trono de San Fernando Amadeo de Saboya. Don Carlos dirigión entonces al general Rada un escrito que fué la base del alzamiento, que comenzó inmediatamente.

Tras una rápida estancia en España, el 16 de junio de 1873 pasó Don Carlos a España por Dancharinea. Pronto se tomó Estella, donde estableció su Corte.

El 27 de febrero de 1876, terminada la guerra, pasó la frontera por Valcarlos, Carlos VII dejando en los aires su esperanzador: «*¡Volveré para salvar a España!*» Una vez en el destierro publicó un manifiesto, en el que dijo: «Deseoso de contener hoy la efusión de sangre, he renunciado a continuar la lucha, gloriosa, es cierto, pero por el momento estéril. Si me veo obligado a ceder a las fuerzas de las circunstancias, ni mi corazón desmaya ni se ha quebrantado mi fe, y conservo intactos mis derechos, que son los de la legitimidad de España... Mi bandera queda plegada hasta que Dios fije la hora suprema de la redención para la España católica y monárquica, que no puede menos de estar marcada en los designios de la Providencia después de tantos sacrificios.»

Una vez en el destierro, Carlos VII se dedicó a hacer unos viajes que distrajeran su imaginación y le permitieran descansar después de tantos sacrificios. Visitó

Estados Unidos y Méjico. Después residió en París, en el barrio de Passy, hasta que en 1880 fué expulsado por el Gobierno francés, por entender que había hecho labor política al asistir a unos funerales por el conde de Chambord. Ahora se estableció en Londres, y allí fué admitido en los principales clubs. Durante su estancia en París recibió varias veces la visita de Isabel II, con la que tuvo alguna relación, pero más de tipo familiar que político.

Al año siguiente de haber llegado a Londres, su madre le regaló el Palacio de Loredan, en Venecia, y allí fué a vivir, convirtiéndolo pronto en el centro de atención de la sociedad veneciana. Restauró el Palacio y construyó un nuevo salón, que llenó de recuerdos de las guerras carlistas. Hizo también una capilla, y en ella, en el centro del altar puso la Virgen del Pilar, y a su derecha e izquierda a San Hermenegildo y San Fernando. En esta capilla celebró muchas veces el Santo Sacrificio de la Misa San Pío X, entonces Patriarca de Venecia, con quien le unía una gran amistad, pues Don Carlos le ayudaba constantemente en sus apuros económicos, sobre todo cuando el gran Papa Santo empeñaba sus joyas, que después eran reintegradas a su dueño por el Rey español. Cuantos españoles visitaban Venecia cumplimentaban al regio desterrado. Las referencias de estas entrevistas, hasta de los más liberales, son favorables al Rey. Merecen destacarse las de Ortega Munilla y Emilia Pardo Bazán,

cautivados por el espíritu noble, generoso y abierto de Carlos VII, que a todos acogía afectuosamente.

En diciembre de 1884 emprendió Don Carlos un largo viaje, durante el cual visitó Bombay, Agra, Delhi, Dargelinng, Tibet, Madrás, Benares, Calcuta, Jeipur, Goa, Alejandría, Puerto Said y Suez. En 1887 realizó otro interesante viaje: fué a Haití, Jamaica, Panamá, Chile, Argentina, Uruguay, Brasil y Portugal.

Después de la muerte de don Cándido Nocedal, ocurrida en 1885, la jefatura del partido pasó a manos del marqués de Cerralbo, lo que no fué bien visto por Ramón Nocedal, que hizo una gran campaña contra el marqués, llegando a separarse de la obediencia a la Comunión y formando el grupo *integrista*, con su órgano «El siglo Futuro». «Con motivo del cisma nocegano «El siglo Futuro». «Con motivo del cisma nocedalino nació la gran popularidad de Mella, que emprendió una violenta campaña contra los rebeldes desde las columnas de *El pensamiento Galaico*.»

Fallecida la archiduquesa Margarita el 2 de enero de 1893, Don Carlos contrajo segundas nupcias con la princesa María Berta de Rohan en 1894. La boda se celebró en Praga, y la unión fué bendecida por el arzobispo de la cuidad. Esta señora no acertó a ayudar a su regio esposo en la difícil tarea de mantener la bandera de la Tradición.

Poco después de su boda, en 1895, hizo Don Carlos con su segunda esposa un viaje a Egipto, en el que re-

corrió todo el país, y después visitó, como peregrino, los Santos Lugares.

El 5 de noviembre de 1895 estableció la *Fiesta de los Mártires de la Tradición*, para el día 10 de marzo de cada año, aniversario de la muerte de Carlos V. Cuando el desastre de 1898, Don Carlos estuvo pendiente del giro de los acontecimientos, y llegó a tener relaciones con Weyler, a quien animaba en la lucha. En un manifiesto afirmaba que sus leales acuchillarían por la espalda a quienes arriaran en Cuba y Filipinas la bandera de España.

En 1908 sufrió un ataque de hemiplejia, y el 18 de junio de 1909 falleció, por un segundo ataque, en Varesse. Fué enterrado en Trieste con uniforme de capitán general, el Toisón de Oro, la placa de San Fernando y las medallas de Montejurra y Somorrostro. Sus últimas palabras en el magnífico manifiesto que dejó escrito, eran: «Os dejo ya, hijos de mi predilección, compañeros de mis combates, copartícipes de mis alegrías y de mis dolores. No me lloréis. En vez de lágrimas dadme oraciones. Pedid a Dios por mi alma y por España.»

LA SEGUNDA GUERRA: MONTEJURRA

La iniciación de la segunda guerra carlista comienza con este documento histórico:

«Ginebra, 14 de abril de 1872.

Querido Rada: El momento solemne ha llegado. Los buenos españoles llaman a su legítimo rey y el rey no puede desoír los clamores de la Patria.

Ordeno y mando que el 21 del corriente se haga el alzamiento en toda España al grito de ¡Abajo el extranjero! ¡Viva España!

Yo estaré el primero en el punto de peligro. El que cumpla merecerá bien del rey y de la Patria; el que no cumpla sufrirá todo el rigor de mi justicia. Dios te guarde.—*Carlos*.»

Aun cuando no todos los comprometidos respondieron, el alzamiento se produjo en diversos lugares, y Don Carlos penetró en España por Vera de Bidasoa, con Arjona y otros acompañantes, entre vítores y aplausos del vecindario. Muchos voluntarios se sumaron entonces a los jefes sublevados, que eran Juan Bautista Aguirre, Emeterio Iturmendi, Mariano Larrumbe, Aureliano Casi, Antonio Camón y Fulgencio Carasa. El que entraran pronto en batalla con los liberales hizo que se convirtiera en desastre para los carlistas la primera acción, la de Oroquieta, en la que estuvo comprometida incluso la suerte del rey, que hubo de volver a Francia. El alzamiento se había producido también en Aragón, bajo el mando de Marco de Bello, y en el Maestrazgo, con Cucala. Los vizcaínos, alzados bajo la sombra venerable del árbol de Guernica, hubieron de rendirse bien pronto, y firmaron con Serrano el convenio llamado de Amorebieta. En Cataluña, Savals, Castells y otro Tristany hacían correrías por los pueblos, y en Guipúzcoa, una vez más, el Cura Santa Cruz había levantado bandera.

El movimiento que con tantas dificultades, por medio de partidas, se mantenía en otras regiones, tomó mas consistencia en Cataluña, donde había jefes con una preparación más efectiva, como Savals, veterano de la primera guerra, que luchó con el ejército del duque de Módena, y después en el del Pontífice. En Perpiñán se situó el infante don Alfonso con una Junta de frontera, hasta que pudo penetrar en Cataluña el 1.º de enero de 1873, después de que su hermano Don Carlos había devuelto al Principado sus antiguos fueros, franquicias y libertades, arrebatados por Felipe V.

Al otro lado de la frontera, donde se habían refugiado los restos del ejército derrotado, las disensiones

entre los exilados iban en aumento, pues cada uno opinaba distintamente sobre la forma de llevar adelante el alzamiento y el momento en que debía producirse. En octubre de 1872 fué nombrado comandante general de Navarra y Vascongadas don Antonio Dorregaray y Dominguera. Como lugartenientes designó el nuevo jefe a Nicolás Ollo, para Navarra; Martínez de Velasco, para Vizcaya, y Antonio de Lizárraga, para Guipúzcoa. Nombró su jefe de Estado Mayor a Valdespina y de la Caballería a Perula.

Una de las primeras cosas que era preciso vencer fué la obstinada voluntad del cura Santa Cruz de hacer la guerra a su antojo sin atender a ningún mando superior, pero sus fuerzas se encuadraron, al fin, dentro de las regulares del Ejército carlista. Tras la acción de Monreal, en la que los carlistas hicieron frente a una brigada cristina bien equipada y armada, el primer combate serio fué el de Eraul, en el que los batallones 1.º, 2.º y 3.º de Navarra, el de Azpeitia y la caballería mandada por Sanjurjo—padre del general del mismo nombre muerto en 1936—se enfrentaron con 1.500 liberales y dos piezas de artillería, al mando del coronel Navarro. El éxito fué enorme merced a la carga de la caballería en el momento más oportuno. Los carlistas se apoderaron de un cañón, y este éxito inicial dió grandes bríos a los voluntarios. El 5 de mayo de 1873 tuvo lugar un gran encuentro en Beramendi contra la columna de Castañón, que fué

derrotada, y dejó en el campo heridos, prisioneros e impedimenta, y huyó sembrando el pánico en Pamplona, donde se refugió tras el desastre. Todo esto aumentaba en los mozos navarros el afán de alistarse bajo las banderas de Don Carlos.

El 12 de julio se tomó el fuerte de Puente de la Reina; después Cirauqui.

El 16 de julio de 1873 entró por segunda vez en España Carlos VII, acompañado de sus ayudantes, a los que luego se unió el general Elío. El paso se hizo por Dancharinea. Abandonó el Baztán el rey y su acompañamiento y fueron el valle de Echauri, entre un constante clamor de entusiasmos, deteniéndose en Ibero, tomada poco antes por las fuerzas y donde por vez primera ondeó el estandarte o bandera que entregó directamente a sus hombres Don Carlos, y en el que se hallaba la Virgen Nuestra Señora de los Angeles. Carlos VII marchó después por las Amezcoas, Alava y el condado de Treviño a Vizcaya, yendo hacia Guernica, donde juró los Fueros de Vizcaya, con toda solemnidad, en presencia de una diputación del antiguo Señorío, de sus generales y jefes y de todo el vecindario, que aparecía engalanado y lleno de júbilo por la presencia del rey.

El 24 de agosto de 1873 se hicieron dueños los carlistas de Estella, donde cogieron prisioneros a un coronel, tres capitanes, siete suboficiales, 475 sargentos, cabos y soldados. Se tomaron también 1.200 fusiles,

con los que se pudo armar a tres batallones navarros. Por entonces tuvieron lugar dos grandes acciones favorables para los carlistas: las batallas de Santa Bárbara de Mañeru (6 de octubre) y de Montejurra (7, 8 y 9 de noviembre). En la primera tomaron parte los cinco primeros batallones navarros, tres batallones alaveses y cuatro piezas de artillería. La bayoneta fué usada una vez más por los carlistas, que, cuerpo a cuerpo, luchando con los liberales, dieron una prueba de valor heroico. Tras la acción, que presenció el rey, Don Carlos pasó revista a los 9.000 voluntarios que componían las fuerzas de aquellos contornos.

Para la descripción de la batalla de Montejurra —una de las más importantes de toda la campaña— voy a seguir lo dicho por Antonio Pirala (*Historia Contemporánea.—Anales desde* 1843 *hasta la conclusión de la última guerra civil*), que, por ser autor liberal, contribuirá más a sostener el éxito de aquella acción memorable.

Era Estella el objetivo de importancia de las operaciones que se libraban en aquellos lugares, y Montejurra la posición que defendía la que luego fué Corte de Carlos VII y ciudad santa del carlismo. Contaba el general Moriones, jefe liberal, con la superioridad de su artillería de montaña y de batalla, y la caballería, aunque no era mucha su infantería, pero una sección de montaña aseguraba por completo la retaguardia y flanco izquierdo. «Confiaba completamente

en el éxito del combate, y así lo anunció, y que iba a dar una severa lección al enemigo.» Conocía el terreno —por haber peleado en él en la guerra civil de los siete años—, el número de las fuerzas carlistas y sus posiciones. Infundó en los demás su confianza, y en el avance organizó así su tropa: la caballería, al mando de Jaquetot, con dos escuadrones de Villarrobledo, dos de Pavía, y dos de Lusitania, marchaban a la vanguardia cubriendo el frente y flancos. La brigada de vanguardia la mandaba Fernando Primo de Rivera. Iban también la brigada de Pieltain, el regimiento de Asturias, dos compañías de tiradores del Norte, dos baterías de montaña, el regimiento de Caballería de Sesma y dos escuadrones del de Pavía. Seguía el movimiento, flanqueando la izquierda, el batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo; detrás el brigadier Catalán con la brigada Ruiz Dana, el segundo batallón de Casterjana y una batería de montaña. En el centro dos baterías de batalla con siete compañías. El regimiento de infantería de Saboya y el de caballería de Arlabán cuidaban de la retaguardia y de la impedimenta.

En total, los liberales eran unos 16.000 hombres, frente a los que luchaban de ocho a nueve mil carlistas, Las fuerzas de Don Carlos eran los cinco primeros batallones navarros, tres batallones alaveses y cuatro piezas de artillería, a las que se unieron los batallones de Arratia, Durango y Guernica, más uno riojano y el primero de Castilla.

A las nueve de la mañana del día inicial del combate, la artillería carlista disparó contra la caballería enemiga, causándole escasos estragos. Se apostó la caballería liberal a izquierda y derecha de la carretera, y la artillería tomó posiciones y comenzó sus disparos. El segundo batallón carlista hubo de replegarse y el fuego artillero enemigo se concentró contra su única pieza.

Generalizado el fuego en una línea de cuatro kilómetros, se peleó bravamente, retirándose los carlistas más de 400 pasos más allá de Barbarín. Se ordenó entonces el avance liberal para ocupar las posiciones desalojadas por los carlistas, siempre con el apoyo de una fuerte concentración de fuego artillero. Continuó el avance, y el brigadier Catalán hubo de sostener un nutrido fuego con los batallones situados en las crestas y bosques de Montejurra. «En Luquian habían opuesto valerosa y tenaz resistencia los alaveses, ayudados por los vizcaínos.» A las dos de la tarde se habían apoderado los liberales de los pueblos que atacaron, pero corriéndose por la falda del Montejurra los batallones carlistas, que parecía que se retiraban hacia Estella, empezaron a cargar sobre la izquierda liberal y pueblo de Urbiola. Los liberales resistieron y contraatacaron, pero perdieron la mitad de sus oficiales y la tercera parte de su tropa. El paso entre Urbiola y Villamayor, camino de Estella, se defendió tenazmente por los carlistas. En «aquellos puntos se distinguió el quin-

to navarro, enardecido con la presencia de Don Carlos, que asistió al combate en este lado, y cuyo señor pudo mostrarse satisfecho de la bravura de sus defensores». Entonces llegaron como refuerzo carlista los riojanos al mando de Llorente.

Los liberales se establecieron al llegar la noche del día 7 en Barbarín, Luquían y Urbiola. Los carlistas de esta forma: Dorregaray, Valle Espina, Larramendi y Llorente, con cinco batallones, en las alturas de Villamayor; Velasco, con cuatro batallones, en las de Azqueta; Ollo, con Mendiri y Argonz, y cinco batallones, en las de Arellano, y las demás fuerzas en Estella.

El día 8 llovió extraordinariamente, y sólo hubo movimiento por parte de los carlistas, que ocuparon sus posiciones sin que fueran atacados por los liberales, que al no poder moverse, por la situación que ocupaban los voluntarios de Don Carlos, iban perdiendo fuerzas y municiones. Moriones pensó, pues, seriamente en la retirada, con lo que simuló un nuevo ataque para distraer a las fuerzas que tenía enfrente. Los carlistas se limitaron a obstaculizar con su fuego la marcha del enemigo, pero por carecer de caballería no pudieron perseguirle. El 10 descansó el Ejército liberador en Los Arcos, y el 11 marchó a Viana para facilitar su racionamiento. «Elío—dice Pirala—estuvo acertado en la colocación de sus fuerzas, y al celebrar como una victoria la retirada de sus enemigos, atri-

buyó en el parte oficial toda la gloria a la protección de la Virgen, en cuyo día peleaban; y en la medalla que se creó para conmemorar estos combates, alrededor de la fecha se lee *Patrocinio de la Santísima Virgen*, y en los tres brazos de la cruz *Dios, Patria y Rey*.» Don Carlos asistió a un Tedéum en Estella, y en su alocución a las tropas dijo: «Yo os acompaño en el combate, yo os he visto vencer, yo estoy orgulloso de vosotros.»

No tardó mucho, a fines del mismo año, de darse otra batalla victoriosa para los carlistas. Tolosa soportaba el duro cerco de estas fuerzas, sólo de vez en cuando roto por alguna columna, pero rápidamente rehecho. Moriones se decidió a acabar con tal situación y tras una contramarcha se acercó a la antigua capital foral de Guipúzcoa, dándose la batalla en Velabieta. Hubo muchas bajas por ambas partes. Mandaban las fuerzas liberales Moriones y Loma, y las carlistas Lizárraga, Ollo, y más tarde acudió también Elío. Moriones, en dicha acción, embarcó sus fuerzas en Guetaria y San Sebastián, y Lizárraga, por tierra, trasladó sus fuerzas para esperarle en el valle de Somorrostro.

Al mismo tiempo, el 21 de enero de 1874, cayó Portugalete en poder de los carlistas mandados por Cástor Andéchaga, y también los fuertes de Luchana y del Desierto. Después vino la toma de Deusto, Banderas, Archanda..., con lo que se puso cerco a Bilbao. En el cerco murieron, como en la primera guerra, un buen

número de generales—Andéchaga, Ollo y Radica—, y también, como anteriormente, hubo quien discrepó de esta acción y creyó más oportuno ir hacia el corazón de Castilla.

Esta vez, para proteger el cerco, se procuró la toma de Santander, para lo cual salió una expedición al mando de Mendiri, pero fué detenida a 15 ó 20 kilómetros de la capital, y no se logró nada efectivo. El sitio de Bilbao se confió al marqués de Valdespina; lo sostenían seis batallones y comenzó en febrero de 1874.

Para liberar Bilbao se mandó lo más escogido del generalato enemigo. La primera batalla se dió el 25 de marzo, en Somorrostro. Moriones quería romper la línea carlista y avanzar por la carretera de Bilbao a Santander. Después de un gran cañoneo se lanzaron los liberales contra las posiciones carlistas. Todo fué inútil. Moriones hubo de comunicar a Madrid: «El ejército no ha podido forzar los reductos y trincheras carlistas, y su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro general a encargarse del mando.» Marcharon entonces, para mandar a los liberales, el duque de la Torre, el almirante Topete y López Domínguez, al frente de dos cuerpos de ejército. Los días 25 y 26 se libró el segundo combate, y ante las defensas carlistas se estrellaron todos los embates liberales. «Como episodio saliente se cita que una compañía de un batallón navarro fué blanco de ocho

cañones Krupp que disparaban sobre ella: ante aquella lluvia de plomo trató de retirarse, pero sabedora de que Don Carlos en persona presenciaba la lucha desde muy cerca, volvió a la trinchera rezando en alta voz el acto de contrición y dispuestos todos a morir antes que ceder» (*Ramón Oyarzun*). Murieron 2.000 carlistas y muchos más liberales, entre éstos los coroneles Quintana, Trillo y Rodríguez.

Tras un Consejo de Guerra, las fuerzas carlistas decidieron resistir como fuera antes que abandonar las posiciones, pues ello repercutiría en la moral de los batallones. El día 29 murieron los generales Ollo y Radica, a causa de una granada que explotó ante ellos, y eso decidió la batalla a favor de los liberales. El duque de la Torre pidió un tercer Cuerpo de Ejército, que le fué enviado, para continuar la batalla, que se inició de nuevo el día 27 de abril. También murió Andéchaga, el jefe guipuzcoano. El error de Elío sobre los supuestos movimientos liberales le obligó a tomar falsas posiciones, que hubieron de abandonarse. A pesar de ello toda la margen derecha del Nervión quedó en poder de los carlistas, y fué ocupada Tolosa, de la que se habían despreocupado los liberales por atender a la batalla de Somorrostro en torno a Bilbao. Toda Guipúzcoa, excepto San Sebastián e Irún, era carlista.

Los días 25, 26 y 27 de junio de 1874 se libró una gran batalla por la posesión de Estella, en la que tanto

interés tenían en entrar los liberales, que concentraron 50.000 hombres y 80 cañones, y los carlistas veinticinco batallones y tres baterías. La acción se conoce en la historia de estas guerras como batalla de Abárzura. El plan del general Concha, que mandaba las fuerzas republicanas—ya se había proclamado la República en Madrid—era romper la línea carlista entre Montemuro y Eraul y envolver así la izquierda carlista, y cortar la retirada una vez que hubiera caído en su poder Estella, echándoles hacia la ribera, donde serían destrozados. Quiso Concha dar un ejemplo de valor temerario y se puso al frente de sus tropas, que no conseguían romper la línea carlista, y cayó muerto el 27 de junio. Las fuerzas carlistas las mandaba Dorregaray, y se arrojaron sobre el enemigo, que se retiró precipitadamente.

En este mismo año se apretó el cerco de Pamplona, roto de vez en cuando por algún convoy fuertemente protegido, y se atacó Irún, también cercado, aunque fué preciso que los carlistas abandonaran el cerco por la presión de los liberales. La batalla de Urnieta—7 y 8 de diciembre—disputada entre Egaña, veterano de la primera guerra, y el liberal Loma, fué un gran triunfo para el Ejército de la Legitimidad, que tuvo que resistir el peso de 12.000 hombres, mientras él no contaba más que con tres batallones guipuzcoanos y el de Guías del Rey. En la acción murió el general carlista Antonio Díaz Mogrovejo.

LA GUERRA EN CATALUÑA

En abril de 1872 se alzó en Tarragona a favor de Carlos VII el brigadier don Matías de Valls, con unos quinientos hombres, José B. Moore, Pedro Nino, Agustín y Pedro Cendros, José Antonio Mestres y otros, pero todo ello tuvo un carácter meramente episódico. En Lérida se alzaron Pedro Torribes y Coscó. En Gerona fueros jefes del levantamiento Savalls, Auguet, Vila de Viladrau, Gortázar, Frigola, Barramcot, Bosch, Puigvert, Soliva y Aymamy. En Barcelona los cabecillas fueron el general Castells, Galcerán, Masachs, Martín Miret, Juan Camps, Guíu, Vila de Prat y Martí.

La llegada del hermano de Carlos VII, don Alfonso, que había servido como zuavo pontificio a las órdenes del Papa, en la defensa de la Puerta Pía, significó un golpe de aliento para los carlistas, y un intento de organización, que hizo posible, con mejores medios, la lucha.

Se formó una unidad de zuavos, en recuerdo de los servicios prestados en igual unidad pontificia por don Alfonso. Su bandera fué bendecida en Suria y borda-

da por unas monjas de Vich. En uno de los lados llevaba, en el centro el Corazón de Jesús, y a derecha e izquierda las armas de Pío IX y las de España, con la inscripción: *Ejército Real. Zuavos Carlistas.* Al otro lado de la bandera iba la imagen de la Purísima y la inscripción: *Dios, Patria y Rey.* Mandaba la unidad el comandante don Ignacio Wills, y era abanderado el belga De France.

El 12 de junio de 1873 las fuerzas del infante don Alfonso infligieron grave derrota en Oirista a la columna del brigadier Alvarez, cobrándole dos piezas de artillería y abundantes prisioneros. Savalls, que dirigió esta acción, era uno de los jefes más importantes de Cataluña, pero no se llevaba demasiado bien con el infante.

La primera acción de importancia fué la de Alpens, en la que el jefe enemigo, Cabrinety, contaba con 1.200 hombres, 46 caballos y dos piezas de artillería. El infante don Alfonso y su esposa, doña María de las Nieves de Braganza y de Borbón (Véanse sus *Memorias*), estuvieron no sólo presentes en el combate, sino que intervinieron en él. «A las seis de la tarde empezó el fuego en Alpens por parte de los nuestros y, al mismo tiempo, se encontró el enemigo con la sorpresa de ver cortada su retirada. Esto lo efectuaron, magníficamente, cuatro compañías del primer batallón de Gerona. Al mismo tiempo, simultáneamente, fuimos nosotros, a todo correr, a ocupar un altito distante quinientos

metros del pueblo, a la derecha. Esta posición marcaba un punto débil, y Alfonso preveía que el enemigo trataría de romper por él, y así, precediendo a nuestros zuavos, subimos allá, apresuradamente, con nuestro pequeño Estado Mayor, seguidos de Savalls con el suyo.» «Tal como Alfonso lo había previsto, trató la mayor parte de la columna de Cabrinety (es decir, aquella que aún no se encontraba dentro del pueblo) de ganar nuestro altito y forzarse un paso por él; pero he aquí que los zuavos, destinados ya a atacar por el flanco derecho, alcanzaron lo alto de la loma y empezaron a colocarse a nuestro lado y, en un instante, rechazaron a los soldados de Cabrinety y, corriendo tras éstos, encerraron parte de ellos en unas casas de campo, al lado del pueblo.» «—¡A ellos! ¡A ellos!—se oía en todas las partes—.Los carlistas añadían a esto sus vivas a la Religión, al Corazón de Jesús, a la Virgen Inmaculada, a Carlos VII y a su general en jefe. Al toque de corneta de órdenes, que estaba al lado nuestro y a quien hacía yo tocar sin tregua «Ataque a la bayoneta», se mezclaban y contestaban todos los demás cornetas. La música de los zuavos tocaba piezas alegres, y todo fué un delirio de entusiasmo. Al lado nuestro, es decir, entre Alfonso y yo, se desplegaba por primera vez la bandera de los zuavos, que ostentaba en su centro, el Sagrado Corazón; allí recibió su bautismo de fuego, teniéndonos de padrinos, y, con el bautismo, el correspondiente regalo en forma de

dos balazos» (*María de las Nieves de Braganza de Borbón*).

Dos compañías de Gerona completaron el cerco del enemigo. La columna se vió envuelta entre cinco fuegos. Al fin entraron las tropas en Alpens, batiéndose ya en el interior, en las mismas casas, llevando al frente los zuavos con su bandera desplegada.

En esta acción de Alpens—quizá la más importante de Cataluña—se cogieron 800 prisioneros, 50 caballos, 40 mulos y dos piezas de artillería.

Después estas fuerzas tomaron Bagá e Igualada, la importante plaza amurallada. Con Savalls—ya marqués de Alpens—intervinieron en la acción Auguet y Miret. Tras esta conquista los esfuerzos se redoblaron para la toma de la que sería la capital carlista de Cataluña, Berga, cosa que no pudo lograrse entonces, aunque sí cayeron en manos de don Alfonso, Caserras, Torroella, Montagut, y fué duramente atacada Valls, en Tarragona, que sufrió duros peligros ante el empuje carlista.

Las diferencias entre Savalls y don Alfonso fueron tan grandes que ante la marcha de ambos fué preciso nombrar jefe superior interino de Cataluña a Rafael Tristany, que en enero de 1874 tomó la importante ciudad de Vich, de la que se retiró después de ponerle una fuerte contribución.

La movilidad de las fuerzas carlistas hacía imposible que los liberales supieran y pudieran atacarlas

a tiempo, con lo que toda la región era recorrida rápidamente por los carlistas. Así tomaron Sarriá, a las puertas de Gerona, y pusieron en un aprieto difícil a Manresa y Sabadell. Exito importante fué el de Savales sobre Nouvillas, en la que le tomó 2.300 prisioneros y mucha impedimenta y caballería, y supuso la rendición de Olot el 14 de marzo de 1874. Siguiendo sus éxitos, Savalls ocupó Santa Coloma de Farnés, Blanes, Tordera y San Felíu de Guixols, de la que recibió acatamiento.

Por fin volvió otra vez al Principado el infante don Alfonso, con el nombramiento de comandante general de Cataluña y el Centro, y revistó a las tropas carlistas en una brillante parada celebrada en Vich. Con los 21 batallones de que disponía se lanzó de nuevo a la conquista de Berga, pero la batalla quedó indecisa, la plaza no pudo ser tomada aún, y la victoria se la atribuyeron mutuamente los dos bandos. Olot fué, sin embargo, ocupada por los liberales.

El 15 de agosto se inició el plan previsto para la toma de Seo de Urgel. El comandante García, con el teniente Colell y el alférez Espar, al frente de 200 hombres, se trasladaron sigilosamente a un lugar próximo a la ciudadela de tan importante plaza. Por medio de una escala de mano subieron a la muralla, haciendo prisionero al centinela y huyendo otro de los que allí había. Los escaladores marcharon hacia el cuartel liberal y rindieron a la tropa y pronto fueron dueños de

la ciudad, mientras huían los republicanos a Puigcerdá y de allí a Francia. Tristany, con Savalls, marcharon hacia Seo de Urgel y de allí a Puigcerdá, que no pudo ser ocupada por la heroica defensa que de ella hizo el enemigo.

Savalls dió batalla en Castellón de Ampurias, y allí venció a las fuerzas del brigadier Moya, que fué hecho prisionero. Como las discordias seguían llenando el Ejército carlista de Cataluña, se decidió que fuera a mandarlo un jefe del Norte, Lizárraga, que tuvo que marcharse sin conseguir su propósito, por la resistencia que oponía Tristany, quien hubo de someterse al fin, y marchó como jefe del Cuarto Militar de Carlos VII.

Martínez Campos tomó entonces el mando del Ejército liberal en Cataluña y, con la base de que el hijo de Isabel II había ocupado el trono, pidió a Savalls y Lizárraga, caudillos carlistas de Cataluña, que le reconocieran y dieran fin a la guerra. Ninguno de los dos accedió, pero Savalls perdió mucho empuje, y dió ocasión para que Martínez Campos tomara incluso Seo de Urgel, que era defendida por Lizárraga con el 2.º y el 4.º Batallón de Lérida y algunos inválidos. La resistencia de la plaza por los carlistas duró varios días, y fué pródiga en acciones heroicas, pues los defensores permitían que se acercara el enemigo para ahorrar municiones, y cuando lo tenían ya encima lo rechazaban a cualquier precio. El 26 de agosto de

1875 capitularon los heroicos defensores, a los que fueron concedidos honores de guerra, y a los que se prometió que no serían enviados como deportados a Cuba.

Dorregaray había ido a Navarra a presentarse a Don Carlos, y allí fué sumariado por su comportamiento. Igual se hizo con Savalls.

EN EL CENTRO Y EL MAESTRAZGO

La acción en la zona del Maestrazgo, que tanta importancia tuvo en la primera guerra carlista, no pasó ahora de algunas batallas y escaramuzas, sin que volviera a crearse aquel importante núcleo que mantuvo unido bajo su poderío Ramón Cabrera, que desde Morella y Cantavieja dominaba en una gran zona.

Ahora—en agosto de 1873—el brigadier Valles, nombrado jefe del Maestrazgo, reunió en Beceite unos cuantos centenares de hombres mandados por Cucala, Segarra, Polo y Panera, con los que formó cinco batallones y emprendió la nueva aventura. Cucala consiguió aumentar el número de sus hombres en Alcalá de Chisvert; Segorbe fué ocupado, así como Murviedro, Burriana, Villarreal, Onda, Almazarra, Burriol, y llegaron a las mismas puertas de Castellón. Al mismo tiempo que Cucala alcanzaba tales éxitos, Segarra atacó y conquistó Cantavieja, y de allí al mando de mil hombres, tomó Maella y Batea. Batalla importante fué la librada a favor de los carlistas en las proximidades de Játiva por Santés y Cucala, contra

un ejército de doble número de hombres, Orihuela cayó también en poder de los leales a don Carlos.

De gran éxito fué la expedición de Santés, quien, partiendo de Chelva fué por Utiel, Caudete, Villalgordo y Minglanilla, y después por Iniesta, Quintanar del Rey, Casasimarro, Villanueva de la Jara, Motilla del Palancar, Campillo de Altobuey y Almodóvar del Pinar, hasta las puertas de Cuenca, donde entró, tras capitular sus autoridades, que se avinieron a lo que les pidió el jefe carlista. Luego anduvieron por Segorbe, Moncada y Priego. Un intento para tomar Morella, plaza de gran valor efectivo, pero aún mucho más significativo, se vió fracasado, a pesar de que se habían concentrado la mayor parte de los jefes de aquellos contornos con todas sus fuerzas. Santés, venció a Weyler y sus hombres frente a Bocairente en una sangrienta acción en la que los liberales lo pasaron muy mal. Con la ocupación de Sagunto por Cucala, quedó dueño de la costa desde esta plaza hasta Amposta, excepto Castellón y Vinaroz.

Nombrado jefe del Ejército de aquella región Palacios, el lugarteniente de Cabrera, tuvo que detener y encarcelar a Santés que, insubordinado, campaba por sus respetos.

Otro jefe importante era Lozano. Actuó por las provincias de Alicante, Murcia y Albacete, y fué el único que utilizó con regularidad el tren, a su servicio, para transportar a la tropa en sus movimientos. Entre otras

plazas importantes ocupó Chinchilla, Almansa, Hellín, Lorca, Velez-Rubio, Huéscar, Aspe, Elche y Orihuela. Cuando se dirigía a Gibraltar para marchar a Francia y de allí al Cuartel Real, fué reconocido en Linares y fusilado en Albacete.

En Aragón los jefes fueron Marco Bello, Madrazo, Gamundi, Rodrigo, Montañés, el Cojo de Cariñena (Pascual Aznar), Francisco Cavero, José Galindo, Calvera, Pallés. Estos últimos, al mando del primero, consiguieron entrar en Cantavieja el 13 de octubre de 1873, desde donde se dirigieron con una columna a Molina de Aragón. En Rubielos de Mora uniformó a sus tropas, y después partió para Daroca. Luego, ya con más fuerzas, y bajo el mando del infante don Alfonso, se dirigieron a Teruel, plaza que estuvo a punto de ser tomada, y el no conseguirlo le costó a Marco Bello ser sumariado. Las mismas fuerzas atacantes de Teruel marcharon a Cuenca, que fué ocupada, y allí pasaron el infante y su esposa varios días. Después fué hasta las puertas de Valencia, sin que se consiguiera ningún objetivo importante. Tras ello volvió de nuevo a Cataluña. Dorregaray, que tomó el mando de este Ejército llamado del Centro, tras un breve paréntesis en que lo desempeñó Velasco, no realizó ninguna proeza digna de mención, y abandonó el lugar en que había de operar para retirarse a Cataluña, donde siguió la misma suerte desgraciada que los de aquellos lugares.

EL CUARTEL REAL

El carlismo, en 1874, veía todavía con claridad el porvenir. La desorientación de los responsables de la política de Madrid y del Ejército profesional, que se había sublevado contra Isabel II y sirvió a Amadeo como servía a la República, era muy grande. Nadie sabía a quién acudir. Las grandes masas de católicos sin adscripción política definida, que observaban con horror las barbaridades cometidas por las situaciones derivadas de la revolución de septiembre de 1868, creyeron que solamente en el carlismo podrían encontrar la solución que España necesitaba. Les instaba también a ello el ver cómo los grandes escritores y políticos de matiz católico de la época—Nocedal, Aparisi, Tejado, Navarro Villoslada, Valentín Gómez...—, se habían acogido a las banderas carlistas y militaban bajo ellas. El periódico oficial *El Cuartel Real* afirmaba a comienzos de dicho año 1874. «Hace un año unos grupos de hombres mal vestidos y peor armados, pero llenos de ardoroso entusiasmo, recorrían las fragosas montañas de Navarra perseguidos por nu-

merosas columnas, que no les daban tregua ni descanso. Ni la falta de medios y recursos, ni los rigores de la estación, ni el hambre y las privaciones que muchas veces sufrieron, fueron bastantes a amilanar a aquellos héroes de corazón de hierro y alma de acero... Lo que se ha hecho en un año, en el año 73 que ayer terminó, Europa lo admira y contempla; España, que lo presenció, lo sabe».

En el territorio dominado montó Carlos VII la Universidad de Oñate, en la que recibió el grado de doctor don Matías Barrio y Mier. En la misma población inició su funcionamiento el Tribunal Supremo de Justicia. En Azpeitia se inició una academia de Artillería. Se organizó un Cuerpo de Correos y Telégrafos, y se fundió moneda con la efigie de Carlos VII. Se redactó un nuevo Código Penal. Todo esto daba tales apariencias de consistencia a la causa, que supuso la formación de un Gobierno, con toda su organización burocrática, y los Ministerios de Estado, Guerra, Hacienda y Gracia y Justicia. La Corte la estableció en Estella, en la plaza de los Fueros, aunque su Cuartel Real estuviera siempre bien cerca del campo de batalla. No había ninguna clase de etiqueta, y el porte de Carlos VII era siempre más el de un rey caudillo que el de un rey palaciego, aunque realmente llegara a reunir en torno suyo gran número de príncipes e infantes de todas las casas de Europa, que venían a luchar a su lado por la causa de la legitimidad.

La figura más venerada por la carlistada fué la de doña Margarita, esposa de Carlos VII, que llenó con su bondad y virtudes el campo de batalla. Cuando llegó a Navarra, su primer acto fué presenciar una brillante parada en la que desfilaron veintiocho regimientos. «Doña Margarita se consagró desde su llegada, a la caridad y al cuidado de los hospitales de sangre, montando en Irache un servicio médico-quirúrgico y de asistencia a los heridos, al que dedicaba todas las horas del día; y para mayor beneficio de los heridos de ambos ejércitos y para aliviar la suerte de los prisioneros creó la institución de *La Caridad*, en la que, estimuladas por su ejemplo, colaboraban con su concurso moral y material las mujeres del país. El Pontífice Pío IX bendijo por dos veces la benemérita institución. Doña Margarita, que jamás se mezcló en política, y que se esforzó por humanizar, en lo posible, la guerra, dejó en Navarra, para partidarios y adversarios, una estela luminosa de bondad y caridad. Cuando terminada la guerra y hallándose en Pau, tuvo noticias de que habían llegado a los hospitales civiles de Bayona gran número de heridos de los dos ejércitos combatientes, se trasladó a la ciudad fronteriza y se dedicó largos meses a los desgraciados españoles, proporcionando trabajo a los que sanaban, entierro a los que morían y hasta destino en su servidumbre a los inútiles» (*Conde de Rodezno*).

La restauración de la Monarquía en la persona del

hijo de Isabel II, quien adoptó la denominación de Alfonso XII, hizo concebir esperanzas al joven monarca de que los carlistas abandonaran la causa de su primo, pues él era tanto como la vuelta a todo lo que el 68 había derogado y la repulsa de lo que vino después. No se dió cuenta de que los carlistas habían luchado contra los principios que él sustentaba y con los que ahora quería atraerles. Por eso pudo muy bien Don Carlos contestar a la llamada de Don Alfonso, con un manifiesto en el que decía: «La Revolución, que vive de la mentira, al proclamar rey de España a un príncipe de mi familia, pretende absurdas reconciliaciones con la monarquía y la legitimidad. La legitimidad, soy yo, y por serlo, rechacé las proposiciones indignas que los revolucionarios de septiembre osaron presentarme antes de consumar su obra de deslealtad nefanda. Desde entonces sabe la Revolución que yo no puedo ser su rey... Jefe de la augusta familia de Borbón en España, contemplo con honda pena la actitud de mi primo Alfonso... Sin embargo, no protesto; que ni mi dignidad ni la de mi ejército permiten otras protestas que las formuladas por las bocas de los cañones».

LACAR

El ejército carlista, según esto, se aprestaba a la lucha, mandado ahora por Mendiri. Estaba situado en la línea del Carrascal, que se extendía desde Unzué hasta Monte Esquinza. Formaban la línea diez batallones navarros, cinco alaveses, cuatro castellanos, un riojano, un aragonés, el de Guías del Rey, dos regimientos de caballería y 42 cañones. Pamplona estaba cercada. El mismo Alfonso XII se trasladó al teatro de operaciones, y el 23 de enero de 1875 revistó en Peralta su ejército, que componían 60 batallones, 90 cañones y 3.000 caballos, al mando del general Laserna, divididos en tres cuerpos de ejército, bajo la jefatura de Moriones, Despujols y Primo de Rivera.

Moriones atacó con gran lujo de fuerzas las débiles que mandaba Mendiri en la carretera de Pamplona a Sangüensa, y el carlista hubo de replegarse hacia Biurrun. Los liberales alfonsinos pudieron entrar en Pamplona, y Mendiri se replegó para proteger Estella. La descripción de la batalla sostenida después en La-

car, que hace el propio Mendiri, recogida por Román Oyarzun, dice:

«En el acto organicé con los doce batallones, cuatro brigadas de a tres batallones; la de Navarra, al mando de Perula, acometería al enemigo por el NE. de la población; la guipuzcoana, al mando de Carpintier, por el N.; la castellana, al mando de Cavero, por el O. E. y la alavesa, al mando de Iturralde, por el SOE. Que las cuatro brigadas habían de desfilar paralelamente por hileras de a cuatro y que conforme fuera ensanchándose el terreno,se desarrollaran también las columnas, desplegando en guerrillas los primeros batallones, siguiéndoles de cerca y en el mismo orden los segundos y en columna de secciones, a media distancia, los terceros, que en su marcha debían aprovechar los accidentes del terreno para ocultarlas del fuego enemigo, en cuya formación debían acometer denodadamente el pueblo, y los despedí para que prepararan sus columnas en el orden expresado; quedando las cabezas de ellas a una misma altura, próximas a la salida de la garganta.

»A las cuatro en punto nos pusimos en marcha y como observase después de andar unos 200 pasos que la brigada de Navarro permanecía en su puesto y que el brigadier Perula disputaba acaloradamente con el primer jefe del batallón que tenía a la cabeza, retrocedí gritando y entonces emprendí la marcha a paso ligero, alcanzando al poco rato a las otras columnas.

Yo fuí a la cabeza hasta la ermita de Alloz, desde cuya meseta se descubre todo el país.

»Allá me detuve un poco de tiempo con mi Estado Mayor para observar la marcha de las columnas y dar emplazamiento a una batería de montaña que tenía a mis órdenes y venía a retaguardia de aquéllas. El enemigo, así que nos descubrimos, rompió contra nosotros en durísimo fuego de artillería que no cesó hasta que nuestra batería rompió el fuego, dirigiéndose después mutuamente los proyectiles.

»Así que los primeros batallones se apoderaron del declive de la meseta, donde está asentada la población, rompieron el fuego contra el enemigo, que lo había roto hacía rato; entonces, envié algunos de mis ayudantes con orden terminante de asaltar el pueblo, y con ellos marcharon también el general marqués de Valdespina y el conde de Bardi, que deseando concurrir a la batalla, se me habían unido momentos antes, y como su llegada a la meseta fué al propio tiempo que los segundos batallones se precipitaron todos sobre el enemigo y lo arrollaron, obligándole a salir del pueblo en completa dispersión por la parte del Este, para dirigirse a Lacar distante dos kilómetros, donde estaban los otros cuatro batallones de la división de vanguardia. El camino es quebrado, y como a las dos terceras partes de la distancia hay un paso dificilísimo, un verdadero desfiladero, para atravesar una cordillera de peñas, que aunque de poco elevación es inaccesible, y

como los disparos seguían de cerca, haciendo sobre ellos un fuego horroroso, quedaron en aquel limitadísimo terreno, sobre mil muertos, en su mayor parte de heridas de bala de fusil, sin que nadie, absolutamente nadie, pudiera evitar tan terrible catástrofe.

»Yo llegué a Lacar al poco rato de haberla abandonado el enemigo y me detuve el tiempo necesario para asegurar la vida a unos 300 prisioneros que después de mi llegada fueron rindiéndose y saliendo de las casas.

»Esto conseguido, salí del pueblo, y marché a situarme en unos campos entre ambos pueblos, a la izquierda de la carretera y cerca del empalme con la que se dirige a Estella, como el mejor punto de reunión de las fuerzas, para continuar el ataque. Desde allí, envié a uno de mis ayudantes al general Argonz, con la orden de que viniera con sus fuerzas a unírseme, y a los demás ayudantes en busca de los demás jefes de brigada, con la que formaran y avanzaran hasta dichos campos. Cada batallón tocó llamada y redoblando, con su seña particular, y luego general, sin poder conseguir la formación de una sola compañía; aquello era una Babel, un verdadero desorden muy propio de nuestros voluntarios, después de conseguir un triunfo. Sin embargo, esperaba continuar el ataque con las fuerzas de Argonz, en la confianza de que al entrar nuevamente en fuego, conseguirían los jefes de batallón reunir alguna parte de las fuerzas

para seguirme, y cuál sería mi desengaño, cuando después de una hora de esperar, se me incorporó el general Argonz diciéndome que todas sus fuerzas habían entrado en fuego, y que, como las demás, estaban dispersadas por el campo. Otra vez más tuve la paciencia de esperar, y cuando me convencí de la imposibilidad de reunir una fuerza para atacar seriamente a Monte Esquinza di la orden de acantonamiento, y me marché con mi Estado Mayor a pernoctar a Estella.»

Aunque las lamentaciones del jefe carlista hacen meditar seriamente sobre los hechos a que se refiere, hay que destacar el gran éxito de esta batalla que ha pasado a la historia con el nombre de Lacar, pues lo cierto es que todos los batallones de Carlos VII, en su carrera loca, cayeron como una furia, sin posibilidad de ser dominados, llevándose por delante cuanto había y sin temor a la muerte, aunque muchos iban quedando en el camino. El torrente avanzó intrépido, con la bayoneta calada, llegándose a un duelo cuerpo a cuerpo con el enemigo, en cuyas filas cundió el pánico más horroroso, y la fuga de unos y el grito de los otros, provocó el desconcierto en las filas liberales alfonsinas, que se dieron a la fuga. «Fué Lacar tomado a la bayoneta. La furia de Navarra voló aún triunfante azotanto sin duelo a los de Borges. Huían éstos en derrota arrollados por el coraje de aquellos combatientes nerviosos que eran hijos de quienes contestaban «¡A la muerte!», cuando les preguntaron al atacar Bilbao,

con inaudito arrojo, en la guerra de Cabrera y Zumalacárregui: «¿A dónde vais, bárbaros navarros?» (*Juan José Peña.*)

La derrota liberal fué de gran magnitud y las fuerzas de los tres Cuerpos de Ejército mandadas contra los batallones de Don Carlos, marcharon del campo dejándose muchos muertos, heridos y prisioneros. El mismo Don Alfonso, que, quiso enardecer a las tropas con su presencia, estuvo en un momento muy apurado, y a punto de ser alcanzado por los soldados de la Tradición. Luego los navarros vencedores cantaban:

> En Lacar, chiquillo,
> te viste en un tris.
> Si Don Carlos te da una patada
> te manda a París.

Así terminó aquella expedición orgullosa del poder y del dinero, contra la fe y el entusiasmo de los que luchaban a pecho descubierto. Pudo ser entonces aquella magnífica anécdota—registrada como ocurrida en las puertas de Bilbao—de aquel teniente, casi adolescente, tendido sobre una camilla a quien se acercó su rey, Carlos VII, y con majestad y bondad le preguntó afectuosamente:

—¿Qué tienes muchacho?

Y el teniente, rápidamente, sin meditar la contestación, pero seguro de la verdad íntima de lo que le decía, le respondió:

—Ahora, señor, sólo un brazo para serviros.

La victoria de Lacar llenó de júbilo las calles de Estella, y las de los pueblos ocupados por el carlismo. Resonaron alegres las coplas:

Cuando a Dios, y de rodillas,
en la iglesia estoy rezando,
le suplico por mi madre
y por que reine Don Carlos.

Dicen que viene Don Carlos
y en la mano trae una flor;
es la Reina Margarita,
que es la rubia más bonita
que en el mundo crió Dios.

Cuando vayas al campo
no pises las margaritas,
que son las flores que llevan
en el pecho los carlistas.

Para pintarla, el de Guías;
para rezar, el primero;
para entrar con bayoneta
el segundo y el tercero.

Cuando Don Carlos se pone
la boina de medio lado,
no se presenta en el mundo
un tipo más resalado.

Campanas del campanario,
yo me las dejo, adiós, adiós,
que llevo la boina roja,
¡ay, madre mía!, no llores,
que si yo muero, muero por Dios.

¡Qué bien te sienta,
qué bien te está,
la boina blanca
y la colorá!

Uno de los actos más importantes tras la batalla de Lacar fué el celebrado el 5 de julio en Guernica, donde se congregaron representantes de todo aquel Señorío para asistir a la solemne jura que de sus Fueros hizo Carlos VII. Asistieron más de doscientos representantes de las villas y merindades, y había un gentío inmenso que aclamó al rey, al aparecer acompañado de su padre. Tras la jura, el síndico gritó a los vientos la fórmula: «Oíd, oíd, oíd; Vizcaya, Vizcaya, Vizcaya, por el Señor Don Carlos VII, Señor de Vizcaya y Rey de las Españas, nuestro Señor, que viva y reine con gloriosos triunfos, dilatados y felices años». El 7 de julio juró los Fueros de Guipúzcoa en Villafranca, donde el representante de Guipúzcoa tremoló el pendón real, como señal de acatamiento a Carlos VII.

Isabel II negoció por aquel entonces su vuelta a España, y por no habérsele permitido volver a Madrid, Don Carlos le ofreció el que residiera en el territorio en que reinaba. Isabel aprovechó la correspondencia cruzada con este objeto para conseguir relacionar a los dos primos, pero Carlos VII contestó siempre con gran claridad, con palabras que todavía tienen hoy valor:

«Entre el Rey legítimo de España al frente de sus voluntarios y el instrumento de la Revolución, rodeado en Madrid de los que te perdieron y no omiten ocasión de herirte y ofenderte, la paz es imposible»..

«El triunfo de mi derecho y de mi dinastía en toda

su integridad, o nada... Salvar a España, o morir por ella; esto dije en París cuando sólo tenía en mi apoyo la fuerza del derecho, y esto repito hoy al frente de 80.000 valientes».

«¡VOLVERE!»

Según hemos visto, la guerra había concluído en Cataluña, el Maestrazgo y el Centro, y todavía continuaba en el Norte, Vascongadas y Navarra. Como sólo por las armas no se conseguía nada, utilizó el gobierno alfonsino liberal toda suerte de procedimientos para reducir a los carlistas y acabar con el foco legitimista. Se dictaron medidas de todo género contra los carlistas, y aun los sospechosos de serlo, secuestrando sus bienes y deportándolos, de forma que muchos huyeron al territorio carlista, aumentando las dificultades de abastecimiento de aquella zona. Comenzó a correr de boca en boca la palabra «¡traición!» ante las dificultades, y Mendiri fué relevado por Perula. Las dificultades aumentaron más, hubo que reducir las líneas, y vinieron algunos fracasos que rebajaron la moral de la retaguardia.

Don Carlos lanzó una nueva proclama en octubre para sostener la disciplina y el entusiasmo: «Voluntarios, adelante. Penalidades sin cuento nos esperan: hambre, frío, desnudez, cansancio. Los sufriré con vos-

otros; las causas grandes exigen inmensos sacrificios. Al combate, voluntarios; pensad que si vivos ceñirá vuestras sienes la corona de los héroes, la palma gloriosa de las mártires cubrirá los sepulcros de los que peleando mueran».

Todo hacía la guerra difícil; el territorio en que reinaba Don Carlos iba reduciéndose. Era imposible sostenerse en él. El 17 de febrero de 1876 convocó un Consejo de generales en Beasaín, al que fueron Caserta, Valdespina, Arbonz, Carasa, Cavero, Brea, Granda, y otros. Hubo muchos pareceres y bien distintos sobre lo que debía hacerse. La realidad era que el general alfonsino Primo de Rivera había atacado ya Estella, y que los 1.600 hombres que la defendían sucumbieron ante el empuje liberal.

Se repitió el grito de que los traidores habían vendido el carlismo, y la desesperación cundió por todas las filas. Ya no podía hacerse absolutamente nada. Las grandes columnas de Madrid invadían las cuatro provincias vasconavarras. Todo era inútil. Don Carlos pasó con su acompañamiento de Leiza a Roncesvalles, donde estuvo todo el día 26. El 27 llegó a Valcarlos. En el puente internacional de Arnegui formaron las fuerzas que le fueron leales hasta el último momento.

Carlos VII clavó en el pecho de los presentes, de todos los carlistas que eran, y de los que lo serían después, aquellas palabras recordadas siempre por los caballeros de la Legitimidad:

—¡*Volveré, para salvar a España*!

Se oyó la Marcha Real, y el Rey pasó a Francia. Espadas y fusiles que habían servido lealmente, que ya no podían servir a otro señor, quedaron rotas, impotentes, al borde de la tierra extraña.

Al llegar a Francia Carlos VII dijo: «Deseoso de contener hoy la efusión de sangre, he renunciado a continuar la lucha gloriosa, es cierto, pero por el momento estéril. Si me veo obligado a ceder a la fuerza de las circunstancias, ni mi corazón desmaya, ni se ha quebrantado mi fe, y conservo intactos mis derechos, que son de la legitimidad de España... Mi bandera queda plegada hasta que Dios fije la hora suprema de la redención para la España católica y monárquica, que no puede menos de estar marcada en los designios de la provincia, después de tanto sacrificios».

De su testamento conviene destacar, por ser bandera desplegada del carlismo, estos párrafos: «Nuestra monarquía es superior a las personas. El rey no muere. Aunque dejéis de verme a vuestra cabeza seguiréis, como en mi tiempo, aclamando al rey legítimo tradicional y español, y defendiendo los principios fundamentales de nuestro programa. Consignados los tenéis en todos mis manifiestos. Son los que he venido sosteniendo y proclamando desde la abdicación de mi amadísimo padre (q. e. g. e.) en 1868. Planteados desde las alturas ded poder por un rey verdad, que cuente por colaboradores al soldado español, el primero del

mundo, y a ese pueblo de gigantes, grande cual ninguno por su fe, su arrojo, su desprecio a la muerte y a todos los bienes materiales, pueden en breve tiempo realizar mi política, que aspiraba a resucitar la vieja España de los Reyes Católicos y de Carlos V. Gibraltar español, unión con Portugal, Marruecos para España, confederación con nuestras antiguas colonias, es decir, integridad, honor y grandeza; he aquí el legado que por medios justos yo aspiraba a dejar a mi patria». «Mi postrer saludo en la tierra será a esa gloriosa bandera amarilla y roja, y si Dios, en su infinita misericordia tiene piedad como espero de mi alma, me permitirá desde el cielo ver triunfar, a la sombra de esa enseña sagrada, los ideales de toda mi vida».

JAIME III

Muerto Carlos VII, le sucedió en los derechos al trono de España su hijo Jaime III.

Nacido el 27 de junio de 1870 en la Tour de Peilz, cerca de Vevey (Suiza), fué bautizado por el obispo de Daulia, don José María Serra, llegado expresamente para tal fin desde Madrid. Se le impusieron veintinueve nombres: los de Jaime, Pío, Juan, Carlos, Bienvenido, Sansón, Pelayo, Hermenegildo, Recaredo, Alvaro, Fernando, Gonzalo, Alfonso, María de los Dolores, Enrique, Luis, Roberto, Francisco, Ramiro, José, Joaquín, Isidro, Leandro, Miguel, Gabriel, Rafael, Pedro, Benito y Felipe. Desde Oviedo, una comisión de carlistas llevó la Cruz de la Victoria, que le fué impuesta sobre el pecho como es tradicional hacer con los príncipes de Asturias en España.

Al comienzo de la segunda guerra carlista se trasladó a Pau y de allí, en 1874, a Estella, donde el príncipe fué presentado al ejército vistiendo uniforme azul obscuro de comandante del Batallón de Guías del Rey, con gran boina en la cabeza. Durante el desarrollo de la campaña permaneció en España, y era su agrado hablar y jugar con los soldados, a los que quería y apreciaba tanto como ellos le admiraban, por

su simpatía y afectuosidad. Terminada tan desgraciadamente la campaña, pasó a vivir con su padre en París, barrio de Passy, donde fué encargado de su educación el sacerdote navarro don Manuel Barrena y el general don León Martínez de Fortún. Luego marchó a completar su educación al colegio que los jesuítas tenían en la calle de Vaugirad. Allí conoció a Isabel II, también desterrada, que visitaba frecuentemente a Carlos VII. Expulsada de Francia la familia Real por instigación del Gobierno de Madrid, Don Carlos se trasladó a Londrés, y allí fué también Don Jaime, que ingresó en el colegio de los jesuítas de Beaumont, en Windsor. Las vacaciones las pasaba en Viareggio, donde después fué toda su familia.

Hizo su primera comunión en Inglaterra, y a la ceremonia asistieron gran número de familiares y legitimistas españoles. Su ilusión era ir a pasar las vacaciones a Viareggio, no muy lejos de Lucca, donde, a orillas del Mediterráneo, su madre poseía la finca Reale Tenuta, propiedad de la familia Parma.

Fué entonces cuando su madre ofreció a Carlos VII el Palacio de Loredan, en Venecia, si se decidía a ocuparlo, y allí marchó el Rey con Don Jaime, que recibió una fuerte impresión a su contacto con Italia. Más tarde pasó Don Jaime al colegio que los jesuítas tenían en Feldkirch (Tirol austríaco). En Munich padeció en aquella época—1886—un terrible tifus, que alarmó grandemente a la familia carlista, durante el

cual fué cariñosamente cuidado por su madre, doña Margarita. Luego, para reponerse, tras descansar en Viareggio, hizo un viaje al norte de Africa. Fué él quien llevó una rica joya que los reyes regalaron a León XIII con motivo de su jubileo, y que comprendía muchas otras joyas familiares engarzadas en rica cruz pectoral.

Carlos VII pensó que su hijo fuera militar, y eligió la Academia Militar de Viena para que siguiera los estudios correspondientes. Allí pasó tres años hasta alcanzar el grado de oficial, pero no pudo vestir el uniforme porque el emperador Francisco José se negó a que así fuera, por ser hijo de quien disputaba el trono a su sobrina María Cristina, que había casado con Don Alfonso XII, en segundas nupcias.

En otoño de 1893 Don Jaime visitó la India, Ceilán y Madras, Siam, Saigón y Filipinas. Después pudo realizar su gran ilusión de cruzar España de Norte a Sur y de Este a Oeste, en viaje de riguroso incógnito, evitando levantar la más leve sospecha. En otras ocasiones Don Jaime vino repetidamente a España, presidiendo mítines, reuniones y «aplechs», lo que llegó a ser una gran preocupación para el Gobierno liberal, pues aparecía y desaparecía como por encanto. Los dos grandes actos políticos a que asistió en estas condiciones fueron el de Zumárraga y el de Las Arenas, de Bilbao.

De 1896 a 1900 Don Jaime sirvió como oficial en

el Ejército ruso. Estuvo destinado en el regimiento de Dragones número 24, de guarnición en Kichinev, y después, en el regimiento de la Guardia Imperial de Húsares de Grodno, con guarnición en Varsovia.

En 1897 sostuvo Don Jaime correspondencia amorosa con la princesa Matilde de Baviera, pero el padre de ella, príncipe Luis, se opuso a que continuaran. Este golpe fué muy duro para Don Jaime, que para siempre conservó ya en su corazón el recuerdo de la amada, lo que le impidió a pesar del fuerte imperativo del deber, ligarse a otro mujer. Luego se supo que en todo ello, y a su contra, había obrado la mano de Berta de Rohan, segunda esposa de Carlos VII. Fué también ella quien separó a padre e hijo, hasta hacer que no se trataran.

Don Jaime participó en la guerra contra China como oficial del Ejército ruso. Estuvo destinado de alférez en un regimiento de tiradores de Siberia. Participó en la toma de Pekín y trabajó a favor de las familias belgas cristianas, residentes en China, lo que le valió que se le concediera la Cruz Militar de Leopoldo. En Nagasaki conoció a Pierre Loti, quien habla de él en *La segunda juventud de madame Pruna*. Sus acciones al lado de la Marina francesa le valieron una gran popularidad. Luego intervino también en la guerra ruso-japonesa, participando en muchas acciones militares, como destinado en los batallones de cosacos.

El 18 de julio de 1909 falleció Carlos VII. Don

Jaime, que se hallaba en París, acudió presuroso a Verasse (Italia), donde se había producido el luctuoso acontecimiento, y allí abrazado al cadáver de su padre, lloró largo rato. Tras el entierro en Trieste, los jefes regionales y delegados del carlismo que habían acudido al acto pronunciaron el primer ¡*Viva el Rey*! en honor de Don Jaime, que desde entonces recogía la sagrada y pesada herencia de sus mayores. Su primer manifiesto a la nación lo dió el 4 de noviembre siguiente. En él se hacía cargo de la corona y hacía protestas de su patriotismo, dedicando un recuerdo a la guerra de Africa, en la que estaba comprometida España. «Mientras aquella enseña bendita—afirmaba—esté empeñada en una guerra nacional, sólo por ella deben palpitar nuestros corazones, y yo no soy, no quiero ser más que un español que la sigue anhelante con los ojos y con el alma, deplorando no poder servirla ahora con mi sangre.»

El homenaje de la gran masa carlista lo recibió en un acto celebrado en Lourdes, donde hubo hasta quince mil carlistas. Aquello fué una verdadera apoteosis, con emocionantes escenas.

Al estallar la guerra de 1914, Don Jaime se encontraba en su castillo de Frohsdorf. Sintió verdadero deseo de ir a luchar junto a sus antiguos compañeros del Ejército ruso, pero su condición de rey de España le impedía el hacerlo. Grandes diferencias se produjeron entre don Alfonso Carlos, partidario de

los Imperios centrales, y Jaime III, decididamente francófilo. Aun así, cuando hubo de abandonar Austria, por negarse a comprometerse por escrito a no laborar en contra de los Imperios centrales, sin que él lo supiera, su tía doña María de las Nieves le ayudó económicamente.

Esta francofilia de Don Jaime llevó a la escisión mellista.

Terminada la guerra en abril de 1921, Jaime III partió para Colombia.

A mediados de septiembre de 1931, tras la caída de la Monarquía liberal en España, se instaló en París, y allí recibió este mismo mes—el día 22—la visita de su primo Don Alfonso de Borbón. Duró una hora y diez minutos, y en ella, el que había ocupado el trono de España trató a Don Jaime como a su rey. Tres días más tarde, Jaime III devolvía la visita a Don Alfonso y almorzó con él. En estas visitas, que tanto agradeció Don Jaime, se acordó una unión de las ramas, pero sobre la base de unos acuerdos de fuerte inspiración liberal, que sólo pudo aceptar el rey carlista en momentos de débil lucidez. En efecto, días después, el 2 de octubre de 1931, a las seis de la tarde, murió tras haber recibido los Santos Sacramentos.

Aún resonaban las consignas, las palabras dadas en los últimos manifiestos dirigidos a sus leales: «Sacrificaría hasta la última gota de mi sangre en

la lucha contra el comunismo antihumano, poniéndome al frente de todos los patriotas para oponerme a la implantación de una tiranía de origen extranjero.» «No puede haber más que un solo partido monárquico en España. Y ese partido, genuinamente español, dispuesto a sacrificarse en todo momento por la grandeza de nuestra patria inmortal es el partido legitimista. Invito a todos los monárquicos y a todos los amantes del orden a darle su adhesión, si no quieren ir en busca de un nuevo fracaso.» (23 de abril de 1931.)

ALFONSO CARLOS I

A Jaime III, muerto sin descendencia, le sucedió su tío Don Alfonso Carlos.

Don Alfonso Carlos de Borbón nació en Londres el 12 de septiembre de 1849. Fueron sus padres el infante don Juan Carlos, más tarde Juan III, y la infanta doña María Beatriz Austria de Este. Recibió las aguas bautismales en el hogar, corte en el destierro, de su tío, el rey Carlos VI, que fué padrino, y se le impusieron los nombres de Alfonso Carlos Fernando José Juan Pío. Al año siguiente de su nacimiento fué trasladada la residencia de sus padres a Viena, y en 1851, a Módena, donde su abuelo materno, el gran duque de Módena, le nombró teniente honorario de su ejército. Como su hermano mayor, Carlos, fué confirmado por el propio Papa Pío IX.

La revolución obligó a la familia a emigrar en 1859 a Praga, y allí recibió su formación religiosa y educación intelectual, que continuó en Venecia, donde se trasladaron en 1863, cuando contaba Alfonso Carlos catorce años de edad. Coincidieron en

este lugar con el conde de Chambord, Enrique V, quien, al igual que su hermano, le dió lecciones de patriotismo, al hablarles de historia y de política, y al señalarles los principios del legitimismo y de la tradición. La embestida revolucionaria hizo a la familia marchar, siempre en unión de su madre, a Insbruck (1866), y al año siguiente fueron a Viena, continuando tan trágico y doloroso peregrinaje, y ya a Graz, donde se establecieron. En este año casó su hermano, y quedó ya él solo al cuidado de su madre.

En febrero de 1868, en unión de su abuelo, el duque de Módena, recorrió los Santos Lugares, y quizá fué allí donde tomó la decisión de ingresar como simple soldado en el Ejército del Estado Pontificio, para servir a la más alta Jerarquía de la Iglesia (29 de junio de 1868), lo que llevó gran consuelo y alegría a su abuela, la Reina María Teresa, segunda esposa de Carlos V, princesa de Beira, que ha sido llamada *Angel tutelar de la Legitimidad española*. Más tarde ascendió a cabo y sargento, y en 11 de abril de 1869 a teniente.

Por aquel tiempo conoció a la que había de ser su esposa, doña María de las Nieves de Braganza, hija del rey Miguel I de Portugal, entonces todavía colegiala.

En 1870 defendió con duro arrojo, al frente de sus zuavos pontificios, la Puerta Pía de Roma contra los ejércitos de Víctor Manuel. Era el 20 de septiem-

bre, y 100 hombres supieron resistir el duro empuje de 15.000. Ante tal desigualdad numérica hubieron de rendirse las tropas de la Iglesia, pero Alfonso Carlos no consintió entregar la espada que había pertenecido a su abuelo Carlos V. Tras lograr evadirse a Civita-Vecchia, disfrazado, llegó a Tolón en un navío frances, y pudo reunirse con su madre y su hermano Carlos, ya Carlos VII, por abdicación de su padre, Juan III.

En abril de 1871 contrajo matrimonio en la capilla del castillo Klein-Huebach (Baviera) con doña María de las Nieves de Braganza, para lo cual el Papa dió el oportuno permiso dispensando el impedimento de parentesco, recordando al mismo tiempo los grandes servicios prestados por don Alfonso Carlos como teniente de zuavos. Tal fué el cariño del Papa Pío IX para con su antiguo soldado que en el testamento se acordó de él, dejándole en herencia una madreperla representando la Resurrección.

Durante la segunda guerra carlista (1872-1876) fué nombrado general en jefe del Ejército Real de Cataluña. Entre sus éxitos destaca la acción de Alpens. Durante esta sin igual y trágica campaña tuvo como compañera infatigable a su enérgica y dulce esposa, que, al lado del infante, montada a caballo, recorría sin fatiga el campo de batalla. Después de pedir a su hermano que se le relevara marchó a Graz al lado de su madre anciana, doña María Beatriz. Comenzó

entonces un largo peregrinaje por todos los continentes del mundo, durante los cuales, aparte de conocer la diversidad de países, se preocupaba por saber la situación agrícola e industrial de las zonas, y los aprovechamientos que de todas las energías de la Naturaleza se hacían merced a los nuevos avances de la investigación y de la técnica.

No cesó en sus servicios a la Iglesia y a la religión católica, y así colaboró eficazmente en una campaña contra el suicidio y contra el duelo, azote del que todavía no se había librado enteramente Europa. Durante la guerra del 14 realizó una magnífica labor de caridad visitando los hospitales y ayudando a los heridos y prisioneros.

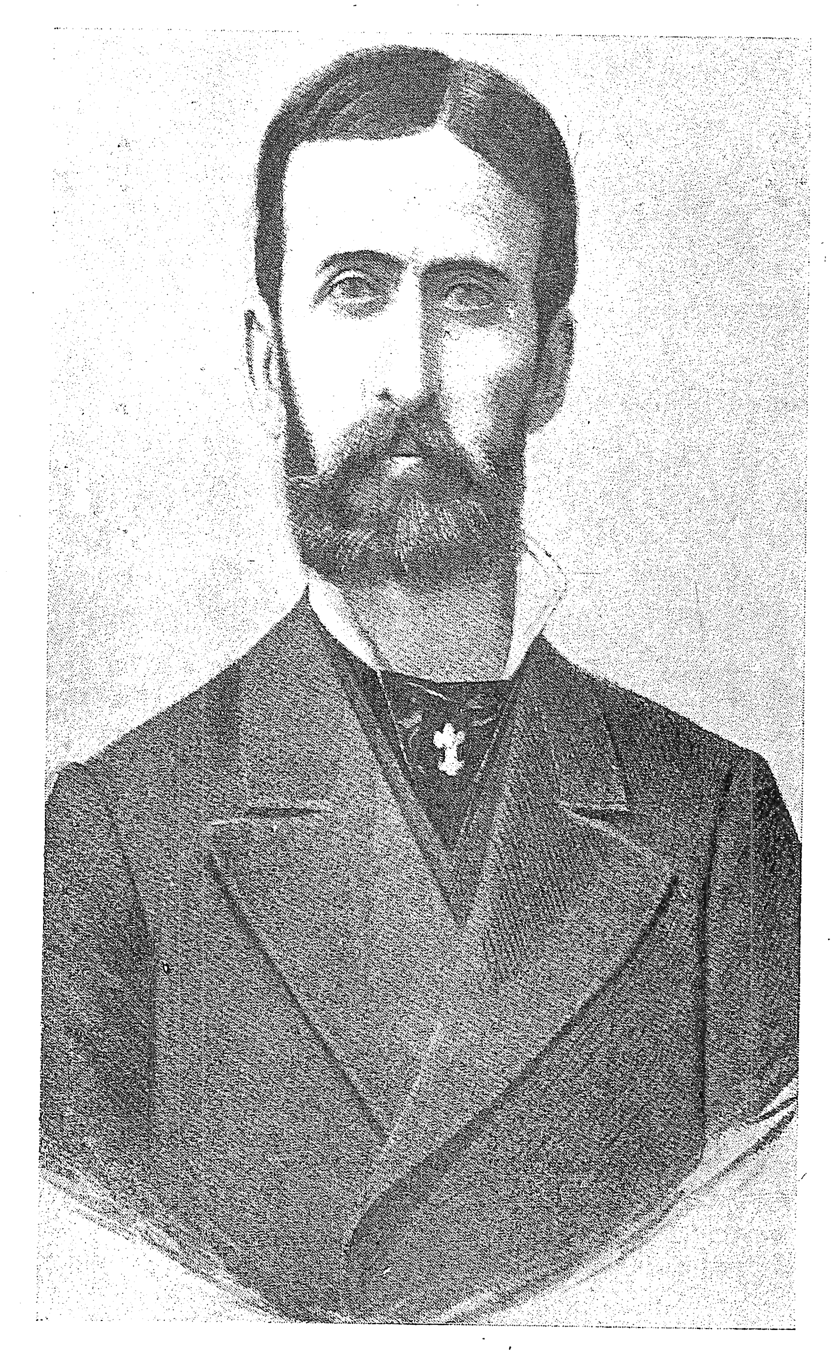
Como turistas hispanoamericanos residieron en España durante la dictadura del general Primo de Rivera, de riguroso incógnito, pasando largas temporadas en Madrid, Levante, Baleares y Andalucía. Su residencia habitual la tenían en Austria, y allí sufrieron los azotes de los comunistas, que llegaron incluso a visitar su casa en actitud poco tranquilizadora, pero a quienes ganaron con generosa hospitalidad.

La muerte de Jaime III, su sobrino, en 2 de octubre de 1931, hizo que todos los derechos a la sucesión de la Corona española recayeran en el augusto anciano, ex teniente de zuavos pontificios y ex general en jefe del Ejército carlista de Cataluña. Las autoridades de la Comunión Tradicionalista que asistie-

ron en París a los funerales del difunto rey hicieron constar en acta el reconocimiento como su rey y señor de Don Alfonso Carlos, quien presidió ya, en calidad de tal, los funerales que se celebraron en la iglesia de la Tenuta Real de Viareggio. Tenía entonces ochenta y un años.

Cuando el infante Don Alfonso pasa a ser, por disposición de las leyes vigentes en la Monarquía tradicional española, rey de los españoles, la segunda República había derrocado a Alfonso XIII, el hijo de Alfonso XII, contra quien el propio monarca había luchado en los campos de batalla. Tuvo noticia de un acuerdo convenido entre Jaime III y el nuevo desterrado, don Alfonso XIII, por el cual, ante las muestras de amistad y simpatía dadas por éste, se convenía una unión de todas las fuerzas monárquicas, y se señalaba quién debía ser el futuro rey en el caso de una restauración.

A la vista de documentos posteriores, puede afirmarse que Don Alfonso Carlos conoció este documento, y quizá, sin entrar en las consecuencias definitivas del mismo, por no haber estado enterado con anterioridad por las personalidades de la Comunión Tradicionalista, aprobó las líneas generales de una unión de los monárquicos para luchar contra las leyes sectarias de la República. Prueba de ello es el pacto suscrito entre Don Alfonso Carlos y su sobrino, y los manifiestos concordes con el mismo poste-



Alfonso de Borbón y Austria

riores a él, y también la carta que en 1 de diciembre de 1931 dirigió a don Francisco P. Oller, recogida por Melchor Ferrer («Documentos de Don Alfonso Carlos de Borbón y Austria de Este»): «Nieves y yo acabamos de tener una entrevista con Don Alfonso, el que fué lo más cariñoso para con nosotros, y él y yo fijamos de trabajar juntos para salvar a España y a la religión, siguiendo yo nuestros ideales tradicionalistas.» Esta última frase aclara mucho. Don Alfonso Carlos veía bien una aproximación de los elementos monárquicos, pero no creía posible confundir en una misma dinastía a los que no participaban de una misma legitimidad de origen y de ejercicio. Para que tal ocurriera había exigido, como en otra parte dice, dos cosas: reconocimiento de la legitimidad de la rama carlista y de los principios que la informan, y ello durante la vida del propio monarca Alfonso Carlos.

El reinado de Don Alfonso Carlos es uno de los más fecundos en la historia del carlismo. A pesar de su mucha edad, con una energía juvenil insospechada preparó el ambiente para que otra vez las armas fueran razones. Para ello se trasladó desde su residencia habitual al pueblecito fronterizo de Ascain, cercano a San Juan de Luz, donde recibía a las personalidades carlistas y daba órdenes y consignas para el desarrollo de las organizaciones de la Comunión Tradicionalista, lo que logró con gran esplendor. Las cons-

piraciones se sucedieron sin interrupción, y el Requeté, la milicia de choque carlista, que encuadraba a millares de jóvenes, tuvo una perfecta instrucción y uniformidad bajo el mando de José Luis Zamanillo, su jefe nacional. Multitud de mítines caldeaban el ambiente y hacían acudir a las filas tradicionalistas a muchos españoles que no se conformaban con la actitud vergonzante de los católicos posibilistas. En las Cortes sus diputados y oradores hacían una magnífica labor, y las revistas y diarios de significación carlista adquirían gran difusión. Fal Conde, delegado del monarca, dijo en acto público: «Un puente histórico se tiende entre los 70.000 voluntarios que lucharon en la pasada epopeya y estas juventudes de hoy, que si no son cobardes y suicidas, deben estar decididas a lanzarse a las montañas.»

En 24 de junio de 1934 fijó los principios esenciales del Tradicionalismo, que concretó de esta forma:

1.º *La unidad religiosa.*

2.º *La Monarquía tradicionalista, esto es, católica, templada, federativa, hereditaria y legítima.*

3.º *La afirmación de la sociedad como un conjunto armónico de organismos, ordenados en razón de la jerarquía de sus fines.*

4.º *La restauración de todas las regiones con sus Fueros, libertades, franquicias, buenos usos y costumbres, exenciones y derechos que les corresponden, compatibles e inseparables de la indisoluble unidad de la nación española.*

5.º *La afirmación de la Monarquía templada con sus Consejos y Cortes, instrumento auténtico de la voluntad nacional.*

6.º *La afirmación dinástica y la legitimidad de origen y de ejercicio.*

Este documento dió ya noticia clara de cómo Alfonso Carlos I entendía la sucesión a su persona, lo que fué más claro todavía tras unas declaraciones de Fal Conde que no dejaban lugar a dudas y, sobre todo, después del nombramiento de regente, recaído en la persona del príncipe don Francisco Javier de Borbón Parma, a quien no se excluía expresamente por ello de su eventual derecho a la Corona.

No quedó ausente de las preocupaciones españolas el príncipe a quien tan difícil encargo, y en situaciones tan comprometedoras, se había dado. Pronto se puso al frente de la Junta Carlista de Guerra, instalada en San Juan de Luz, que recaudaba fondos y compraba armas con destino al alzamiento, interviniendo personalmente en ello, como en el encargo hecho a Bélgica, para cuya entrega fué preciso que interpusiera su relación personal con los reyes de dicho país. Cuando se acordó ya ir decidida y derechamente al movimiento firmó el príncipe el documento que dice así:

«La Comunión Tradicionalista se suma con todas sus fuerzas en toda España al movimiento militar para

la salvación de la Patria, supuesto que el excelentísimo señor general director acepta como programa de gobierno el que en líneas generales se contiene en la carta dirigida al mismo por el excelentísimo señor general Sanjurjo, de fecha nueve último.

Lo que afirmamos con la representación que nos compete.»

Esta carta muestra cómo el Movimiento Nacional tenía una finalidad y un programa—el contenido en el documento redactado por el general Sanjurjo—, y cómo fué por dicha finalidad por la que tantos carlistas murieron y cambatieron en los frentes.

A poco de iniciado el movimiento, cuando ya tan sólo la movilización suponía una victoria de magnitud tan colosal como no podía pensarse, el 28 de septiembre de 1936 murió por un accidente en Viena Alfonso Carlos I.

La jefatura delegada de la Comunión Tradicionalista se creyó en el deber de publicar un decreto cuyó artículo segundo decía: «Fallecido sin proclamación de sucesor Don Alfonso Carlos de Borbón, entra en pleno vigor su decreto de 23 de enero del corriente año de 1936, que se publicará juntamente con éste, y por el que se establece para el caso presente la Regencia y nombra para desempeñarla a su sobrino el príncipe don Javier de Borbón Parma. Por consiguiente, a éste corresponderá en adelante, como regente, la suprema dirección y autoridad en la Comunión Tradicionalista, las cuales comenzará a ejercer sin solución de continuidad.»

Don Alfonso Carlos fué enterrado poniendo sobre su féretro tierra de Navarra que el rey había llevado personalmente, tras haberla recogido en la frontera, con el mismo fin.

Don Javier de Borbón Parma, ya regente, pronunció unas palabras en el fúnebre acto por las que renovó su «juramento de ser el depositario de la Tradición legitimista española y su abanderado hasta que la sucesión quede regularmente establecida. Mi juramento de sostener y guiar a la Comunión Tradicionalista carlista española debe cumplirse en la época más grave de su gloriosa existencia; pero así como la vida del rey que lloramos nos estuvo consagrada hasta su último trágico suspiro, así lo estará la mía hasta que Dios me otorgue la merced de terminar la misión de que estoy investido, tal como lo hubiera hecho el mismo rey Alfonso Carlos.» Refiriéndose después a la guerra que ardía en España, dijo: «Subyuga el honroso ejemplo de energía de la joven generación, ahora en armas, queriendo, con plenitud de viril voluntad reconstruir la inmortal España creyendo en Dios y en sus destinos universales sobre las bases inconmovibles de la justicia, del orden moral y material y de la seguridad de todo bien, en prosperidad de la Patria común. El llamamiento del rey y el mío se dirige a todos, y espero que sea escuchado más allá de las trin-

cheras y de los odios. De todos modos, por duros que puedan ser los combates futuros, venceremos. Diríase que sólo cuando ya ha visto que la aurora de la victoria dora las cimas de la Patria ha conseguido tomar descanso en la tumba el augusto anciano cuyo cuerpo tenemos aún presente y que fué el último vástago directo de la gran dinastía carlista de los legítimos reyes de España. La victoria ya es segura, y sobre ella se asentará la paz fecunda; el porvenir está asegurado, y no tardaremos en volver a este lugar para decir ante el sepulcro de Vuestra Majestad presentando armas: «Señor, os hemos obedecido; la victoria está acabada. Os damos gracias porque habéis sido el padre vigilante y el guía prudente que nos ha preparado esta victoria. La dinastía carlista, primera rama de la casa de Borbón, al extinguise directamente ha dejado cumplida su misión de salvar a la España eterna.»

Pero la muerte de Don Alfonso Carlos no significaba, ni mucho menos, la desaparición del carlismo: «No; aquel entierro de Don Alfonso Carlos no era la misma cosa que el de Chambord o el del cardenal Enrique. Porque el carlismo que no pudo morir con Carlos VII, ni antes con Carlos V, no cabe en ningún féretro.» (*Ignacio Romero Raizabal.*)

Como prueba de que esto era verdad, la constante inyección de boinas rojas a los frentes no acababa nunca. Se multiplicaban los Tercios de Requetés, y los huecos que se producían constantemente en sus filas, en

el combate, eran cubiertos inmediatamente por otros héroes dispuestos al sacrificio. Una organización potente, que incluía hospitales de sangre, juntas recaudatorias, servicios auxiliares del frente y hasta partidas de guerrilleros, como en las anteriores guerras, fué organizada por las Juntas Carlistas de Guerra.

He aquí una lista de las unidades carlistas combatientes en 1936:

Tercio de Montejurra.
íd. San Fermín.
íd. Lacar.
íd. Navarra.
íd. Virgen del Camino.
íd. María de las Nieves.
íd. Roncesvalles.
íd. Lesaca.
íd. del Rey.
íd. San Miguel.
ím. Oriamendi.
íd. Santiago.
íd. Abarzuza.
íd. Mola (Navarra).
íd. San Ignacio.
íd. Zumalacárregui.
íd. Ntra. Sra. de Begoña (Vizcaya).
íd. Ntra. Sra. de la Antigua.
íd. Ortiz de Zarate.
íd. Ntra. Sra. de Estíbaliz.

Tercio de Virgen Blanca.
id. Ntra. Sra. de Valvanera.
íd. Ntra. Sra. del Pilar.
íd. San Jorge.
íd. Almogávares.
íd. Alcázar.
íd. María de Molina.
íd. Numancia .
íd. Marco de Bello.
íd. Ntra. Sra. de Montserrat.
íd. Ntra. Sra. de los Desamparados.
íd. Ntra. Sra. de Covadonga.
íd. Cristo Rey.
íd. Santa Gadea.
íd. Burgos.
íd. Sangüesa.
íd. Mola (Palencia).
íd. Ntra. Sra. del Camino.
íd. La Coruña.
íd. Ntra. Sra. la Virgen de los Reyes.
íd. Ntra. Sra. la Virgen del Rocío.
íd. Ntra. Sra. de Begoña (Alava).
íd. Ntra. Sra. de Guadalupe.
íd. Santiago (Zaragoza).
íd. Voluntarios de Santiago (Huesca).
íd. Arlabán.
íd. San Rafael.
íd. San Marcial.

Tercio del Apóstol Santiago (Galicia).
íd. Isabel la Católica.
íd. Numantino.
íd. Requeté de Avila.
íd. Requeté de Pontevedra.
íd. Requeté de Valladolid.
íd. Requeté de Salamanca.
íd. Santa María la Real.
íd. Ntra. Sra. de la Victoria.
íd. Ntra. Sra. de la Merced.
Radio Requeté de Campaña.
Tercio Móvil.
Zapadores.
Partida de Barandalla.
Guerrilleros del Alto Tajo.
Escuadrones de Cáceres.
íd. de Sevilla.
íd. de Málaga.
íd. de Cazadores.
Margaritas de Frentes y Hospitales.

Que el espíritu era en 1936 el mismo que en las dos guerras civiles anteriores es fácil de comprobar. Para ello basta con traer aquí una de las muchas anécdotas que recoge Antonio Pérez de Olaguer en su libro. «*Los de siempre*»:

«Ha amanecido un día claro, limpio, luminoso. Nada turba la paz del campo todo en silencio. Acaso alguna avecilla madrugadora turba la quietud densa,

espesa, pastosa, de este amanecer castellano. Tal vez el chirriar de una rueda, profana con su gemido metálico el reposo idílico de la tierra que duerme y que sueña. Pero un solo momento. Y el campo callado, señala senderos diáfanos de amor y de felicidad.

No obstante... Todo es ficticio, todo es falso. Frente a frente dos bandos se contemplan, se espían, recelan. En uno anida el odio, el rencor y la desesperación. En otro vibra la fe, la justicia y la generosidad. El choque, inevitable entre ambos, producirá el pavor y la muerte en el campo apacible y dulce.

Allá, en una avanzada de Oyarzun, un alférez otea el horizonte. El muchacho es alto, delgado, huesudo, fuerte. Tiene unos ojos grandes y negros en los que se encierran todas las ambiciones nobles, legítimas, puras, españolas, sublimes. Su rostro moreno, curtido a todos lo vientos, se halla un tanto desfigurado por el esparadrapo; ha sido herido hace quince días, su color ha bajado bastante; un tiro de resbalón en la nariz; hemorragia fuerte, cuatro puntos de sutura sobre el cartílago, y vuelta a sus chicos sin hospitalizarse; ¿para qué?, ¿no se ve bien por entre medio del vendaje?

Otea el horizonte desde su trinchera, y como la posición del enemigo ha variado sensiblemente en una noche, su lápiz nervioso traza un plano acertado.

Luego... Este plano y un parte se deben entregar

al coronel que dirige, con táctica que ahorra vidas, la operación difícil, peligrosa..

El muchacho no ha meditado nada. El muchacho—Luis Martínez Erro—no ha pensado en que allá, en Navarra, goza de una posición brillante. No ha pensado que a la sombra de su padre, alta autoridad tradicionalista, puede tener el regalo amable de la retaguardia, llena de halagos y de honores. No ha pensado en todo eso. O acaso ha pensado en ello demasiado. Lo cierto es que ha salido, a pecho descubierto, a entregar el plano y el parte al coronel que dirige las operaciones militares.

Ha sido una imprudencia, ha sido una audacia, ha sido una temeridad.

Pero Luis Martínez Erro tiene sangre carlista; sus mayores la derramaron en las dos guerras anteriores al servicio de la misma causa. Y rápido, en plena descubierta, avanza.

¡Qué pronto se ha turbado la paz idílica del campo! La avecilla madrugadora ha huído despavorida. El chirriar de las ruedas se ha apagado de súbito.

De pronto, una nube de sangre le vela los ojos. En la boca siente el sabor de su propia sangre, que le baña el rostro: una granada rompedora ha estallado junto a él; le alcanza la metralla en la cabeza, arrancándole parte del cuero cabelludo. Y el muchacho, vencido, cae: ¡Madre mía!

Es recogido por los requetés.

—¿Dónde me lleváis?

—¡Al hospital de sangre! ¡Estás herido!

—No importa... No me llevéis al hospital. Llevarme a presencia del coronel.

Hay tanta energía en su mandato, es tan firme, tan sereno y tan impetuoso su acento, que los camilleros le obedecen.

Ya está en presencia del coronel. Hace un esfuerzo supremo, angustioso, trágico:

—¡Un parte, mi coronel!...

Un parte y un plano manchado en sangre de un valiente.

Y, con pulso firme, entrega el plano y el parte, la clave y el éxito de la operación que se teje en aquel momento en el campo contrario...

Y cumplida la misión, el herido sonríe amablemente. Y con voz debilitada por la energía perdida, dice con dulzura:

—Ahora llevarme al hospital...

El rostro adquiere la palidez de la muerte. Se entornan sus ojos. Y se desvanece...

Al día siguiente este hecho de armas se citó en el parte del coronel Beorlegui.

Después de unas curas penosas, después de unos días largos de dolor y de inquietud, en su casa de Pamplona, Luis Martínez Erro curó de sus graves heridas.

Y volvió al frente».

PENSADORES TRADICIONALISTAS

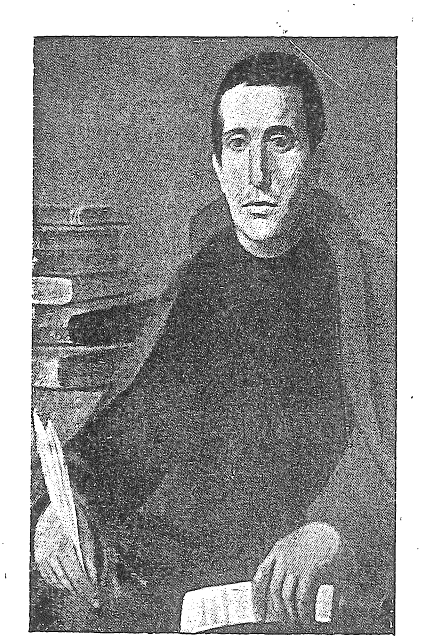
Sería muy difícil, por no decir imposible, llegar a una recapitulación total y efectiva de cuanto puede incluirse dentro del pensamiento tradicional español. Todos los autores que han exaltado los valores religiosos y patrióticos, quienes han expresado en sus creaciones literarias y artísticas el alma de nuestro pueblo, los que han afirmado la sustancia ideológica de las instituciones que hicieron posible la mejor España, entran, sin violencia, en la denominación de escritores y pensadores tradicionalistas.

Cuando el carlismo viene a ser la expresión auténtica e histórica del tradicionalismo, una y otra denominación llegan a ser lo mismo, y mal podría decirse entonces de alguien que era tradicionalista si no era carlista. El punto de arranque de la expresión carlista puede tener, para entendernos, una fecha: aquel día de octubre de 1833, en que Carlos V, inicuamente despojado de sus derechos al trono, vacante por la muerte de su hermano Fernando VII, reivindica sus deberes y recoge con la Corona de la legitimidad la sagrada herencia de los leales que le siguen, fieles a la Tradición española, mientras le son hostiles los que han abjurado de su condición española para ir a ren-

dir pleitesía a modas e invenciones extrañas, al enciclopedismo, el racionalismo y el liberalismo.

La primera tarea del carlismo es una tarea militar. Las ideas están todavía suficientemente claras y todavía no las ha enturbiado, pretendiendo hacer desaparecer las fronteras entre la verdad y el error, el paso del tiempo. Durante el reinado de Carlos V el carlismo dará el prestigio de sus hombres de armas, Zumalacárregui y Cabrera, principalmente, quienes cantan con la boca de sus cañones unas ideas ciertas, que los de enfrente combaten porque conocen realmente lo que son. Cuando el moderantismo, atrapado singularmente por la venta de los bienes de que ha sido despojada la Iglesia, y también las órdenes monásticas, gira dentro de la órbita cristina, isabelina, y liberal, para tranquilizar sus conciencias, surge un afán por aguar las enteras posturas, hasta ablandarlas.

En medio de esta confusión ideológica dos personas prestan atención al carlismo y delimitan líneas, estableciendo fronteras para deslindar bien los campos. Estas dos figuras que marchan a la cabeza del movimiento ideológico tradicionalista, aunque no se les pueda llamar carlistas, son Jaime Balmes y Juan Donoso Cortés. Más difícil de hacer entrar al primero en un puro pensamiento carlista, el segundo vió claro que la única solución estaba en el hermano de Fernando VII, cuando ya la muerte le arracaba de nuestro mundo.



Jaime Balmes



Juan Donoso Cortés



Antonio Aparisi y Guijarro



Cándido Nocedal

BALMES Y DONOSO CORTES

Jaime Balmes nació en Vich el 28 de agosto de 1810. A los siete años ingresó en el seminario, y el 25 de julio de 1825 recibió órdenes menores. De 1826 a 1835 estudió en la Universidad de Cervera; en 1841 se trasladó a Barcelona con la idea de intervenir públicamente en la vida social y política, y entró a formar parte de «La Civilización», revista en la que dejó muchos artículos doctrinales. En 1842 publicó su libro«El protestantismo», que muy pronto tuvo una edición francesa, motivo por el cual se trasladó a París. Fué M. Blanche Raffin—que tanta importancia tuvo en la conversión de Donoso—su primer y principal amigo en la capital francesa. Su visitas fueron también para Dupanloup, Chateaubriand, Lacordaire, y Ozanan. Como gran emprendedor que era, Balmes se trasladó después a Londres para conseguir la edición inglesa de su obra, lo que logró.

Vuelto a Barcelona, inició él solo la publicación de una nueva revista, «La Sociedad», que se anunciaba como religiosa, filosófica, política y literaria.

Trasladado a Madrid, decidido a intervenir en la vida política del país, el 7 de febrero de 1844 publicó el primer número de «El Pensamiento de la Nación»; el diario tuvo una gran acogida, incluso en el extranjero. Su afán de intervención política le llevó a dirigir personalmente las elecciones a diputados a Cortes de 1844, marchando a Barcelona con tal fin. Después, en su periódico, fué uno de los decididos partidarios del casamiento de Carlos VI con la hija de Fernando VII, si bien no concedía al Rey en el destierro más que la simple categoría de monarca consorte, cosa que no podía aceptar don Carlos. Su fracaso en este punto fué lo que determinó la muerte de su periódico.

En 1845 publicó «El Criterio»; del mismo año es la «Filosofía Fundamental». En 1846 salió su «Filosofía Elemental».

Nuevamente hizo un viaje a París en 1847. En diciembre de 1847 salió su «Pío IX», en el que venía a defender las reformas hechas por el Pontífice antes de la Revolución que le obligó a abandonar Roma, y recomendaba medidas de prudencia para contener el monstruo revolucionario, sobre todo por el camino de las evoluciones: «los discursos y los escritos han trastornado más imperios que todos los ejércitos». El 9 de julio de 1848 murió el ilustre sacerdote catalán.

La nota distintiva en Balmes, han dicho hasta hoy todos los biógrafos, es su táctica política, que, lejos

de exigir el triunfo total de la verdad, se conforma, si no alcanza a más, con lo que en cada momento puede. Su afán fué llegar a conciliar las fuerzas contrapuestas del catolicismo español y hacerlas discurrir por un solo camino, para que su rendimiento efectivo fuera mucho mayor.

Balmes era partidario de lo que se llamó una *Monarquía pura*. Creía que son los pueblos los que hacen las constituciones, y no las constituciones las que «constituyen» a los pueblos. Pedía la institucionalización de la sociedad española para garantizar su continuidad. Creía que la unidad y la sustancia de lo «español» reside en su fondo religioso. Quería un poder fuerte como cúspide de una sociedad organizada y ordenada jerárquicamente. Pensaba, como culminación de la estructura de su pensamiento político, en un rey que no fuera «autómata sentado en el solio, que por medio de ocultos resortes dijera sí o no y levantase de vez en cuando la mano para fijar el sello sobre un papel que se le pusiera delante». Su enemiga a la democracia política, tal y como se entiende corrientemente, la expresó así: «No somos partidarios del sufragio universal y no creemos que en Europa pueda ensancharse sin gravísimos peligros la arena donde, por desgracia, luchan las opiniones.»

Jaime Balmes reconoció en diversas ocasiones el valor del carlismo, pero le falló para decidirse a dar el salto definitivo su posibilismo. Sin embargo, no de-

jó de reconocer su gran valor: «Hay en España un partido numeroso que en diferentes circunstancias ha dado pruebas de lo mucho que vale; sus principios sociales son los únicos que, aplicados con discreción y oportunidad, pueden cerrar el cráter de las revoluciones y restablecer la tranquilidad y sosiego de que tanto necesita esta nación desventurada.»

El hombre que tuvo la virtud de alcanzar la Revolución del 48 para que obrara como acicate en su vida fué Juan Donoso Cortés y Fernández Canedo, nacido en Valle de la Serena el 6 de mayo de 1809, cuando sus padres habían huído del pueblo de su residencia, Don Benito, ocupado por las tropas napoleónicas. Educado en los principios liberales, aconsejado por Manuel José Quintana, rodeado de heterodoxos, nacido a la vida pública de manos del desamortizador Mendizábal, superó tan mortales ataduras y supo alzarse por encima de tal ambiente y entrar por el camino recto de lo que él mismo llamó su conversión. Tres hechos determinan esta nueva postura que nos dará al Donoso Cortés que nosotros, y el mundo admiramos hoy: la Revolución de 1848, que hizo estremecerse en sus mismos cimientos a la sociedad europea, dejando roto el viejo equilibrio metternichiano, de tal forma que ni Pío IX, a pesar de las concesiones hechas a los liberales, quedó firme en su solio; el trato con personas de sólida formación religiosa, buenos católicos practicantes, en los que reconoció un motor y un

impulso de vida sobrenatural que les hacía sentir la caridad para con el prójimo y ser fieles y leales en sus amistades, y la muerte de su hermano Pedro, carlista y buen católico, en plena juventud y triunfo, sin el menor dejo de amargura.

Esta tranformación en la vida religiosa de Donoso—no en vano dirá él luego que hay una perfecta correlación entre la Teología y la Política—lleva consigo un cambio en su ideología política. Abandona su liberalismo y entra por un camino más claro y cierto. A partir de 1848, sus trabajos, los *Discursos sobre Europa, la Dictadura y la situación de España*, el *Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo* no se parecen en nada a lo que ha dicho hasta entonces. En la política activa continúa siendo diputado y embajador en Berlín y París, pero ya en los últimos años se pregunta seriamente si no es su obligación dejar el mundo y dedicarse exclusivamente a las cosas de Dios, es decir, entrar en religión; sus luchas y vacilaciones en este punto proceden de no llegar a descubrir si a los ojos de Dios, para la salvación de su alma y para su obligación apostólica será mejor una cosa u otra. Viudo desde muy joven, y a los pocos años de contraer matrimonio, dedicó su tiempo de París al ejercicio de la caridad en grados verdaderamente heroicos, y para mantener tensa y vigilante su alma contra las asechanzas de la carne, bajo su casaca bordada de embajador ponía cilicios. Su muerte

fué ejemplarísima, edificando por su piedad y resignación incluso a la Hermanita de los Pobres que cuidaba de él pues con dicho Instituto religioso tenía desde hacía años un pacto por el cual Donoso era representante de las monjitas al lado de los poderosos, y ellas rezaban por él y le permitían que pasara gran parte de su tiempo, incluso la Nochebuena, junto a los desvalidos y menesterosos.

Partidario de la Monarquía templada, creía que las leyes no podían ser obra más que de las Cortes con el Rey. Llegó a sentar con base firme su posición política, guiado por su fe religiosa. Para él, la Historia había conocido dos fases, una afirmativa y otra negativa. La afirmativa contiene tres enunciados fundamentales y positivos en el orden religioso: primero, existe un Dios, y ese Dios está en todas las partes; segundo, ese Dios personal, que está en todas las partes, reina en el cielo y en la tierra; tercero, este Dios, que reina en el cielo y en la tierra, gobierna absolutamente las cosas divinas y humanas. A estas tres afirmaciones religiosas corresponden las tres afirmaciones del orden político: «Hay un Rey que está en todas las partes por medio de sus agentes; ese Rey, que está en todas las partes, reina sobre sus súbditos; y ese Rey, que reina sobre sus súbditos, gobierna a sus súbditos.» A este período afirmativo de la Humanidad sucede el que Donoso considera negativo, con tres negaciones esenciales. Primera, Dios

existe, Dios reina; pero está tan alto que no puede gobernar las cosa humanas; negación a la que corresponde, en el orden político esta otra: «El Rey existe, el Rey reina, pero no gobierna.» La segunda negación religiosa es de orden panteísta: «Dios existe, pero no tiene existencia personal; Dios no es persona, y como no es persona, ni gobierna ni reina; Dios es todo lo que vemos, es todo lo que vive, todo lo que existe, todo lo que se mueve; Dios es la Humanidad.» La negación correspondiente es la republicana: «El Poder existe; pero el Poder no es persona, ni reina, ni gobierna; el Poder es todo lo que vive, todo lo que existe, todo lo que se mueve; luego es la muchedumbre; luego no hay más medio de gobierno que el sufragio universal, ni más gobierno que la república.» Siguiendo por este camino, viene la tercera negación religiosa, la del ateo, que dice: «Dios ni reina, ni gobierna, ni es persona, ni es muchedumbre; no existe», que tiene su paralelo en la negación política que en aquel momento en que escribe Donoso representa Proudhon: «No hay gobierno.»

En un orden lógico del desarrollo de las ideas había llegado a comprender cómo existe un maravilloso proceso que lleva de error en error. La duda racionalista introdujo el liberalismo, que no afirma ni niega nada, que siempre distingue, sin llegar a concretar lo que realmente cree y piensa sobre Dios, el gobierno, la política y las cosas. Añade aún que el hombre no puede

encontrar satisfacción ni descanso en este constante equilibrio del trapecio ideológico, porque, por su misma esencia, apetece el descanso en afirmaciones, en algo que, aun siendo erróneo, le ofrece la garantía de una posición en sólido reposo. De aquí que el liberalismo vaya a perderse en las verdades católicas o en los escollos socialistas. El liberalismo, nos dice el gran Donoso, ha sentado las premisas; el socialismo ha sacado, naturalmente, las consecuencias. Y así de sus dudas, de sus debilidades, de sus medias tintas, han salido las afirmaciones radicales, aunque erróneas del socialismo, que es ateo, republicano y tiránico en sus decisiones, una vez que ha sido quitado el obstáculo de la verdad católica por el liberalismo.

Reivindica para el catolicismo la gloria de la afirmación del libre albedrío de la libertad humana. «La creación sería inexplicable sin el hombre, y el hombre sería inexplicable no siendo libre. Su libertad es, a un mismo tiempo, su explicación y la explicación de todas las cosas»; pero «La libertad del hombre no consiste en la facultad soberana de elegir el fin, sino en la omnímoda de escoger uno de los caminos que, más o menos derechamente, van a parar a ese fin necesario.»

Acusaba al parlamentarismo de dividir el poder y suprimir las jerarquías; por eso era enemigo de él tanto como lo fué de la Monarquía constitucional. Su idea política constructiva queda encerrada en estas

magníficas líneas, que pueden considerarse como síntesis de su pensamiento: «La monarquía hereditaria, tal como existió en los confines que separan la monarquía feudal y la absoluta, es el tipo más perfecto y acabado del poder político y de las jerarquías sociales. El poder era uno, perpetuo y limitado, porque dondequiera encontraba una resistencia material en una jerarquía organizada. Las asambleas de aquellos tiempos no fueron nunca un poder. Cuando la monarquía, sin ser todavía absoluta, fué ya fuerte, fueron un dique, y nada más; en los tiempos de la flaqueza de los tronos, fueron un campo de batalla. Los que han querido ver en ellas el origen de los gobiernos parlamentarios, ignoran lo que es un gobierno parlamentario y no saben cuál es su origen.»

Sus párrafos más célebres se refieren a su idea de la política internacional. Vaticinó el final del poderío de Inglaterra, el advenimiento como gran potencia de los Estados Unidos de Norteamérica y el estruendo de una revolución colosal en Rusia. Para España pedía el entendimiento con Portugal y una acción inteligente en Marruecos, que nos asegurara la amistad con los países árabes. Su gran enemiga era Inglaterra, a quien consideraba azuzadora de las revoluciones y de las guerras en el Continente para debilitarle, y así dominar ella; el expolio de Gibraltar tuvo acentos dramáticos en su prosa.

Juan Donoso Cortés fué en su época liberal displi-

cente para el carlismo, al que en alguna ocasión incluso atacó; pero desde su conversión, obrada principalmente por la muerte de su hermano Pedro, carlista, según hemos dicho, varió mucho su opinión. El testimonio más claro de su admiración por el carlismo está en una carta al conde de Raczynski, en la que, hablándole de unas proposiciones hechas a don Carlos, y no aceptadas por éste, dice que tiene gran tristeza de pensar que no se ha conseguido convencerle para que acudiera a tomar parte en la gobernación del país. Es seguro que si pensaba que la solución para el desbarajuste político español estaba en don Carlos, tarde o temprano se hubiera acercado a él para ayudarle a conseguir venir a España.

El mismo se consideraba tradicionalista, pues afirmó en ocasión solemne: «Yo represento la tradición, por la cual son lo que son las naciones en toda la dilatación de los siglos. Si mi voz tiene alguna autoridad, no es, señores, porque es la mía; la tiene porque es la voz de nuestros padres.»

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO

Antonio Aparisi y Guijarro, nacido en Valencia el 29 de marzo de 1815, llegó al carlismo, como tantos otros, por vía de la inteligencia, descubriendo racionalmente que la única salvación posible para España se encontraba en el arca santa de la Tradición. Su primera inspiración fué poética, y así pronto descolló con sus composiciones, que le valieron algunos laureles. Fué en el foro donde alcanzó una mayor importancia, que sirvió para conquistar también triunfos en la política, por su elocuencia. Fué diputado por primera vez en 1858, siendo reelegido varias legislaturas por los distritos de Valencia y Pamplona. Fundó las revistas *La Restauración* y *El Pensamiento de Valencia*, y colaboró en *La Esperanza*, *La Estrella* y *La Regeneración*, habiendo dirigido esta última. En 1866, la Real Academia Española le llamó a su seno. Representando a Guipúzcoa, fué en 1867 senador del Reino. En 1868 viajó fuera de España, asistiendo a diversas reuniones y congresos carlistas convocados por Carlos VII, especialmente a la conferencia

de Londres, preliminares de la segunda guerra carlista. Durante estos viajes, en 1870, fué recibido por Su Santidad Pío IX, que le colmó de atenciones.

Poco después de volver a España, murió en Madrid el 5 de noviembre de 1872.

Su obra, desperdigada, fué recogida en cinco volúmenes, que comprenden las siguientes materias: *Pensamientos filosófico-morales, Pensamientos filosófico-religiosos, Pensamientos filosófico-políticos, Poesías, Discursos forenses, Discursos parlamentarios y artículos varios.*

Aunque su vida transcurrió en el Parlamento, fué profundamente antiparlamentario y antiliberal. «Yo diré, señores diputados—afirmó en una ocasión—, cuál es la causa, a mi juicio principalísima, que nos ha traído al punto en el que nos vemos. Se llama liberalismo, que no es libertad; quien diga que es libertad, se engaña grandemente; el liberalismo es a la libertad lo que el filosofismo a la filosofía; es cabalmente la corrupción y la muerte de la libertad.»

Se mostraba partidario de unas Cortes verdaderas que representaran intereses ciertos con raigambre en el país. Al exaltar las antiguas Cortes, se fijaba en su tierra natal: «En cuanto a Valencia, no hay corazón que no tiemble de entusiasmo al penetrar en su magnífico salón de Cortes, al contemplar viviendo, merced al pincel valenciano, los nobles semblantes de sus antiguos independientes procuradores.» Ante el espec-

táculo que ofrecían los Parlamentos que conocía, no tenía inconveniente en decir: «Decidme, en veinticinco años, ¿cuántas veces se ha discutido el presupuesto? ¿Cuántas se han examinado las cuentas? ¡Oh, Dios mío! Que no se oiga aquí otra vez aquella voz elocuente que decía: «Si se trata de asuntos de interés, los bancos están desiertos; los bancos se pueblan si hay esperanzas de escándalo.» Suena la campanilla y entramos en tropel, y votamos sin haber discutido. Venimos a disputar más que a discutir; venimos más a luchar que a ilustrar; traemos aquí todas las pasiones, todas las ambiciones del país. Es esto una arena de combate, y como hay lucha continua, la fuerza de las cosas, la pasión de combate, hacen que para las minorías el Ministerio sea siempre un pecador; para las mayorías, siempre infalible; la minoría nunca tiene razón, no puede tenerla; la mayoría se ha alzado con el monopolio de la razón.»

Con aquella visión que caracterizó a Donoso Cortés, Aparisi anuncia también el pase a primer término de las cuestiones del problema social: «Españoles, por tercera vez os lo repetimos: la revolución política va a transformarse en revolución social», y anunció la disolución de los partidos medios, cosa que también vió el marqués de Valdegamas: «Los partidos medios se van, oídlo otra vez; todo esto se va. El sucesor de esto que se va, oídlo otra vez, es la revolución. Si la revolución nos coge de sorpresa, se desplomará el edificio

social, con inmenso escándalo y ruina; si no nos coge de sorpresa, habrá guerra civil, que terminará, probablemente, con una intervención extranjera.»

Su sentido de la Tradición incluye una virtualidad operante y eficaz para servir de instrumento actual. «¿Qué harían nuestros padres—decía—, los del siglo XV o XVI, si resucitaran en el siglo XIX y vieran, de una parte, los estragos de una revolución loca, que no reformó, sino destruyó, y se encontrasen, de otra, con el libro y el periódico, el ferrocarril y el telégrafo? Restaurarían en cuanto fuera posible la obra de los siglos, pero «acomodándola a las verdaderas necesidades, a las legítimas aspiraciones y hasta al gusto del presente.» Sólo así es hacedero formar una obra vividera, y reanudando la tradición se tiene Patria. El altar siempre es el mismo; los adornos del altar varían al compás de los tiempos. En los presentes, como en los pasados, se puede y debe escribir en la bandera de España: «Dios, Patria y Rey.»

No había para Aparisi mejor Constitución política que la que derivaba de la misma naturaleza de la sociedad, la más real, la que no ha sido inventada, sino que se tiene como tal desde los tiempos desconocidos y remotos. Su programa político lo concretaba en estas líneas: «Yo amo a la monarquía, porque es altísima institución, porque en España han pasado veinte siglos gritando «¡Viva el rey!». Y la amo, porque quiero un rey en vez de treinta tiranos, y después de

ellos un gran déspota. Yo amo las Cortes. Mas no quiero que seamos reyezuelos aquí y tiranzuelos en las provincias, sino que seamos procuradores modestos de los pueblos, y que el rey reine y gobierne con nuestro concurso leal. Yo quiero, en una palabra, Gobierno aquí, y Gobierno más fuerte, para que pueda haber más libertad en las provincias; porque quiero que haya libertad en las provincias, no quiero que Madrid sea el vientre hidrópico de España. Yo quiero que el Gobierno viva modestamente, que, en cuanto sea posible, castigue los presupuestos, que alivie las cargas del pueblo, que no aparte los ojos del pueblo, que mire por los pequeños y por los humildes; yo quiero que los empleos se den a la honradez y al mérito; yo daría mi vida para que todos los españoles disfrutaran cuantos beneficios y cuantos derechos verdaderos Dios concedió a los hombres por ser hombres.»

Dejó ideas claras sobre la futura organización de la Monarquía tradicionalista. «El Consejo—decía—estará compuesto de los varones más eminentes del Reino, elegidos por el Rey y dividido en tantas secciones como fueren los Ministerios. Entenderá en la redacción de las leyes; será consultado en los asuntos graves gubernativos; dará su parecer en los expedientes por separación de empleados. Los consejeros no podrán ser removidos sin previo informe del Tribunal Supremo de Justicia. Los magistrados del Tribunal Supremo de Justicia son inamovibles.» Sobre

el Senado opinaba: «El Senado español, con el elemento hereditario y con las altas dignidades del país, eclesiásticas, civiles y militares, es más fuerte, es más conservador, es baluarte más firme del trono, es fiador más seguro de la libertad de los pueblos.» Creía que en las Cortes, para que realmente fueran representativas, debía tener puesto todo lo que significa e importa algo en el país, pues así sus intereses serían verdaderamente defendidos y ajustados a los legítimos intereses de las demás partes de la nación.

Según él, las provincias españolas no debían pasar de veinte, divididas, a su vez, en distritos. El padre de familia elegiría directamente a los concejales en sus dos terceras partes, y el resto sería nombrado por los así elegidos. Para ser concejal exigía pagar una cuota de contribución, pues era su parecer que quien no vive de lo suyo, mal administrará lo ajeno. El Rey nombraría los alcaldes, investidos, además, de ciertas funciones judiciales. Los Ayuntamientos de cada provincia elegirían un miembro para la Diputación provincial, que además estaría compuesta por un prebendado y un cura párroco, nombrado por el obispo, el rector de la Universidad, el decano del Colegio de Abogados, los presidentes del Colegio de Medicina, de la Academia de Nobles Artes y de la Sociedad de Amigos del País. Presidiría la Diputación un gobernador nombrado por el Rey.

LOS NOCEDALES Y LOS NEO-CATOLICOS

Tras la revolución del 68, que arrojó del trono español a Isabel II, fueron muchos los miembros del partido neo-católico que consideraron que la única posibilidad de ver implantadas las ideas católicas en España, sin mixticaciones ni desviaciones, era el que ascendiera al trono de sus mayores Carlos VII. Y así, en su inmensa mayoría, muchos nombres ilustres fueron a engrosar las filas del carlismo. Nocedal, Aparisi y Guijarro, Navarro Villoslada, Gabino Tejado, Valentín Gómez... se hicieron partidarios de Don Carlos, y con ellos la prensa que les era adicta, como *El Pensamiento Español*, *La Regeneración* y *La Esperanza*. Comenzó entonces una importante propaganda de la figura de Don Carlos, que culminó en una serie de folletos y artículos que causaron una favorable impresión en el ánimo de los españoles.

Francisco Navarro Villoslada nació en Viana de Navarra el 9 de octubre de 1819. Fundó *El Pensamiento Español* y escribió muchas novelas históricas, muy leídas aun hoy. Fué diputado carlista, secretario de Car-

los VII, y a la muerte de Cándido Nocedal fué nombrado jefe del partido. Murió en Viana de Navarra el 29 de agosto de 1895.

Su publicación más importante fué *El hombre que se necesita*, en la que hacía un verdadero retrato del Rey carlista: «Suspiramos por un hombre que sea para toda la nación y no para uno ni dos o tres partidos; un hombre que mande con justicia, que gobierne con la moral del Evangelio, que administre con el orden y economía de un buen padre de familia.

»Un hombre que diga al padre de familia: tú eres el Rey de tu casa; y el Municipio: tú, el Rey de tu jurisdición; y a la Diputación: tú, la Reina de la Provincia; y a las Cortes: Yo soy el Rey. Vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo: el clero, la nobleza, la milicia, el comercio y la industria, y la clase más numerosa y necesitada de todas, la clase pobre, o, mejor dicho, la clase de los pobres; vengan a exponer sus quejas y necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan los sacerdotes, ni los nobles, ni los militares, ni los abogados, ni los banqueros, ni los comerciantes, ni los jornaleros: el Rey soy yo.

»Abogado, a tus pleitos; no busques en los bancos del Congreso la clientela que no has sabido conquistar en el Foro; médico, a tus enfermos; no vengas a matar con discursos políticos a los que puedes curar con tus recetas; escritorzuelo, a la escuela; aprende pri-

mero lo que te propones enseñar; empleado, a tu oficina; la nación te paga para que la sirvas, no para que medres en los bancos del Parlamento; y a trabajar todo el mundo, que la política está siendo la trampa de la ley de vagos.

»Yo reduciré los empleos a la tercera parte de los que hoy se pagan, y reduciré la clase de cesantes con sueldo, empleando a todos, sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad, y manteniendo en su empleo a todos los que lo sirvan con inteligencia y probidad... Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído, y procuraré no contraerlas más.

»Yo me pondré a la cabeza del ejército y protegeré las ciencias, las letras y las artes; yo llamaré a los sabios a mi país, las letras y las artes a mi palacio, los pobres a mi mesa. Y lo perdonaré todo, lo olvidaré todo; quiero ser padre antes que Rey; mis brazos se extenderán más pronto para abrazar que para mandar.

»Este es el gobernante cristiano; éste es el Príncipe católico; éste es el hombre que se necesita.

»¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!

»Pues este hombre libertador es Don Carlos de Borbón y de Este, hijo de cien Reyes españoles y representante del derecho y la legitimidad.»

De este folleto se tiraron millares de ejemplares,

tantos que su cifra resulta extraordinaria para su época y la nuestra.

Gabino Tejado y Rodríguez es otro excelente periodista, afiliado en las filas del carlismo. Nació en Badajoz en 1819 y murió en Madrid el 9 de octubre de 1891. Fué un temible polemista y fundó *El Pensamiento Español*. Colaboró en toda la prensa carlista de la época y fué senador por Castellón de la Plana. Se le llamó el Luis Veuillot español. Entre sus obras sobresale *El Catolicismo liberal* (1875). Su folleto *La solución lógica en la presente crisis* fué muy divulgado para propagar el carlismo. En él presentaba también la figura de Carlos VII, del que decía: «Necesitamos un Rey que reine y gobierne, pero que sepa que la realeza no es un señorío, sino un ministerio; no una granjería, sino un sacrificio, y que, por consiguiente, custodiando como debe los fueros de la augusta majestad, no olvide que si la soberanía es una por esencia, al depositarse en manos del hombre falible y pecable, necesita de un organismo que la regule y auxilie como a todo lo limitado. Pues Don Carlos conoce los límites de la Monarquía cristiana; sabe, además, perfectamente la historia de España; distingue bien lo que hay de legítimo y lo que hay de arbitrario en las exigencias del tiempo presente, y si España quiere conservarse digna de la libertad de los pueblos cristianos, no será Carlos VII ciertamente quien escatime a las clases sociales y a los cuerpos

políticos el concurso activo, ordenado y eficaz en la gestión de los negocios públicos.»

Valentín Gómez nació en Pedrola (Zaragoza) en 1843. Fué redactor de *El Pensamiento español* y diputado carlista por Daroca. Fundó *La Reconquista* y dirigió *El Altar y el Trono* y *El Cuartel Real*, llegando a ser secretario de Carlos VII. Terminada la segunda guerra carlista, se apartó de la disciplina del partido y se afilió a la Unión Católica, de Pidal. Fué miembro de la Real Academia de la Lengua y escribió un gran número de obras dramáticas, muchas de las cuales—*El soldado de San Marcial*—se representan aún en nuestros días. En su propaganda a favor de Don Carlos en *El Altar y el Trono*, en los preliminares de la guerra, hacía ver cómo su reinado sería de prosperidad y grandeza material y moral, y los reyes, al ejemplo de los Reyes Católicos, convivirían con el pueblo, brindándoles su amor y proteción. Valentín Gómez murió en Madrid el 27 de noviembre de 1907.

Otro ilustre publicista carlista de esta época era Vicente Manterola, nacido en San Sebastián el año 1833. Sacerdote ejemplar, fué secretario del obispo, doctor Monescillo, y magistral de Vitoria. Elegido diputado, en 1869 trabajó sin descanso por la causa carlista, siendo en 1874 vicario general interino del Ejército carlista. Más tarde, después de conocer la emigración, fué canónigo de Toledo. Murió en Alba de Tormes el año 1891. Es autor también de un folleto de propa-

ganda de Don Carlos, titulado *El espíritu carlista*, en el que decía: «Si el absolutismo es sinónimo de despotismo, el sistema absolutista hallará su más implacable enemigo en el partido carlista. Porque el espíritu carlista es cristiano, y es pagano, esencialmente pagano, el absolutismo, como continuación del cesarismo antiguo. En la monarquía cristiana, si una disposición es contraria a los eternos e inmutables principios de justicia, queda sin efecto y es devuelto al monarca con la fórmula, poco servil, por cierto, de «se obedece, pero no se cumple». Y si aquella u otra real disposición ha violado los derechos de alguno de los súbditos, éste, por oscuro que sea entre los modestos de la plebe, demanda al Rey a los tribunales.» «No se quiere, pues, el absolutismo; se quiere la monarquía cristiana; se quiere el poder supremo político, único, en manos de un príncipe cristiano, que reine y gobierne el pueblo que la Providencia le ha confiado, conformándose con la ley del Santo Evangelio y las leyes fundamentales del Estado.»

Cándido Nocedal nació en La Coruña el 11 de marzo de 1821. Tras sus estudios de bachillerato, comenzó los de Medicina, que abandonó, atraído por su afán de servir políticamente a la nación, para lo cual estudió Derecho. Después de ejercer algunos cargos en los tribunales y juzgados de Madrid, en 1843 fué por vez primera diputado, sobresaliendo como orador en el Parlamento y en el foro. Fué gran defensor de la

unidad católica de España, y con estas ideas formó parte del Gobierno que el 14 de diciembre de 1856 constituyó el general Narváez, siendo encargado de la cartera de Gobernación. Más tarde, después de haber dejado el Ministerio, fundó el periódico *La Constancia*, y seguro ya de no poder conseguir el cumplimiento de sus ideales dentro del sistema liberal, rompió toda relación con él, renunciando incluso a la Gran Cruz de Carlos III, que poseía. Tras la revolución de 1868, en unión de su cuñado Luis González Bravo, se pasó a las filas carlistas, y fué llamado por el gran Carlos VII, quien escuchó sus consejos con gran complacencia, encargándole primero de la dirección de la prensa carlista, después, de la minoría parlamentaria, y más tarde, de la jefatura del partido. Por mostrarse enemigo de utilizar las armas como medio para conseguir el poder, se apartó un tanto de este puesto; pero, una vez iniciada la segunda guerra, y sin renunciar a su criterio, volvió de nuevo a ocupar la jefatura de la Comunión. Terminada la guerra, y poseyendo aún la máxima confianza de Carlos VII y la jefatura del carlismo, falleció en Madrid el 18 de julio de 1885.

Fué académico de la Real Academia Española (1857) y de la Real Academia de la Lengua (1859). A ambos cargos renunció en 1868. Escribió en *El Padre Cobos*, *La Constancia* y *El Siglo Futuro*, este último fundado también por él.

Ramón Nocedad y Romea, hijo del anterior, nació

en Madrid el 21 de diciembre de 1842, y ayudó a su padre en su labor, trabajando con él en los distintos periódicos, especialmente en *El Siglo Futuro*, del que llegó a ser director.

Muerto don Cándido, Ramón Nocedal aspiró a sustituir a su padre en la jefatura del partido, pero Carlos VII nombró primero a Francisco Navarro Villoslada, y después, a un directorio, formado por los generales Cavero, Maestre, Martínez Fortún y Valdespina. Esto parece ser la causa principal de que comentara el posible sentido liberal de un manifiesto, firmado por Carlos VII en Morentín, y del que parece ser autor Valentín Gómez. Aquel manifiesto decía que el monarca aspiraba a crear un régimen de verdaderas libertades civiles, reconociendo que hay unos principios inmutables y eternos y otros que hay que acomodar a las circunstancias de los tiempos. «Ni la unidad católica—decía—supone un espionaje religioso, ni la integridad monárquica tiene que ver con el despotismo. No daré un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo; por eso no molestaré a los compradores de sus bienes...» No tenemos por qué dudar de la buena fe de Ramón Nocedal Romea que, creyendo con ello guardar íntegramente los principios tradicionalistas, fundó el integrismo, arrastrando a gran número de carlistas. Como órgano del nuevo movimiento tradicionalista figuró el periódico *El Siglo Futuro*. Carlos VII trató de atajar los males de la divi-

sión, pero no lo consiguió, a pesar del gran tacto con que llevó la cuestión.

Ramón Nocedal pronunció muchos discursos y escribió muchos artículos, todos ellos llenos de doctrina tradicionalista, que merece ser recogida para la posteridad, como ya lo hizo en casi su integridad don Agustín González de Amezua.

Fueron muy duras sus palabras a los católicos liberales, pues fué gran virtud del insigne tribuno decir las cosas cara a cara y por su nombre. «Católicos *per se* y liberales *per accidens*, que nos llamábais a mí y a mis amigos y a todas las honradas masas para que viniéramos a la legalidad, a ir minando el terreno, descartando las ideas liberales, empujando a sus hombres y restableciendo la integridad de la doctrina católica, según a nosotros nos decíais, sin perjuicio de decir a los otros que no tuvieran cuidado, que lo que hacíais así era atraernos y anularnos; católicos *per se* y liberales *per accidens*, como os llamó vuestro jefe al descender con esa fórmula, o mejor, paracaídas, desde la cumbre de los principios a los abismos liberales, ¿qué habéis hecho en vuestra peregrinación por el liberalismo? ¿Qué habéis conseguido con vuestra famosa hipótesis? ¿Qué fruto habéis logrado de vuestra contrahecha teoría del mal menor? Decíais que del lobo un pelo. ¿Cuántos pelos habéis arrancado al lobo? ¿Qué mayores males habéis evitado? Mirad lo que tenéis delante, ¿podían concebirse ni darse mayores males?

Vosotros, parte integrante del liberalismo conservador, habéis alternado con el partido liberal, y habéis ayudado a conseguir y habéis consolidado todas, absolutamente todas, las conquistas liberales, desde el sufragio universal y el jurado hasta los últimos y mayores excesos del más exagerado regalismo. Vosotros habéis tenido que oír en respetuoso silencio, anteayer, a vuestro jefe, que todos sois igualmente liberales. Y a la hora presente tenéis que resignaros a oír sin replicar a las gentes que os dicen que ya no sois católicos *per se* y liberales *per accidens,* sino liberales *per se* y católicos *per accidens.*»

Aborrecía la forma de monarquía constitucional, que decía, anticipándose a frases que luego se han hecho famosas, «se aparta más de la monarquía antigua que de las modernas repúblicas». Por eso se mostraba partidario de la monarquía tradicional, cuyo esquema resumía así: «El Rey reina y gobierna; pero asistido de hombres sabios y prudentes y según las leyes, que por igual obligan a los reyes y a los súbditos; pero a los reyes con mayor número de obligaciones y responsabilidad tremenda y pavorosa. El Rey administra justicia, pero no caprichosamente, y menos *ab irato,* como alguien la entiende, sino por los tribunales y procedimientos que establecen las leyes.»

Como buen carlista, era enemigo de los partidos políticos y de lo que es medio de vida y medro de los mismos, el parlamentarismo. Esto no impedía que cre-

yera conveniente la representación popular en el gobierno. «España—afirmaba—quiere ser ella quien exponga y pida a su Soberano las leyes que necesita; quiere que cuando haya casos arduos que resolver, como sucede ahora, se le convoque, se oiga su voz, se la consulte; y quiere que nadie le imponga tributos, ni contrate empréstitos, ni haga operaciones de crédito que ella ha de de pagar, sino ser ella, y ella exclusivamente quien delibere y determine, y decida y fije lo que quiere y puede dar, y lo único que se le ha de cobrar. Pero en Cortes Parlamentarias, donde están representados los municipios, donde está representada la agricultura, donde esté representada la industria, donde estén representados los oficios, los gremios, los ricos y los pobres; donde estén representadas las clases sociales, donde no estén representados esos partidos, que se forman al acaso con vividores políticos que medran a costa de España; sino las fuerzas vivas, las fuerzas sociales de la nación española.»

Se ha acusado frecuentemente al tradicionalismo, al carlismo, de que no tenía soluciones para el problema social. La falsedad de tal afirmación se ve clara cuando se lee la obra de los pensadores de dicha escuela. La mejor y más clara solución a ello es esta afirmación de Nocedal: «El problema social sólo podréis remediarlo enseñando a los hombres a ser cristianos; pero enseñando a ser cristianos a todos, a los pobres y a los ricos.» Escuchémosle también en estas sus claras

ideas: «a los pobres que piden pan, que piden abrigo, que piden amparo para sus mujeres y para sus hijos, a ésos ni se les puede dejar a merced de los propagandistas del socialismo, ni se les puede contestar con la boca de los cañones, sino con hogazas de pan y con entrañas de misericordia; a esos hay que darles pan con que se alimenten, y, además, el pan del alma, la fe que en la confusión y el choque de la caída del imperio romano y de la invasión de los bárbaros supo acabar con la esclavitud y prevenir el problema social, haciendo que ricos y pobres se hermanasen en los principios comunes de fe, de amor y justicia, logrando que la riqueza se distribuyera de modo que diversas clases sociales se organizasen y continuasen; de manera que mientras la fe católica ha imperado en el mundo, nadie soñó jamás en el problema social.»

La claridad y dignidad del carlismo quedaba magníficamente expuesta en estas líneas, que son un fiel exponente de la realidad: «Nosotros no somos un partido como los demás, no aspiramos a ser ministros, no aspiramos a que nos den sueldos, ni honores, ni nada. Nosotros vivimos de nuestras profesiones o de nuestras rentas, o de nuestros oficios y beneficios; y si vinimos a la política no es ciertamente para ganarnos la vida. Buena prueba es la inalterable constancia con que estamos siempre de espaldas al sol que más calienta...», «nosotros pasamos la vida perpetuamente

de espaldas a la fortuna, luchando con la corriente, trabajando de balde y poniendo dinero encima; nosotros hemos puesto debajo de los pies y rechazado cien veces los favores que nos ofrece el mundo».

ENRIQUE GIL ROBLES

La figura del ilustre tratadista de Derecho político no es tan conocida como debiera serlo por la importancia de su obra. Afiliado desde su juventud al partido carlista, fué diputado con tal significación de 1903 a 1905 por el distrito de Pamplona. El 21 de enero de 1896 terminó de escribir su obra fundamental *Tratado de Derecho político según los principios de la Filosofía y el Derecho cristianos*. Murió en Salamanca, donde era catedrático, el 26 de junio de 1908.

Mantuvo una idea de la sociedad estructurada por otras agrupaciones sociales de inferior categoría, pero sometidas a una autoridad superior rectora del grupo nacional, en cada caso. Suficientemente queda explicada su teoría en estas líneas: «El hecho de componerse inmediatamente los Estados de otras sociedades inferiores, que en el presente y más general desarrollo de aquéllas son sociedades también públicas con poder y recursos bastantes de existencia autónoma, no exime a las naciones de la necesidad de esa autoridad superior común, porque las mismas causas de discrepancia, des-

acuerdo, división y disolución, por consiguiente, imponen la existencia de un principio supremo, mantenedor de la unidad y cooperación nacionales contra la diversidad y oposición de opiniones, decisiones e intereses de los organismos directamente constitutivos de la nación.»

El liberalismo tenía para él su fundamento en la creencia de que los sistemas filosóficos y políticos tienen un exclusivo origen humano, como consecuencia de la independencia de la razón humana y de la absoluta autonomía de la voluntad del hombre individual y social. No entendía cómo podía hablarse de dos clases de liberalismo, con uno de los cuales—el moderado, o católico— se pudiera estar; «no hay un liberalismo malo y otro bueno o indiferente—decía—, porque si el liberalismo es malo lo es por su raíz filosófica; y viceversa, de la dañada raíz de la filosofía atea no puede derivar sino el árbol y el fruto dañado de la moral y del derecho ateos».

El tradicionalismo de Gil Robles le hacía caer en la cuenta de que ser tradicionalista implica afán de continuidad, de movimiento prolongado en busca del bien, con la exigencia inaplazable de la realidad del momento; y así, al definir los deberes del Estado, señalaba que, primero, debía mantener el gobierno legítimo y, segundo, perfeccionar las instituciones orgánicas, para que realicen, con arreglo a las necesidades de los tiempos, los actos gubernativos que les están confiados.

Su sentido orgánico del conjunto de la sociedad hacía que no olvidara los deberes de los súbditos en este orden de cosas. «En esta esfera de la vida y del derecho, compete también a toda la sociedad civil la acción correspondiente por actos y modos y por órganos distintos, verbigracia, la opinión pública expresada por varios conductos, y la cooperación de los diversos géneros de representación social, incluyendo la función legislativa inherente a la representación política.»

Siempre ha sido preocupación de los pensadores carlistas el problema social, y Gil Robles dedica en su obra muchas páginas a formular las soluciones católicas y justas. Su razonamiento incluye la idea de «que el orden económico es un orden jurídico y, por consiguiente, ético y, además, religioso, debiendo, en consecuencia, gobernar la moral, el derecho y la religión, y no el mero arbitrio sin limitación y freno, las relaciones económicas; que la propiedad no es, por tanto, un mero absoluto poder de goce sensual y egoísta, sino un derecho, limitado por deberes imperfectos y perfectos, por la igualdad de naturaleza y destino humanos, la solidaridad social y la ley de aquella caridad, que, en grados y modos distintos, se deben recíprocamente los hombres; que en esta esfera de la vida y del derecho tiene la libertad con él y con la moral las mismas relaciones formales que en las demás esferas, que al Estado (poder civil), en cuanto uno de los órganos del derecho, en general, y del político, en particu-



Ramón Nocedal



Enrique Gil Robles



Juan Vázquez de Mella



Víctor Pradera

lar, le corresponden otras y más atribuciones esenciales y tutelares en la economía social privada, pública y política que la de reconocer y garantizar la libertad, iniciativa y acción de las demás personas.»

Distingue este gran autor la igualdad entre los hombres como tales, y la desigualdad derivada de su respectiva condición y situación; ser hombre o mujer, mayor o menor de edad, habitante del campo o la ciudad, médico o guardabosques..., significa mucho en cuanto a la respectiva posición de los que soportan tales situaciones. Según esto, «los oficios y derechos del Estado respecto del individuo han de ejercitarse teniendo en cuenta la personalidad y la persona, y, por lo tanto, la igualdad inherente a la primera y las legítimas desigualdades que proceden de la condición de la segunda; y así, tan injusto es que el Estado no reconozca en cada hombre al hombre, como que a cualquier hombre considere de idéntica manera que a los demás».

En su ordenación jerárquica de lo sociedad, distingue la clase y el gremio. Clase es la «agrupación u orden formados por las personas que desempeñan idéntica o semejante función pública, la cual determina en ellos una compleja desigualdad de estado jurídico, según la naturaleza y categoría de la función y la posición, poder u oficios sociales inherente en ella».

Las clases—afirma—son reales y eternas, como derivadas de la necesaria división del trabajo. Gremio es

la «asociación permanente de los populares para todos los fines, necesidades e intereses legítimos de clase en corporaciones formadas por los industriales de un mismo o análogo oficio».

«La nación—nos dice Enrique Gil Robles—, en un orden regular de vida y desarrollo, es, según ya hemos visto, una sociedad completa, pública y autónoma, que se compone de otras varias inferiores, así incompletas como completas, privadas como públicas, relacionadas en concepto de partes a todo, con lo que, por antonomasia, se viene llamando civil, y de la cual, en varios respectos, dependen.» Todas estas sociedades tienen derecho a un inmediato gobierno propio, siempre habida cuenta de su categoría y posibilidades y dentro de la esfera de sus propias atribuciones. Esto se refiere a la familia, el municipio, la asociación profesional... Las regiones han de merecer también el respeto a su propia personalidad, como anteriores que son a las naciones. «El respeto a la personalidad regional supone y exige el respeto al dialecto o a la lengua que suelen tener las regiones.» Insistamos en que el criterio de Enrique Gil Robles, el Estado debe respetar la autarquía de las sociedades inferiores, y debe descentralizar, hasta donde sea posible, las funciones: la usurpación de funciones en su grado máximo lleva al socialismo de Estado.

La soberanía política aspira siempre a concretarse en la más grande superioridad intelectual y moral.

Tiende más bien a ser reconocida esta atrayente y descollante personalidad que a ser constituída por elección, que siempre será, a falta de otros mejores, un medio extraordinario de llegar a ella. Propende también a destacarse de forma evidente en una persona, y aspira a concretarse inamoviblemente sobre quien es, de por sí, «soberano»; por esta misma razón llega a hacerse hereditaria. De esta forma colaborará con la indiscutible personalidad del soberano «la acción de perfeccionar con los hábitos propios del entendimiento y de la voluntad estas facultades del llamado por la ley al futuro ejercicio de la soberanía».

Causa primera de la soberanía es Dios, como autor que es de la sociedad, para la que es imprescindible la existencia del soberano. Con lo que puede afirmarse que la soberanía es de *derecho divino natural*, no de *derecho divino positivo*, pues ello sería tanto como afirmar la intervención directa de Dios en la designación del titular de la soberanía, cuando de la intervención de la Providencia se refiere al mantenimiento de la sociedad mediante la acción de las causas segundas. Tengamos en cuenta que Dios, por derecho divino natural, no puede comunicárselo a quienes naturalmente no pueden ser sujetos de ella, ni quien no tiene ese derecho puede cederlo a otro. La intervención de los súbditos se refiere a su consentimiento, que ha de ser debido y necesario, no libre, igual que es debido y necesario el sometimiento del

hijo a la autoridad paternal. El consentimiento lo define Gil Robles como «el acto con que los inferiores no trasladan el derecho que no tienen, sino que inquieren y buscan entre varios, al que, por juzgar superior, quieren, porque deben someterse, no discerniendo la soberanía, antes sometiéndose a ella luego que juzgan haberla hallado». Sólo en casos extraordinarios es preciso indagar dónde puede hallarse la soberanía, pues generalmente es claro y patente el verdadero titular. La soberanía, según nuestro tratadista, puede concretar mediante ocupación—medio extraordinario—, sucesión y usurpación.

La concreción ideal de las Monarquías la expresa de este modo: «Aquellas que son contenidas dentro de la esfera gubernativa que les corresponde, y en los límites de un gobierno recto y prudente, por instituciones y elementos orgánicos sociales, y no sólo por la virtud del imperante y por las demás restriciones procedentes de otros órganos del Estado central o protárquico.» En este orden de Monarquía, contenido en sus límites dentro de una organización natural, son las Cortes las llamadas a servir de contrapeso al poder del soberano. Así nos dice: «para la armonía de la acción de la sociedad civil verificada por los varios órganos sociales, desde el individuo al poder soberano, inclusive, debe contar la autarquía nacional con un organismo permanente y organizado de alegación y petición al soberano y de cooperación gubernativa con él, por medio de las Cortes, compuestas de dos estamentos o Cámaras, el regional y el aristocrático». Nos hace saber su parecer de que quizá las antiguas Cortes de los reinos españoles pudieran haber perdurado hasta nuestros días modificando incluso sus actividades, pero siempre sin caer en el parlamentarismo y en los vicios de elección. Lo esencial de una asamblea representativa, para que verdaderamente pueda llamarse así, es que sus componentes trabajen, ante todo, por y para el procomún.

JUAN VAZQUEZ DE MELLA

En un momento altamente difícil para el carlismo, como era el final de la segunda guerra carlista, cuando parecía que la doctrina tradicionalista había perdido todas las posibilidades de triunfo y algunos se apartaban de sus filas, surgió, de entre la masa de los que permanecían fieles a Carlos VII, la gran figura de Juan Vázquez de Mella, que ha merecido ser llamado «Verbo de la Tradición», y que consagró por completo su vida a la exposición y concreción de la doctrina tradicionalista-carlista.

Nació en Cangas de Onís (Oviedo) el 8 de junio de 1861. Tras hacer los grados de bachillerato en el Colegio Seminario de Val de Dios, en octubre de 1877 inició sus estudios en la Facultad de Derecho de Santiago de Compostela, y poco después comenzó su colaboración literaria en *El pensamiento galaico*, diario compostelano vinculado al carlismo. Como dice Rafael Gambra, «...él no llegó al carlismo por tradición familiar—la influencia de su padre era hostil a ello—, ni por reflexión o madurez de la edad, sino por esa

convicción sincera y abierta que puede surgir en la primera juventud, la edad de las posturas íntegras y generosas.»

En diciembre de 1889, ya con una personalidad de escritor dentro del carlismo, fué llamado por Llauder para formar parte de la redacción de *El Correo Español*, y el 3 de enero de 1890 se le nombró director de dicho periódico. Tres años más tarde iba por vez primera a las Cortes, elegido por Navarra. Día por día fueron adquiriendo fuerza sus discursos en el Parlamento, y eran esperadas sus intervenciones con gran atención hasta por los más furibundos enemigos. No tardaron en fijarse en él, en sus grandes méritos personales e intelectuales, los jefes liberales, y así, don Antonio Cánovas del Castillo, queriendo atraérselo, le ofreció en marzo de 1895 la cartera de Gracia y Justicia, a la que, naturalmente, renunció por disciplina.

Día tras día iba dejando en el Congreso sus geniales ideas sobre los más diversos temas, que hoy forman parte preciosa del pensamiento tradicionalista. Habló sobre el regionalismo, el liberalismo y el separatismo nacional y colonial, la Iglesia y el Estado, el sufragio universal... Tan grande fué la pasión puesta en 1898, tras la pérdida de las colonias, en la búsqueda de los culpables, entre los que incluyo como primero y principal al régimen liberal, que fué expulsado del Salón de Sesiones.

Su vida, hasta la iniciación de la primera guerra

europea, es una constante peregrinación, un batallar sin descanso, proclamando a los cuatro vientos la doctrina carlista, que resumía en estos cuatro puntos:

Primero.—Unidad católica, con todas sus legítimas consecuencias.

Segundo.—Monarquía representativa tradicional.

Tercero.—Principio regionalista y restauración foral.

Cuarto.—Legitimidad de origen y de ejercicio en el Poder soberano y mantenimiento de la Ley cognaticia, mixta y gombeta, mal llamada sálica, porque no lo es, promulgada, no creada, por Felipe V, y tiránicamente vulnerada por Fernando VII.

Durante la guerra europea mantuvo una actitud de absoluta coincidencia con los países centrales, y en su campaña en pro de ésta su idea, destaca el discurso que pronunció en el teatro de la Zarzuela el 31 de mayo de 1915, en el que se dice que la emoción reinó en la sala durante todo el acto, y luego de la cálida oración de Vázquez Mella, fueron arrojadas flores y palomas al escenario, mientras las señoras despedían, agitando el pañuelo, al egregio tribuno. Sobre el parlamentarismo, afirmó, «decía Donoso que Dios había concedido el imperio a las razas guerreras y se lo había negado a las razas disputadoras. El parlamentarismo español, como repugna profundamente a nuestra constitución interna, es el más degradado de todos los parlamentarismos del Continente». De la democracia, dijo:

«La democracia triunfará siempre, sí; pero en forma de democracia jerárquica, no de democracia igualitaria, no de la democracia del polvo, no de la democracia del nivel común, no de la soberanía de la cantidad, no de la soberanía del vulgo sobre los que no son vulgo ni cantidad.» Vió con claridad que la guerra estaba planteada exclusivamente entre Inglaterra y Alemania, con lo que la guerra continuaría, aunque hicieran la paz por separado Rusia y Francia con los imperios centrales. Su opinión era que España debía ser neutral, sin que pudiera perderse de vista la política que exige nuestra posición geográfica, que incluye Gibraltar y los tres kilómetros ingleses que le rodean. Como dogmas de nuestra política internacional, señalaba: el dominio del Estrecho de Gibraltar, la federación con Portugal y la confederación con Hispanoamérica.

En una carta de 30 de enero de 1910, Jaime III, que había sucedido a su padre Carlos VII, hizo público un manifiesto en el que, prácticamente, desautorizaba la labor realizada por la Junta Suprema Carlista, de acuerdo en todo con la actitud de Vázquez Mella. En febrero del mismo año, Vázquez Mella se apartó del carlismo y se dedicó durante el resto de su vida a precisar la doctrina tradicionalista, prestando así, indirectamente, un gran servicio al carlismo. Don Miguel Fernández (*Peñaflor*), director de *El Correo Español*, se adhirió a Mella, y fundó con él un nuevo periódico: *El Pensamiento Español*, encargándose de

su dirección a Melchor Ferrer. Aunque muchos carlistas juzgaban inconveniente la carta de don Jaime, su lealtad para la dinastía les hizo continuar en las filas del partido.

El 28 de mayo de 1924 pronunció su último discurso en el teatro Real, que versó sobre *Divinidad de la Iglesia*. En enero de 1925 hubo de sufrir la amputación de una pierna, y el 26 de febrero de 1928, después de recibir los Santos Sacramentos, falleció cristiana y resignadamente.

Aparte de sus innumerables artículos, conferencias y folletos, Juan Vázquez Mella nos dejó las siguientes obras: *Filosofía de la Eucaristía* y *Filosofía de la Historia*.

Es muy difícil hacer un análisis de sus doctrinas, esparcidas a lo largo de los treinta volúmenes que forman sus *Obras Completas*, publicadas por la Junta de Homenaje a Mella. Una síntesis del mismo lo constituye un artículo publicado en *El Pensamiento Español*, de 18 de octubre de 1919, en el que dice: «En la Comunión Tradicionalista existen, además de la completa afirmación religiosa, la social, la política, la regionalista y la monárquica».

Aunque se diera completa resolución a la primera, que es, pues, sin duda, la capital, y a los fundamentos de la social, que no sólo es economía, sino moral y religiosa, no desaparecería su personalidad política, porque los tradicionalistas, además de católicos, carácter,

como el nombre, genérico, son ciudadanos y no pueden ser indiferentes a todos los demás problemas que interesen al porvenir de su Patria.

Que la monarquía sea parlamentaria de partidos, o representativa de clases; que el monarca esté sometido por el refrendo a tutela de sus ministros y a la oligarquía colectiva de las facciones gobernantes, o que sea el rey que ejercite por sí autoridad y responda socialmente de ella; que el centralismo establezca una cadena de funcionarios y delegados entre la soberanía política y la familia, o que suba de ésta una jerarquía de sociedades autárquicas que la limite y contenga; que se fije un presupuesto único que subordine y regule los de las provincias y municipios, o que haya varios autónomos, según las órbitas administrativas, y uno social que ponga el equilibrio entre la producción y el consumo, y la nacionalización de la riqueza sea norma a que se ajuste el del Estado; que se tenga un ideal internacional conforme con los intereses geográficos permanentes y la dirección constante de la Historia, o que no se tenga ninguno o se transija y ceda con el opuesto que tienen otros pueblos; que la legitimidad sea completa, no sólo de origen, sino de ejercicio, aceptando las tradiciones y los ideales de la raza como leyes que es preciso servir o que se reduzca a una contradictoria ficción legal que apoye la más alta prerrogativa en la Constitución que ella sancione; que se personifique un sistema en el que la anteriori-

dad recaiga en los que lo sacrificaron todo por defenderlo, ligando a él su suerte, o con los que pactan con los enemigos y representan el contrario..., todo esto forma tales antítesis—aun dado el caso, por muchas razones improbable, de que la cuestión religiosa fuese resuelta, no fugaz, sino establemente, según los derechos de la Iglesia y de la nación—constituirían una escuela y comunidad pública de ciudadanos.»

Vázquez Mella formuló precisamente la idea dinámica de la Tradicción, y censuraba a los liberales que la creían peso muerto en la corriente histórica. «Desde luego—decía—se advierte que tal supuesto se funda en una falsa idea del progreso y de la tradición; pues bien entendidos los términos, lejos de haber entre ellos lucha y oposición, existe la más perfecta armonía, como quiera que no son conceptos antagónicos, sino más bien factores y elementos de una misma cosa, pues la tradición, que representa el caudal que nos legaron los siglos, supone el progreso, que es, en relación con esa riqueza secular, lo que el trabajo respecto al producto.»

Basándose en que la tradición supone el hábito, sentaba la necesaria oposición entre tradición y el liberalismo, que tiene la fuente de sus normas en la propia razón individual. La monarquía hereditaria es, como tal, enemiga también del liberalismo, que combate todos los poderes que no reconozcan su origen en la soberanía individual y no sean revocables por la voluntad colectiva. «La monarquía queda reducida a mera

ficción y simbolismo, por añadidura inútil y costosa, si deja de ser tradicional, es decir, si no se apoya en la tradición y en la unidad de creencias.»

Sobre la democracia expuso su fe en la que tiene como fundamento la jerarquía, al mismo tiempo que condenó la que lo basa en la igualdad. Como nervio de su argumentación expresó aquel juicio célebre de que «Un error aclamado por un millón de voces no es más que un error un millón de veces repetido.» Como cúspide de este orden jerárquico social que consideraba esquema fundamental de la organización política, señalaba la figura del monarca que fuera algo muy diferente del «rey cero» o del «rey poste», a quien también llamaba el «rey holgazán».

Su concepción de la monarquía tradicional la dejó magníficamente expuesta en estas líneas geniales: «No es nuestra monarquía obra frágil de los Parlamentos, que está a merced de los partidos, de los pretorianos o de los motines; es la monarquía que vive en la tradición y con ella se identifica y forma la grande y la pequeña Patria, porque el árbol de la monarquía tradicional, a cuya sombra nacieron o prosperaron todas las grandes instituciones sociales, ha llegado con sus raíces, entretejidas al través de las muchas generaciones y de muchos siglos, con las raíces del árbol de la Cruz, a penetrar en los sepulcros de los santos, de los héroes y de los mártires, aprisionando toda la tierra de España, fecundándola con su savia y alimentándo-

se con su sustancia hasta informarla y darla el ser; que cuando la segur revolucionaria se levante contra el árbol de esa monarquía tradicional, podrá cortar el musgo y la hiedra que sobre la corteza de esa encina secular suelen extender, en épocas infaustas, su vida parasitaria para usurpar las de las ramas verdaderas; pero no podrá desgajar el tronco sin que todo el suelo nacional tiemble y se remueva, y la historia entera del pueblo se levante a maldecir obra tan nefanda antes de caer muerta y deshecha con la que constituía la imagen de su grandeza.»

VICTOR PRADERA

Víctor Pradera Larrumbe nació en Pamplona el 19 de abril de 1873. El carlismo le vino a este gran tradicionalista por vía materna; su abuelo, Angel Larrumbe, fué un voluntario de Carlos V, y dió constantes muestras de su fe y entusiasmo por la causa, aun en momentos difíciles, como cuando fué hecho prisionero por las tropas cristinas. Estudió bachillerato en el Instituto de San Sebastián, y en su adolescencia hizo frecuentes viajes a Francia. Después estudió ingeniero de Caminos y, terminada la carrera, se hizo cargo de una fábrica de papel, «Laurakbat», que su padre había comprado. Más tarde, al haber sido adquirida la papelera por una nueva empresa, dejó Víctor Pradera su ocupación de ingeniero y comenzó a iniciarse en los problemas políticos y sociales, sobresaliendo bien pronto dentro de las filas carlistas. En 1899 se decidió presentarlo diputado por Tolosa, ganando las elecciones, por lo que hubo de trasladar su residencia a Madrid y ocupar un puesto en los escaños parlamentarios junto a la minoría tradicionalista, presidida en-

tonces por don Matías Barrio y Mier. Poco después de constituídas las Cortes comenzó su labor en ellas, siendo su primera intervención para protestar del proyecto de cesión de las islas Carolinas al imperio alemán. Su discurso causó tanta sensación, que bien pronto fué elogiado por José Canalejas, y Juan Vázquez Mella le acogió cariñosamente como nuevo compañero de minoría, trabándose una gran amistad entre ellos. Su oratoria, su energía, la brillantez y lógica de su pensamiento le crearon un círculo grato de amigos y admiradores. Como comprendió que era precisa una preparación jurídica para sus campañas políticas, lleno de ánimo, ya ingeniero de Caminos y diputado a Cortes, estudió la carrera de Derecho.

Disueltas las Cortes, fué nuevamente elegido para que continuara defendiendo en el Parlamento los principios tradicionalistas, y es durante esta época en la que inició su gran campaña contra los nacionalismos vasco y catalán, lo que le valió buen número de enemistades, pues él, que comprendía el regionalismo, como buen carlista, no se daba paz para evitar toda campaña que atentara directamente contra la unidad española, por lo que muy bien pudo decir Juan Vázquez Mella que tenía «una prodigiosa visión de los problemas nacionalistas». Su personalidad no pasó inadvertida ni aun a los mismos que no se identificaban con sus ideas, y así Basilio Paraíso y Santiago Alba, propulsores con Joaquín Costa de la necesidad de uni-

ficar todas las fuerzas del país, le ofrecieron formar parte de un Gobierno nacional que pensaban se había de constituir inminentemente; pero Pradera, fiel al carlismo, no quiso aceptar.

En 1901 asumió ya la jefatura de la minoría tradicionalista en el Parlamento, sin que las ocupaciones que tal designación llevaba consigo le impidiera continuar su asidua colaboración en toda la prensa carlista. Dada la situación en que se había colocado la lucha política en España, no figuró, sin embargo, en las subsiguientes Cortes, y entonces creyó que no era buen camino la pura dialéctica para luchar contra el socialismo y el anarquismo, empeñados en la tarea de disolver a España con la complicidad de la suicida inercia de los partidos burgueses del centro. En estas circunstancias fué elegido diputado foral por Tolosa, de la Diputación de Guipúzcoa, y laboró eficazmente por los intereses guipuzcoanos, al mismo tiempo que atendía a sus obligaciones profesionales de ingeniero y abogado.

Nuevamente fué llevado al Parlamento en 1918, representando a Pamplona. El momento, después de los sucesos de 1917, que ensangrentaron buena parte de España, era sobradamente difícil. Pradera luchó abiertamente contra la presencia en el Parlamento español de aquellos que habían demostrado, por su nacionalismo, su odio mortal a España. Sus campañas antiseparatistas de aquella legislatura le dieron gran populari-

dad en todo el país, lo que no fué óbice para que pidiera la reintegración en sus libertades y régimen foral del reino de Navarra. «Yo creo—decía—que la Constitución interna de España es regionalista, y por eso ha de resolver en sus principios, en su totalidad, mediante una ley que dé margen tan amplio que quepan en ella todas las modalidades de las diversas regiones españolas.» El incidente entre Mella y Jaime III había alejado del carlismo a Pradera, quien se dedicó a la defensa de las verdades tradicionalistas, haciendo un gran número de campañas periodísticas en este sentido, que recogieron, principalmente, las columnas de los diarios *A B C* y *El Debate*.

Dejó Víctor Pradera de ser diputado, pero dió gran número de conferencias en la tribuna pública. En su disertación en el teatro del Centro abordó los temas sociales, y dijo: «El socialismo niega la tendencia nativa del hombre al mal, y sienta el régimen de comunidad positiva de bienes incompatible con aquélla.» Maura pidió a Pradera que formara parte de un Gobierno que él presidiría y en el que le reservaba, a su elección, la cartera de Fomento o la de Gracia y Justicia. Por su identificación con el carlismo renunció a ello, aunque esto sirvió para aumentar las relaciones entre el jefe conservador y el batallador tradicionalista, que siguió luchando contra todos los separatismos. Combatiendo el que se iba formando en Navarra, escribió su libro *Fernando el Católico y los falsarios de*

la Historia, que le valió ser nombrado hijo adoptivo de Sos del Rey Católico.

Decidido a intervenir activamente en política, se unió a otros políticos desengañados de la orientación que estaba tomando la situación y fundó el Partido Social Popular, que tenía como fundamento el propugnar la unidad religiosa y política entre los españoles. Este Partido Social Popular fué sólo un intento que no llegó a cuajar en nada efectivo; la implantación de la Dictadura en septiembre de 1923 acabó definitivamente con la organización. Víctor Pradera colaboró con el general Primo de Rivera, a quien dió su opinión, que le fué solicitada, sobre cómo entendía la estructuración futura del Estado español: «Organización natural e histórica de la nación española; carácter y modo de eleción de las Cortes en el nuevo régimen; futura organización de los funcionarios de la Administración de Justicia y organización del Gobierno y sus relaciones con las Cortes.» En cuanto a éstas, entendía que debía organizarse mediante sufragio orgánico y representación corporativa. Propuso que el Gobierno dependiera del Rey y no de las Cortes. Fué nombrado miembro de la Asamblea Nacional y quiso mostrar su independencia de juicio y criterio para juzgar la situación, diciendo: «El asesoramiento no supone el aplauso incondicional ni menos aún el uso ininterrumpido del incensario.»

La Segunda República no le sorprendió, pues bien

sabía el fin que cabía a la Monarquía liberal, sombra de la verdadera institución. Reintegrado, como todos los carlistas que, por una u otra causa, se habían separado del carlismo, a la disciplina de la Comunión Tradicionalista, trabajó incansablemente y formó parte de diversas comisiones carlistas, siendo uno de los oradores más insignes de aquel período, en lucha contra la tiranía marxista y republicana. Trabajó también en *Acción Española*, en la que, junto con Maeztu, fué uno de sus más esclarecidos voceros, y también, al lado de José Calvo Sotelo, dió vida al Bloque Nacional, en cuyo manifiesto tuvo tanta parte. En septiembre de 1933 fué elegido vocal del Tribunal de Garantías Constitucionales, y defendió su puesto con energía y valor frente a los que querían privar a sus representados de tan esforzado valedor. En las páginas de la revista *Acción Española* dejó don Víctor constancia de su madurez de pensamiento; fué allí donde dió a conocer su libro *El Estado Nuevo*, aparecido luego como tal en enero de 1936. Pradera recogió la aparición de Falange Española en *Acción Española*, y, refiriéndose a alguno de los párrafos de José Antonio Primo de Rivera, afirmaba: «El Tradicionalismo tiene *el Señor que no se puede morir* en la única forma posible en política: en la forma de institución. Y así la adoptó, creando la Monarquía representativa hereditaria.»

El 18 de julio de 1936 estaba Víctor Pradera en San Sebastián, y allí, víctima del separatismo, fué fusilado el 6 de septiembre de 1936, ofrendando su vida con el mayor heroísmo y desprendimiento.

Su obra fundamental, *El Estado Nuevo*, analiza punto por punto la situación, dentro de él, del hombre, la sociedad y el gobierno de las sociedades, para llegar a la conclusión de que el Estado nuevo que propugna no es otro que el Estado español de los Reyes Católicos. En su obra, entroncada con los principios de la filosofía católica, la lógica está presente en todas sus líneas infundiéndole un hálito vivificador que levanta los razonamientos con una magnífica solidez.

Define Pradera la nación de la siguiente forma: «Sociedad mayor de sociedades, no de individuos, es la nación.» Sobre la coexistencia regional, dentro de la unidad española, señala como ejemplo de la Monarquía: «En toda la Nación, el Rey de España legislaba, juzgaba y ejecutaba, con los organismos nacionales, en cuanto afectaba al fin nacional; y como Rey de las regiones, en cada una de ellas legislaba, juzgaba y ejecutaba, con los organismos regionales, en cuanto afectaba al fin privativo regional... De la unidad nacional era prenda la concurrencia en la misma persona física de la Corona española y las de las regiones; de la variedad foral era garantía la coexistencia de diversos órganos de gobierno. Y así como en el hombre la perfección surge del desarrollo armónico de sus tres modos de vida distintos, así también la de España brotaba de la de las regiones bajo el órgano de la unidad

nacional. Cuanto más austera e idealista fué Castilla, cuanto más enérgico y esforzado Aragón, cuanto más emprendedora y laboriosa Cataluña, cuanto más apegada a sus tradiciones Vasconia, España fué más grande.»

Muestra de su idea sobre el problema social es su reconocimiento de las clases, en cuya determinación afirmaba que había que evitar dos errores: el de que las clases vienen determinadas por la fortuna de los que las forman, y que los que las constituyen están adscritos inexorablemente a aquellas en las que nacieron. Las Corporaciones eran para él la ordenación de diversas clases en relación con un objeto. «La clase es elemento de organización social en sentido horizontal, y la Corporación en sentido vertical.» Estas instituciones son concebidas como poderes que sirven de *contención orgánica, no de contención mecánica,* a los abusos de la soberanía política, cuya invasión de las esferas ajenas se llama absolutismo, del que es enemigo el tradicionalismo. En una concepción orgánica de la sociedad, las garantías del ciudadano son orgánicas y naturales; es decir, automáticas y eficaces.

Pradera ha dado admirablemente con una precisa teoría sobre la soberanía y el ejercicio de la autoridad, que aclara muchas cosas en el campo de la política: «La Nación es soberana, como puede serlo un ser colectivo, no el individual; y legisla, ejecuta y juzga,

como puede legislar, ejecutar y juzgar una persona moral, no física.» Esto, unido a la idea de una sociedad organizada jerárquicamente, dará fácil solución al problema. «Si la Nación es soberana, y no puede ejercitar por sí misma su soberanía, ni tampoco delegarla en una persona física, tan sólo por un hecho trascendente que constituya a ésta en un órgano social, podrá aquélla ser ejercida transmitiéndose a la Nación por el carácter de órgano suyo, los actos que la persona individual realice.» Así, pues, la localización de la autoridad en una persona física no tiene más fin que su fijación. «La Nación ejercita por ella su soberanía—de que Dios la dotó—como por un órgano, a virtud de la composición orgánica que le es propia. El Príncipe, en el más amplio sentido de la palabra, Rey o Presidente de la República, no es más que eso; pero es eso. O ha de ser órgano de la soberanía de la Nación, o no es nada. No es el tutor de aquélla, ni su señor en el sentido dominical; pero sí su órgano más eminente. La ventaja de las Monarquías es que el Rey no debe su designación a ninguna oligarquía ni a plebiscito alguno; lo es a virtud de una ley fundamental de la nación que establece los llamamientos a la Corona por la sangre y no por la elección.» Señala luego otras ventajas de la Monarquía tradicional, en la que el Monarca tiene, como complemento a su personalidad política, la institución de los Consejos. Complemento de éstos son las Cortes, que «deben estar formadas por

tantas Secciones de Cuerpos y clases indispensables para la economía del Estado—compuestas todas del mismo número de representantes—cuantos sean los intereses representados.»